

ESPINEL, VICENTE (1550 – 1624)

POESÍA VARIADA

I

De Lupercio Leonardo de Argensola, al Autor.

SONETO

Quién duda, que pudiese del infierno
suspender los tormentos, y la ira
al dulce son de la famosa lira
(publicando su pena) un pecho tierno,

Oye tu canto Píndaro moderno,
(a cuya emulación ninguno aspira)
y verás que hace más, que a Febo admira
trocando de sus cosas el gobierno:

Que está ya mudo el Lauro, que solía
(de los casos futuros adivino)
dar al mundo respuestas tan confusas

y por templar de muchos la osadía,
su santa voz ha puesto en un Espino,
y espinas son defensa de sus Musas.

II

De Pedro de Montedoca el Indiano, al Autor.

SONETO

Produzca en vano el índico terreno
plantas de olor suave, y peregrino,
que si otro tiempo fue precioso y fino,
ya de su estima se conoce ajeno;

ya nueva planta el mundo tiene lleno
de otro más soberano olor divino;
ya están rendidos al dichoso Espino

el nardo puro, el Amaranto ameno;

ya famoso Espinel, por vos la planta
de vuestro nombre, esparce mil olores,
con que el Pindo, se alegra, y se enriquece;

ya sólo vuestro nombre allí se canta,
ya declarado está, que vuestras flores
se den por premio al que Laurel merece.

III

Del Contador Hernando de Soto, en alabanza del Autor.

SONETO

Sacro Guadalevín, escucha atento
el dulce canto que Liseo entona,
cuyo suave estilo no perdona,
descuido a Febo en lengua, mi instrumento;

Advierte su divino entendimiento,
que nuestra edad ilustra, y perficiona,
su favor que de Lauro te corona,
la tierna voz, y el amoroso aliento;

y en dejando de oírle, agradecido
al mar su fama entre tus ondas lleva
con blando murmurar, y presto vuelo:

Porque segunda vez, enternecido,
hagas del patrio amor bastante prueba
honrando el mar, y enriqueciendo el suelo.

IV

De Don Luis de Contreras, al Autor.

OCTAVAS

El dulce son de tu acordada lira,
el suave decir justo, y cortado,
las altas obras que el discreto mira

encogiendo los hombros admirado:
el estilo que a ser divino aspira,
la gravedad del verso tan limado,
docto Espinel, el premio te asegura
de gloria eterna, y de mayor ventura.

Ya del Rústico Espino nacen rosas,
que acceden a las flores de Elicono,
más que el Ligustro, y el jazmín hermosas,
indinas de tocar mortal persona:
el sacro Apolo y soberanas Diosas
de aquestas flores tejen su corona:
y pues en todo muestra ser divino,
divino llamaremos este Espino.

Espino eres suave, y deleitoso,
de cuanto al gusto humano se le ofrece,
lo útil mezclas con lo que es sabroso,
lo provechoso, y dulce en ti florece:
das regalado pasto, y abundoso,
y a cada cual le das lo que merece,
con tanta discreción, con tal aviso,
que junto eres Espino, y Paraíso.

Dichoso el que merece, que tu pluma
de sus hechos celebre la memoria,
que mal puede cifrarse en breve suma
su dicha excelsa, y soberana gloria:
seguro puede estar, que no consuma
curso de tiempo su agradable historia,
no tiene que envidiar humano canto
a quien el Cielo, y tu quisiste tanto.

Ya de los griegos el famoso Homero,
y el celebrado ingenio Mantuano,
y cualquier otro que nació primero,
sea español, o sea italiano:
en tu comparación será postrero,
y no podrá seguirte mano, a mano,
que antes llegó a la cumbre del Parnaso
el divino Espinel, que el culto Tasso.

V

De Doña Catalina Zamudio, al Autor.

SONETO

El que con tierna voz del reino oscuro
templó el furor y suspendió el tormento,
y el que con dulce, y regalado acento
trajo las piedras al Tebano muro,

si oyeran de tu estilo raro, y puro,
el son airoso, y numeroso aliento,
hicieran a tu canto el movimiento,
que al suyo hizo el corazón más duro:

que si entre brutos y en el siglo bruto
eternizaron tanto su memoria
con simple voz por el inculto oído:

tanto más te levanta el gran tributo,
que en este siglo das, cuanto es más gloria
vencer al vencedor, que no al vencido.

VI

De Don Félix Arias Girón, en loor del Autor.

SONETO

Si en las espinas nacen dulces flores,
que convidan a verlas deleitosas,
y en la aspereza las purpúreas rosas
más apacibles muestran sus colores:

y si en jardines frescos los dolores
de las pasiones arduas, y amorosas
se pueden suspender, siendo penosas,
y mitigar la fueria a sus ardores:

ya nacen deste Espino clavellinas,
y se forma un jardín de todas ellas,
que excede a los del mundo más famosos;

ya su color se muestra en las espinas,
para que estén guardadas al cogellas
de maldicientes lenguas de envidiosos.

VII

De Gerónimo Franco Mobedano, en alabanza del Autor.

SONETO

Detén el curso, y alza el cuello helado
Guadalevín ríscoso, y oye en tanto,
que de Celida suena el dulce canto,
con tierna voz de su Liseo amado:

El que con su renombre ha sepultado.
al que con dulce canto movió el canto
del alcázar de Tebas y al que espanto
por Eurídice dio al lloroso estado

y tú Celida bella, que eres lumbre
de los que a la Pirene, y e la castalida
guían sedientos de inmortal deseo:

Dale una parte de tu fuerza válida,
a la fama, que puesta en alta cumbre
publica tu valor, y el de Liseo.

VIII

De Don Mateo de Cárdenas, al Autor.

SONETO

¿A quién la bella hija de Peneo
a su frente se ofrece por corona?
¿A quién la clara fuente de Elicona
dan sus cristales, y su lira Orfeo?

¿A quién el sacro coro Pegaseo
por el de Palas su saber pregona?
¿A quién nombra por hijo de Latona
la voz del santo oráculo Criseo?

Sepamos pues, quien tanto ha merecido,
¿y a quién ofrecen los preciosos dones,
pues que Febo le pone en tanta gloria?

Las Musas que el oráculo han oído,
dicen, que es Espinel por sus canciones
más que el Titiro dino de memoria.

IX

De Lope de Vega, al Autor.

SONETO

Florido Espino, que al Laurel más verde
del fértil Pindo, y fuente de Elicona
de tus brazos hiciste la corona
que eternamente su color no pierde;

Si los Coturnos de oro el áspid muerde,
que a la virtud, y fama no perdona,
tus mismos hechos, y valor pregona,
que de tu bien para tu mal se acuerde.

Hónrese bien de sus montañas Ronda,
pues hoy su Espino se convierte en palma
segura, que su nombre el Lete esconda:

Cisnes del Tajo dad aplauso, y calma,
mientras el Polo opuesto le responda,
a las sabrosas quejas de su alma.

POESÍA

Soneto

Estas son las reliquias, fuego, y hielo
con que lloré y canté mi pena, y gloria
que pudieran ¡oh España! la memoria
levantar de tus hechos hasta el cielo.

Llevóme un juvenil furioso vuelo
por una senda de mi mal notoria,
hasta que puesto en medio de la historia
abrí la vista, y vi mi amargo duelo.

Mas retiréme a tiempo del funesto,
y estrecho paso, do se llora, y arde,
ya casi en medio de las llamas puesto,

Que aunque me llame la ocasión cobarde,
más vale errando arrepentirse presto,
que conocer los desengaños tarde.

Soneto

En el Abril de mis floridos años,
cuando las tiernas esperanzas daba
del fruto, que en mi pecho se ensayaba,
para cantar mis bienes, y mis daños,

So especie humana, y disfrazados paños
se me ofreció una idea, que volaba
con mi deseo igual, mas tanto andaba,
que conocí de lejos mis engaños:

Porque, aunque en el principio iguales fueron
mi pluma, y su valor en competencia
Llevando el uno al otro en alto vuelo,

A poco rato mis sentidos vieron,
que a su ardor no haciendo resistencia
mi pluma, se abrasó, y cayó en el suelo.

Soneto

Osando temo, estoy helado y ardo,
busco la paz, siguiendo la discordia
soime contrario, y hallo en mí concordia,
y cuando más me animo, me acobardo.

De lo que emprendo me retiro, y guardo,
y hallo en el rigor misericordia
concierto, y soy la Diosa de discordia,
presuroso a mi mal, y a mi bien tardó.

Fue de elementos el principio mío
más de agua y tierra, que de fuego, y viento,
y agora en fuego me convierte el uso:

Mas aunque ardiente fuego un hielo frío
en mis entrañas engendrarse siento:
¿qué fuego es éste, o qué temor confuso?

Soneto

Duerme el desnudo en la desierta playa,
entre el furor del inclemente Moro,
en la mazmorra el miserable lloro
deja el captivo, cuando más desmaya.

Reposa el otro, aunque perdiendo vaya
por la tierra, y la mar montañas de oro,
descansa el Ciervo, y acosado Toro
debajo el sauce, y la frondosa haya.

Sólo ¡ay me! de Sísifo el quebranto
sin declinar mis ojos, y pestañas
al sueño blando paso en llanto eterno.

Y si viene a rendirme el sueño un tanto,
allí siento romperme las entrañas
áspides, tigres, furias del infierno.

Soneto

De hielo os hizo amor, y a mí de fuego,
libre os dejó, haciendo en mí su estancia;
en vos puso el olvido, en mi constancia,
en mí perpetua guerra, en vos sosiego.

Claro se ve de tan trocado juego,
do su pérdida es más que la ganancia,
que la presa de menos importancia
le contentó como a muchacho, y ciego.

Pudiera amor mirar por su provecho
hiriendo a un tiempo el uno, y otro lado,
y así quedara rico, y satisfecho:

Que aunque en el mío el tiro fuera errado,
igualmente viviendo en vuestro pecho
él viviera contento, y yo pagado.

Soneto

Blanco marfil, que del profundo centro
con fuerza natural, que en mí mostraste,
la más subida prenda me arrancaste
que tiene el alma del sentido adentro.

Trasparente cristal, que fuera, y dentro
la compostura del divino engaste
tienes con tanta luz, que no hay quien baste
a tener resistencia al vivo encuentro.

Nevada mano artificiosa, y pura.
del más purificado y excelente
metal del mundo en gran razón compuesta.

Manos en quien las fuerzas de ventura
puestas están: dichoso aquél que siente
en tales manos su esperanza puesta.

Soneto

Mientras la rubia crin al aire ondea
de Febo oscureciendo el claro rayo,
y en la mejilla, y frente el rico Mayo
de flores lleno al corazón recrea,

La luz miraba yo do Amor se emplea,
haciendo al alma un tiro y otro ensayo.
Mas triste digo, y en la cuenta caigo,
¿quién hay que tanto ardor atento vea?

Los ojos bajo al suelo al punto,
temeroso de luz tan peregrina,
y así estuve suspenso un rato en calma:

Mas el daño no vi, que estaba junto,
que de la voz angélica, y divina,
por la oreja me fue herida el alma.

Soneto

Divinas hebras de oro, que del claro
sol, imitáis en llamas la pureza,
lumbres de grave, y celestial belleza,
a cuyo vivo fuego no hay reparo:

Espíritu gentil, ingenio raro,
gallardo cuerpo, altiva gentileza,
hidalgo pecho, angélica nobleza,
de mi alma refugio, y dulce amparo,

Tales son los efectos que resultan
de la imaginación, y la memoria,
cuando vuestro valor y ser contemplo,

Que mis males, y daños se sepultan,
y vengo a resumir en claro ejemplo,
que todo el padecer se vuelve en gloria.

Soneto

Cogiendo va, y llevando al blanco seno
el apacible fruto deseado
mi amada Ninfa en un hermoso prado
de varias hierbas olorosas lleno.

Unas cogió de suave olor, y ameno,
otras de un gusto dulce, y extremado,
mas con una encontró, que le ha amargado
como si fuera un áspero veneno.

Contra las hierbas encendido en furia
con el pie pisa, y con la mano arranca,
que a la buena ni mala no reserva.

Mas sucedió, que por vengar su injuria
del pie tocado, y de la mano blanca
verdeció el prado, y floreció la hierba.

Soneto

En esta cárcel tenebrosa, y dura,
retrato vivo del horrendo infierno,
de vos ausente por mi mal gobierno,
teniendo en vida estrecha sepultura,

No sé qué pia estrella, o qué ventura,
o voluntad del puro Amor interno
mostró a mi alma el dulce, blando, y tierno
semblante des a luz divina, y pura.

Gozaba deste bien a mis anchuras,
cebando el gusto de una gloria inmensa
mi oscura noche en día convertida.

Mas cuán vano es el bien que el hombre piensa,
que en un instante me he hallado a oscuras,
sin bien, sin gloria, sin regalo y vida.

Soneto

El bermellón a manchas se mostraba
en el pardo, y azul con vario adorno
del blanco y jalde realzado en torno
sobre Titán, que ya su ardor negaba.

La negra noche a más andar se entraba
del claro día oscuro des adorno,
cuando los ojos a una parte tomo
de un alto bien dudoso, que esperaba.

¡Gloria del mundo! digo, y luego veo
de gloria el suelo, calle, y mi alma llenas
de una luz, que salió, que a Febo alcanza.

Alégrate de hoy más, dijo, Liseo,
que quien también amó sufriendo penas,
sabrás estimar el bien de la esperanza.

Soneto

Estrechos lazos, que el mortal, e indino
cuerpo, de tan angélica belleza
ceñís en torno, y para más grandeza
de la inmortalidad le hacéis dino,

Néctar y ambrosía, que de aquel divino
pecho manáis, a do piedad, dureza,
tienen asiento igual, y la altiveza

con valor y humildad en un ser vino.

Tiempo, ocasión, lugar, sitio dichoso
estrella, cielo, hado, noche oscura,
testigos ciertos de mi bien y gloria.

Sedlo también del caso venturoso,
cuando mi Ninfa de rebelde y dura
pervierta en llanto esta agradable historia.

Soneto

Si el Teucro, Paris da la poma de oro
a la diosa de Cipro, porque halla,
que vista su belleza es agravialla
no guardar en juzgar aquel decoro,

Y si pensando ser suyo el tesoro
cada cual de las dos lo espera, y cana,
¿cuán en vano saliera su batalla
si se hallara Célida en el coro?

Que si en aquella parte tenían puesto
su fin las tres, mi Ninfa se la gana
en tres: en discreción, gracia, hermosura.

Por do el Troyano diera, echando el resto
a las tres diosas sola una manzana,
y a mi Célida tres de razón pura.

Canción

Tierno pimpollo, nueva y fértil planta
cultivada en el suelo,
que en breve espacio se levanta al cielo,
oye un pastor que canta
¡Célida mía!, del virgíneo coro
honra, luz, y tesoro,
y al son de tu belleza
muestra de su zampona la rudeza.

Del sacro bando de la blanca diosa
la escuadra bella, y casta,
que en virtud, y nobleza el tiempo gasta,

la guirnalda olorosa
por mi rústica mano te presenta,
para que el mundo sienta
que aún siendo flor muy tierna,
tu virtud, y valor te hace eterna.

Al son de tu dulcísima armonía
dejó el arco, y aljaba
la ilustre diosa, que en la caza andaba:
quedó su compañía
a tu cantar atónita y suspensa,
de la belleza inmensa,
de la gracia extremada,
envidiosa, contenta, y admirada.

Si el sacro Apolo a Dafne fue siguiendo
incitado y movido
de la belleza, que en el cuerpo vido,
tu hermosura viendo,
la luz del rostro que a la suya excede,
y la virtud que puede
enriquecer mil almas
no se adornara con laurel, ni palmas.

La clara voz que del Ebúrneo cuello
sale hiriendo el aire
con dulce son, y angélico donaire,
el instrumento bello
de piedras finas del dorado Oriente,
tocado blandamente
de la nevada mano
¿al Dios de Delo no dejara insano?

Y más si viera el instrumento amado,
de que se aprecia Apolo
haber sido inventor primero y solo
desenvuelto, y tocado
con tal aire, destreza, y subida arte,
sin duda fuera parte
para dejar las tuyas,
y andar siguiendo las pisadas tuyas.

Viera después por las espaldas suelto
el oro más subido,
cual esparcido al viento, y cual cogido
en sutil velo envuelto:

el semblante, el aseo, y la elegancia,
que en la primera infancia
pudo dar claro ejemplo
a las Vestales del sagrado templo.

Y en suma la virtud que el alma adorna
mientras más, y más crece
en los floridos años, más parece
que al primer tronco torna:
que de tan ecelente y gran sujeto
tan limado y perfeto
es justo que se entienda,
que había de salir tan alta prenda.

Mas la dureza de que está vestido
tu tierno, y blanco pecho,
que tiene en llanto mi vivir deshecho,
cansado, y consumido,
tu cuerpo y alma desadorna tanto,
que pone al mundo espanto
ver, que tanta belleza
sustente junto a sí tal aspereza.

Canción, cuando el valor de mi señora
cantes en su presencia,
acuérdate mi mal, y su inclemencia.

Octavas

Nuevos efetos de milagro extraño
nacen de tu valor, y hermosura,
unos atentos a mi grave daño,
otros a un breve bien que poco dura:
De tu valor resulta un desengaño,
que el suyo le deshace a la ventura,
mas el semblante regalado y tierno
promete gloria en medio deste infierno.

Esa beldad que adoro, y por quien vivo
¡Dulcísima señora! en mí es de suerte,
que al más terrible mal, áspero, esquivo
en una gloria inmensa lo convierte.
Mas la severidad del rostro altivo,
y ese rigor igual al de la muerte
con sólo el pensamiento, y la memoria

promete infierno en medio desta gloria.

Y este miedo que nace tan cobarde
de tu valor, y mi desconfianza
el fuego hiela, cuando en mí más arde,
y las alas derriba a la esperanza:
Mas llega tu beldad haciendo alarde,
destierra el miedo, pone confianza,
alegra el alma, y con un gozo eterno
promete gloria en medio deste infierno.

Bien pudiera, gallarda Ninfa mía,
perder tu gravedad de su derecho,
y el perpetuo rigor, que en ti se cría
desamparar un rato el blanco pecho:
que aunque tiene tu talle, y gallardía
lleno de gloria el mundo, y satisfecho,
ese rigor, y gravedad notoria,
promete infierno en medio desta gloria.

Vuelvo los ojos do contemplo, y miro
el áspero rigor con que me tratas,
de temor tiemblo, y de dolor suspiro
viendo la sinrazón con que me matas:
a veces ardo, a veces me retiro,
mas todos mis intentos desbaratas,
que sólo uno no sé qué del pecho interno
promete gloria en medio deste infierno.

Negar que la apariencia del hidalgo
pecho, que en mi favor siempre se muestra,
no me levanta a más de lo que valgo,
y a nueva gloria el pensamiento adiestra,
jamás podré, si de razón no salgo;
más esme la fortuna tan siniestra,
que pervertiendo el fin desta vitoria
promete infierno en medio desta gloria.

Soneto

Durar no puede, en tanta desventura
un corazón de padecer cansado,
que a mal tan importuno, y obstinado
no basta la paciencia, ni cordura:

Y si el deseo con mi daño dura.
y huelgo de vivir desesperado,
es por llegar a ver si muda estado
esta tu condición áspera, y dura.

Extiende un poco la encogida mano
liberal, franca a esta ánima mezquina,
que ofende a tu valor ser desdeñosa:

Y si tanto pensar me sale en vano,
aunque todos te adoren por divina,
ninguno te querrá por rigurosa.

Soneto

No hay en mis males hora de descanso,
ni algún alivio en mi dolor inmenso:
y si por descansar alguno pienso,
do lo pensé hallar menos descanso.

Si con imaginar mis fuerzas canso,
discurriendo en mis males por extenso,
vengo a quedar atónito, y suspenso,
mas no por eso mi tormento amanso.

Si la imaginación algo se esfuerza
por darme un bien fantástico, y esquivo,
huye ligero por diversos modos.

Mirad cuán flaca, y miserable fuerza,
y en cuán desesperado estado vivo,
pues que me falta lo que sobra a todos.

Canción

Ahora puedes en mi sangre viva
ejecutar de tu rigor la furia,
inexorable hado,
antes que el cuerpo helado
de los ásperos golpes de tu injuria
rendido caiga en sepultura esquiva:
y a la hambre ecesiva,
que tienes de mi ofensa,
le falte la materia

faltando la miseria,
do se entregaba sin hallar defensa,
harta tu saña inmensa
antes que tantas penas
cuajen la sangre en las heladas venas.

Atiza, abrasa, anega un tierno pecho
el aire, el fuego, el agua en un instante,
traga, derriba, atierra
tiempo, fortuna, y tierra
al más altivo espíritu arrogante,
y a mí, que en tierno llanto estoy deshecho
con cuánto mal me han hecho,
ni tiempo, ni fortuna,
ni el viento, y viva fragua,
ni la tierra, ni el agua
ni todas las estrellas una a una,
han sido parte alguna,
para en tan largos años
dar un remate a mis terribles daños.

Que el justo cielo de tan gran dureza
engaste, y cubra un corazón humano,
son obras ordinarias
con intenciones varias,
porque las ecelencias de su mano
muestran su perfección con extrañeza:
mas que en tanta entereza
conserva sus hazañas,
y que el tiempo no pueda,
ni la mudable rueda
mudar jamás tan sólidas entrañas,
son obras más extrañas,
en cuyo fundamento
se eclipsa la razón, y entendimiento.

Todo lo inferior está sujeto,
y a las causas mayores obedece,
mas destas causas ciertas
unas son descubiertas,
otras hay cuyo efeto se parece,
mas son ocultas para el más discreto:
aquí se ve un efeto
siendo la causa oculta,
de un pecho empedernido
jamás enternecido,

mas no hay saber, de que ocasión resulta,
que se encubre y oculta,
porque a mi mal tan fuerte
no se busque reparo en que se acierte.

Por todo pasa el tiempo presuroso,
y el brazo de Fortuna poderosa,
el uno, y otro instable
al bien, y al mal mudable,
ora en pena, y venganza rigurosa,
ora en blanduras, y favor piadoso.
Yo siempre temeroso
de mal tan obstinado
en discurso tan luengo
de un daño en otro vengo,
sin esperanza de mudar estado,
al centro derribado,
miserable, afligido,
sin poder ser de nadie socorrido:

Aquí me dan el áspero tormento
con fuertes cuerdas amarrado al potro,
contra mi rostro juntas
mil penetrantes puntas,
porque si me moviere a un lado, u otro,
halle donde se doble el sentimiento:
do el duro pensamiento,
verdugo, y carnicero
me aprieta con tal fuerza,
y hace confesar aunque no quiero
falso por verdadero:
y allí a terrible pena
por mi confesión propia me condena.

Luego me arrastra por peñascos duros,
y en dudosos caminos me aposenta,
donde tropiezo, y caigo,
con el peso, que traigo
de la imaginación que me atormenta
con escabrosos términos oscuros:
Por pasos mal seguros
voy de una en otra roca,
do el destino me lleva
haciendo de mi prueba,
como hombre condenado por su boca.
¡Justa venganza, y poca,

para quien tan sin tiento
se va tras un confuso pensamiento!

Mas ¡ay!, que de su parte se declara
un juez elegido por mi gusto,
una potencia ciega,
que a tanto extremo llega,
que condena lo justo por injusto,
y en verdadero, o falso no repara:
si a la verdad más clara
la falsedad ecede,
y con falsa apariencia
demostración, y ciencia
hace, de lo que ser verdad no puede,
la voluntad concede,
que está a la mira puesta
para negar, y conceder dispuesta.

Vengo a llegar a tanto desvarío,
que a mi clara locura echando el sello
siento llegar mi plazo,
y con estrecho lazo
de desesperación echado al cuello
pienso acabar el grave dolor mío:
mas el libre albedrío
con la luz alumbrado
del claro entendimiento
me torna en un momento
al propio ser de mi primer estado,
libre, y desenredado
mientras la furia amansa,
descansa un rato, si mi mal descansa.

Y allí soltando la abundante vena
de lágrimas sangrientas de mis ojos,
cual caudaloso Nilo,
sin respeto distilo
la furiosa pasión de mis enojos
sujeto al mal, que mi fortuna ordena:
y si venganza enfrena
mis ojos algún tanto,
por parecer bajeza
dar muestras de flaqueza
un ánimo gentil con tierno llanto,
siento tan gran quebranto,
que el corazón deshecho

rompe a suspiros el cansado pecho.

Y así del fuego que se enciende, y arde
en mis entrañas, libremente dejo
correr el humor cálido
por el semblante pálido,
siquiera digan que en mi mal me quejo
de temeroso en la pasión cobarde,
o que es bien que se guarde,
el que valor profesa,
que no se sienta, o vea
apariencia tan fea,
ya que el dolor, y la pasión confiesa:
mas ya que el llanto cesa
contra el cielo enemigo
suelto la enferma voz al aire, y digo:

Cielo inhumano, de mi bien verdugo,
sordo a la ronca voz de mi querella,
si a la muerte me emplaza
la espantosa amenaza,
y aquel rigor de tan malina estrella,
como en mi origen decretar te plugo,
¿deste pesado yugo
cuándo podré librarme?
Socorre ya el partido
de un ánimo ofendido,
con darme presta muerte, o remediarme:
mas en vano es quejarme,
que ni podrá valerme,
ni el mal se hallará sin ofenderme.

Canción, si acaso fueres condenada
por dudosa y confusa,
di, que en mis grandes males esto se usa.

Canción

Si en esa clara luz pura y serena,
y el grave movimiento
del corazón altivo gobernado,
para mi amarga pena
puede caber un breve sentimiento,
y haber un corto espacio reservado,
los ojos del cuidado,

Célida mía, con piedad revuelve
al mal que tú hiciste,
y a esta vida tan triste
que poco a poco en muerte se resuelve,
que así iré satisfecho
con haber declarádote mi pecho.

El blanco tuyo, que a la nieve ecede
en hielo, y en blancura
si tocare el ardiente Mongibelo
que en mis entrañas puede
hacer piadosa al áspide más dura,
y abrasar lo más húmido del suelo,
no con tan presto vuelo
la ligera paloma en su elemento
fuera suelta, y movida,
cuanto tú enternecida
de mi ecesiva pena, y mi tormento.
Mas mi fortuna esquiva
quiere que sin favor, y amando viva.

No de aspereza ni desdén furioso
en corazón helado,
ni de elevado espíritu pujante,
soberbio, y desdeñoso,
de un alma altiva, y pecho levantado,
libre entereza, o condición constante,
nació la penetrante
llaga, que el pecho, y alma así me aprieta,
ni el rigor fuera parte,
para que de alguna arte
jamás se viere a tanto mal sujeta,
que el desdén de la dama
si en otro enciende, apaga en mí su llama.

Nació mi mal de un amoroso trato,
sincero, afable, y puro,
y un alma blanda de esperanzas llena,
de un conversable
bastante a enternecer el reino oscuro
de los que gimen con eterna pena:
que lo que me condena
a grave desventura, y llanto eterno,
es, que en esta jornada,
la triste alma engañada
fue con halagos como niño tierno,

hasta tener la presa,
habiendo tantas en la misma empresa.

Testigos fueron tus serenos ojos,
y mano cristalina
que del pecho arrancó mi amada prenda,
cuan sin pena, y enojos
a tu reverberante luz divina
el alma se rindió, y cuán sin contienda
sacrificio, y ofrenda
hizo de sí con todo el resto junto:
y tú por mi descanso
con rostro alegre, y manso
me ofreciste tu fe en el mismo punto.
Mas ella está ya muerta,
y en mí el amor, la fe, y alma despierta.

Más bien merezco mi tormento, y daño,
pues al primer encuentro
sin hacer movimiento, ni defensa,
ni mirar que el engaño
estar pudiera solapado dentro,
tan fácilmente concedí en mi ofensa.
Mas no con tan inmensa
furia batiendo el ala por el aire
hirió el venéreo infante
a aquel Dios arrogante,
que del arco, y carcaj hizo donaire,
cuanto la flecha de oro
en mi alma estampó el nombre que adoro.

Allí quedó la libertad rendida,
y dello satisfecho
con tus blandas lisonjas sustentaba
esta cansada vida,
por quien voy a la muerte más derecho,
que al mar la tempestad terrible y brava:
de quien sin pena estaba
libre, y fuera del duro cautiverio,
y entregó la preciosa
libertad, a la odiosa
sujeción, y poder de ajeno imperio,
mal vivirá sin gusto
no viendo cosa que le venga al justo.

Quando me considero en este estado

miserable, afligido
de tantos males, y pesares lleno,
confuso, y atajado,
vergonzoso me hallo, y muy corrido,
no por el mal rabioso con que peno,
mas porque el tiempo bueno,
que en dulce libertad gocé algún día,
nunca tomé escarmiento
del áspero tormento,
que a mil amantes padeciendo vía,
teniendo su accidente
por gusto suyo, y fábula a la gente.

Y agora a mi pasar permite el cielo
que la pura experiencia
venga a mostrar en mi cabeza ejemplo,
más nunca sin recelo
viví jamás desta cruel dolencia,
que si el principio con razón contemplo,
y el grave dolor templo,
hasta que cese la pasión un tanto,
en aquel punto mismo
con el hondo abismo
se oyó de la corneja el triste canto:
y hacia el horizonte
aullar las Ninfas sobre el alto monte.

Un helado temor fue por mis venas
entrándose al momento,
y un pálido color al rostro vino,
mis fuerzas sentí ajenas,
y en los miembros un grave cortamiento,
un ardor en el pecho repentino:
porque de aquel divino,
y no pensado encuentro alborotada,
la sangre huyó luego
al corazón, y el fuego
poseyó lo mejor en la estacada:
el resto frío helado
quedó sin sangre atónito elevado.

Mas luego respirando poco a poco
volví a mi ser primero,
el aliento perdido recobrando
contento, y casi loco
de un sospechoso gusto mal entero,

y en el cuerpo la carne palpitando:
de aquí fue mejorando
por pocos días mi dichosa suerte,
mas luego desta gloria
se acabó la memoria
en breve espacio para larga muerte:
que en tu condición dura
conocí tu aspereza, y mi ventura.

Canción si te pidiere alguno cuenta
de cómo vas, o adónde,
no le respondas más, que me responde.

Soneto

Alguna vez a su pesar levanto
de la antigua pasión al pensamiento,
por ver si con el curso, y movimiento
crece el tormento, o mengua tanto cuanto.

Y está tan hecho a su importuno llanto,
cortado a su medida el sufrimiento,
que no hay braveza de contrario viento,
que en él engendre alteración, ni espanto:

Y es la razón, porque mis graves daños,
tan en su punto la ocasión los puso,
que no pueden crecer haciendo ofensa:

Menguar tampoco, porque en tantos años
se han hecho naturales por el uso
la posesión gozando sin defensa.

Carta

El aspereza, que el rigor del cielo
usa conmigo en soledad tan larga
llena de llanto, falta de consuelo,

Hace que tenga por pesada carga,
la que por dulce vida un tiempo tuve,
y ahora me parece muerte amarga.

Mientras con la esperanza me entretuve,

y al corazón de tu favor hambriento
con la palabra dada, y fe mantuve,

Viví señora con algún contento,
llevando el gusto de uno en otro engaño,
causa del mal que ahora paso, y siento.

Porque llegado el duro desengaño,
cuanto fue en mí mayor la confianza,
fue mayor la ocasión del grave daño.

Nunca pude entender que en esperanza,
que fue engendada en tan divino pecho
pudiera haber un punto de mudanza.

Algunas ocasiones lo habrán hecho,
que siempre el hado que en mi mal se ensaya
busca mi daño, aparta mi provecho.

O porque esta desierta, y seca playa
no debe ser merecedora, y digna,
que tanto bien en sus riberas haya.

¿Que fuera ver esa beldad divina
adornado este soto, y su ribera
con esa luz a quien el sol se inclina?

Viéramos en invierno primavera,
y el seco, estéril, y agostado estío
de flores coronado se ofreciera.

Duélete el ecesivo dolor mío,
y ver que con mi triste, y lamentable
llanto crecen las aguas deste río.

Cumple divina Ninfa la inviolable
palabra, que me diste, que no pienso
que pueda haber en ti cosa mudable.

Ven ya ¡Célida mía! y del inmenso
mal que padezco (si te agrada, y place)
la ocasión sentirás más por extenso.

Y si esta tierra no te satisface,
satisfágate esta alma donde vives,
que en tierno llanto el corazón deshace:

Y si en otro lugar gusto recibes
que venga haber efecto este concierto,
¿por qué razón señora no lo escribes?

Quién estuviera satisfecho, y cierto
de un sí, que en esa boca tanto vale,
que basta dar la vida a un hombre muerto.

Si el fuego vivo, que del alma sale
a tu valor, y gran merecimiento,
sin ser posible quieres que se iguale,

Ya ha hecho lo que puede el pensamiento,
pues se subió hasta abrasar las alas
en la esfera del más alto elemento.

No eres tú, Ninfa, la Belona, o Palas
cuyo propio ejercicio es hacer guerra,
que en la divinidad sola le igualas:

Eres ángel, o dama, en quien se encierra
el valor, discreción, y hermosura,
que puede desearse acá en la tierra:

Mas no vivas contenta, y tan segura
con ser en suma perfección hermosa,
que eceda a la prudencia, y la cordura:

Porque eres obligada a ser piadosa,
y ese don que te dio naturaleza
no usarlo siendo tibia, y desdeñosa:

Que pasa el tiempo al fin por la belleza,
y a veces suele dar cruel venganza
del rigor, el desdén, y la aspereza.

Y la que de belleza más alcanza
ha de considerar, que está sujeta
a su costumbre, y natural mudanza:

No hay perfección de dama tan perfecta
que contra el tiempo pueda ser constante
que todo lo aniquila, y lo sujeta.

Llega la enfermedad, y en un instante

la divina beldad deshace, y borra
de la más libre, altiva y arrogante.

Que es de tal condición, que no se ahorra
con blancas manos, ni cabellos de oro,
por más que en su favor la suerte corra:

Pues ya el dulce hablar, y aquel tesoro
del cuello altivo, y cristalina frente,
con que a la gravedad guarda el decoro,

La fina grana, y el ebúrneo diente
los dos carbuncos, y aguileña plata,
los claros rayos del dorado Oriente,

Por todo pasa, y todo lo arrebatá,
y si en flor no lo coge su fortuna,
la antigüedad del tiempo lo maltrata.

Así, señora, que si cosa alguna
no puede ser que sin mudanza viva
en cuanto está debajo de la Luna,

Cordura me parece que la altiva,
y vana presunción se deje aparte
el desdén fiero, o condición esquiva.

Y no quieras tener el avisarte
por libertad, y atrevimiento loco,
que no ha sido mi celo disgustarte:

Mas es materia general, que toco
en que las diosas Venus de la fama
se vienen deslizando poco a poco.

¿Por cuanto no querrá la grave dama,
que desdeñó al galán por vanagloria
viéndolo arderse en su divina llama,

Que de sus daños lleva la vitoria,
cuando la venga a ver marchita, y seca,
y lo pasado traiga a la memoria?

Bien se yo, que si en este caso peca
todo el universal de damas junto,
esta costumbre en tí se muda, y trueca,

Que tu ser, y valor puesto en su punto
te obliga a ser benigna, afable, y mansa,
y no tirana a un corazón difunto.

Con la imaginación desto descansa
el alma triste que contigo llora,
y en la furia mayor su llanto amansa.

Yo quedo cierto, y satisfecho ahora,
que tengo de gozar tu alegre cara
que al fin darás la vida a quien te adora,
y en servirte una vida, y mil gastara.

Soneto

Oscura nube los sentidos cubre,
falta el aliento, el corazón desmaya,
el mal se esfuerza, el alma tiene a raya,
la secreta pasión Liseo descubre.

Causa el grave dolor, que la salubre
sangre huyendo de las venas vaya,
sin que respeto en los suspiros haya,
ni en otros actos que vergüenza encubre.

Hasta que del cerebro destilado
el llanto rompe, y en el paso estrecho
de Célida mirando la luz pura,

¿Partida es ésta? (dijo), y de un helado
sudor cubierto, y anhelante el pecho,
con la espalda midió la tierra dura.

Égloga Liseo

Al tiempo que la clara luz hermosa
de oscuridad destierra el accidente,
y las doradas flores
esparcen por el campo mil olores,
el blanco lirio, y la purpúrea rosa,
el aura fresca lleva blandamente
los acentos suaves
de las parleras aves,

junto a un arroyo sosegado, y lento
todo recibe general contento
con el rocío de la blanca aurora,
solo Liseo llora
con tal tristeza, y encendido llanto,
que a la más tibia, y más cruel pastora
enterneciera, o la moviera a espanto.

Luz de mi alma, a quién ausente adoro,
y por quien me da vida la memoria
con la esperanza triste,
que en la imaginación sola consiste,
¿Quién mirará los crespos lazos de oro
que un tiempo fueron de mi infierno, gloria,
y el estrellado cielo,
adonde sin recelo
tocó mil veces mi atrevida mano,
y el angélico rostro soberano
de fatigado espíritu reposo?
¿Quién será tan dichoso,
que ver merezca el cristalino pecho,
y el divino semblante milagroso,
por quien en vivo llanto estoy deshecho?

¿Quién tocará la alabastrina, y pura
mano, principio de la muerte mía?
La sonora, y clara
voz con la lengua en ecelencia rara,
que con gobierno, y celestial cordura
hiere el aire en dulcísima armonía,
¿a quién habla, y responde?
¿O en qué cielo se esconde.
quién tuvo mis orejas tan suspensas?
Célida mía, ¿En qué ejercicio piensas
que se entretiene el alma de tu amante,
sino en poner delante
estas reliquias de memoria amarga,
para que a veces llore, a veces cante
de tu belleza, y mi pasión tan larga?

Del punto en que comienza el sacro Apolo
a dar color con su presencia al mundo,
y las flores matiza
del carmín, jalde, y de la azul ceniza,
con mis pasiones miserable, y solo
comienzo yo con un pensar profundo,

a imaginar, si acaso
del fuego, en que me abraso
te acordarás, y desta ausencia avara:
¡Ay dulce España, ay dulce patria cara!
Con estas cosas me macero, y canso,
pero luego descanso
con fingirme, que gozo en tu presencia
del regalado trato, afable, y manso,
que dio salud a mi mortal dolencia.

Luego me sobreviene un pensamiento
contrario, que me arroja al hondo abismo,
que en tu gloria serena
no hay accidentes de tormento, y pena,
quiero decir, que en quien el firmamento
repartió tanta parte de sí mismo,
es razón que no entienda
mudanza de tormenta,
el aspereza de calor, ni invierno;
con esto vuelto al sentimiento tierno,
yo mismo a nuevas muertes me sentencio,
porque luego el silencio
de la espantosa noche le sucede,
do en sólo el padecer me diferencio,
no en más ni menos, porque ser no puede.

En un instante con pensar me alegre,
que el rigor, y aspereza de Saturno
será menos esquiva
con la memoria de tu imagen viva,
que cuando viene el velo oscuro, y negro
se representa en el callar nocturno,
y más viva parece:
Tras esto se me ofrece
aquella noche tan serena, y clara,
en que el lucero ardiente de tu cara
dio luz al mundo por oír mi canto,
y no te lo levanto,
que oyendo mi zampoña, y verso rudo
el de Tracia dijiste, que en su tanto
pudiera estar en mi presencia mudo.

Mas no puedo durar en este engaño
tanto, que aplaque mi furor su fuerza,
porque luego revuelve
el cuidado, que en nada se resuelve,

y mostrándome al ojo el desengaño
el claro devaneo allí me fuerza,
a desear de nuevo
la luz, con quien me elevo
oyendo el murmurar del claro arroyo,
donde las lamentables quejas oigo
del ruiseñor, y la calandria un poco,
a lagua, y hierba toco,
por ver si amansa mi encendida fragua,
mas son extremos, y pensar de loco,
que deste fuego, no es contraria el agua,

Pero con todo un poco me entretengo
con estos sauces, la frescura, y sombra
de tan diversa hierba
como naturaleza aquí conserva,
y en grande admiración de todo vengo:
De flores veo una bordada alfombra,
y el argentado, y puro
cielo jamás oscuro
alegremente el suelo ruciando,
los pajarillos a su son cantando
los verdes ramos, que menea el aire
al descuido, y desgaire
mírolo, y digo; a tan dichoso suelo,
aquella gracia, y celestial donaire
de mi señora lo tornará en cielo.

Esta es la vida, y miserable estado,
en que la ausencia por mi mal me ha puesto
de todo bien desnudo
el vivir puesto ya en el punto crudo,
do con la muerte me será forzado
abrazarme dejando todo el resto,
y a mi mal escondido
en el profundo olvido
por ser mi muerte en ocasión tan alta.
Célida mía, ya el vigor me falta,
otro nuevo tormento me recrece,
adiós, que ya se ofrece
el último remate a mi porfía,
y el aliento vital me desfallece,
adiós, señora, adiós Célida mía.

Adelante pasara el pobre mozo
con su cantar, si una mortal congoja,

que la virtud le mengua
no le tragara el corazón, y lengua,
que arrojando del pecho un gran sollozo
cayó en el suelo, y el aliento afloja,
hasta que dos amigos
de su pasión testigos
espantados del grave, y triste agujero
llorando al casi muerto compañero
en hombros a su choza lo llevaron,
donde le sepultaron
entre jazmines, rosas, y amaranto,
hasta que las congojas le dejaron,
y vuelto en sí, torno a su usado llanto.

Soneto

Del riguroso mar, y airado viento
la fiera tempestad, horrible, inmensa,
tras tanta alteración quedar suspensa,
con tal quietud tras tanto movimiento,

Sin duda fue milagro, y sacro intento
del poderoso amor, que lo despensa,
que sucediese a tanto mal, y ofensa
tan regalado, y dulce acogimiento.

Dulce señora mía, en vuestro seno
el espíritu triste, y fatigado
halló fin a sus daños, y vitoria,

Que siendo el bien de tantos bienes lleno,
es conforme a razón haber pasado
por tal infierno para tanta gloria.

Soneto

Apenas fui del húmido Tridente
en tus piadosas manos arrojado,
y el furioso rigor del mal pasado
apenas dio lugar al bien presente,

Cuando de otra ocasión bien diferente,
por ásperos caminos soy llevado
por mano ajena, do será forzado

de tu gracia, y favor vivir ausente.

Mas ya que es fuerza deste bien privarme,
y el duro hado inexorable avaro
a aquel antiguo padecerme torna,

Al menos esto no podrá privarme
que es la memoria de un valor tan raro
que al mar amansa, y a la tierra adorna.

Soneto

Mis esperanzas con esfuerzo sumo
van sustentando la pesada carga,
que traigo a cuestras enojosa, y larga,
y entre ellas mismas mi vivir consumo.

Si en alguna esperanza me resumo,
que a mi grosero parecer descarga
de tantos males esta vida amarga,
se desvanece, cual el vano humo.

Por cuantas partes la fortuna puede
ofender la miseria, que sostengo,
y yo por cuantas puedo me reparo.

Mas es en vano, que do tanto ecede
la sinrazón, a la razón que tengo,
si del Cielo no viene, no hay reparo.

Canción a su patria

Desiertos riscos, solitarias breñas,
peñascos duros, ásperos collados,
agras montañas, que medís el cielo:
agua que de la cumbre te despeñas
de los montes más rígidos, y helados,
que cubre nieve, ni endurece el hielo:
senoso, y verde suelo,
cuya profundidad, y anchura apoca
esta soberbia, y levantada roca,
ancha vega profunda,
cuyos más altos bultos
de aquí parecen a la vista ocultos,

ruinas sacras, do la antigua Munda
sobre peñas tajada
hizo temblar de Roma a las espadas:

Oíd un rato a un hijo que engendrateis
de las vivas entrañas producido,
aunque de ajena sangre alimentado,
y si algún tiempo acaso os delitasteis
sabiendo que por tal hijo tenido
fui de extrañas provincias albergado,
ya que determinado
vengo de dar a César su tributo,
y de mi otoño el sazonado fruto,
aunque el Abril lozano
está en su fuerza, y brío
para durar en el intento mío.
Mi corazón entrego en vuestra mano
manso, rendido, humilde.
Albergad este hijo, y recibidle.

¿Qué espíritu encendido se va entrando
por mis médulas? ¿Qué furor me lleva?
¿Qué nueva fuerza se infundió en mi pecho?
¿Qué lágrimas mi rostro van bañando
y en un ardor que mi sentido eleva
me levantan del suelo un grande trecho?
Tú, sacro Apolo, has hecho
esta increíble, y súbita mudanza:
Mas tanto bien de Apolo no se alcanza.
Tú, dulce patria mía,
mi furor desenfrenas,
y alborotas la sangre por mis venas,
que en la presencia deste alegre día
gasta la sangre negra,
los ojos humedece, el alma alegra.

Por el bronco arcaduz de mi garganta
una entonada voz se siente,
no clara voz, más apacible un tanto.
Lleva el compás a lo que el alma canta
un piadoso licor, que blandamente
forman los ojos de alegría, y llanto.
Ya doy principio al canto
que durará lo que la cuarta esfera
en salir de sus límites afuera
tarde, y con furia inmensa

por la violencia suya.
Esta elemental máquina destruya,
cuando será en la general ofensa
esta roca abrasada
vuelta en ceniza, y de ceniza en nada.

Hasta aquí han de llegar ¡Oh, Patria cara!
con el aplauso universal del mundo
mis rudos versos, y tu heroica fama,
y aquella generosa sangre clara
del de Aguilar, que con ardor profundo
a su memoria con razón me llama
ya en mi pecho derrama
otro nuevo furor de ardiente canto.
Aguarda, que ya vengo, mártir santo
aguarda Alonso, aguarda,
que ya el tiempo se llega,
en que del vulgo la ignorancia ciega
en tu memoria perezosa, y tarda
se deshaga, y consuma
con el son de tus armas, y mi pluma.

Que no es razón, que en tácito, y confuso
silencio quede la inmortal hazaña,
del que con santo corazón robusto
a la temprana muerte se dispuso
por domar la cerviz bárbara extraña,
y derribar al ismaelita injusto.
Yo cantaré aquel justo
celo, con que trujiste al barbarismo
a la sacra obediencia del bautismo,
y la sierra nombrada,
que de tu sangre, y nombre
cobró la honra, y bautizó el renombre,
por mis acentos quedará ilustrada:
Al uno, y otro siento
pedir a voces mi favor, y aliento.

Que al revolver tan valerosa historia
toparé de mi sangre algún pedazo,
que al principal intento satisfaga,
y aún herida del caso la memoria
levante con furor airado el brazo
vengar pensando la reciente llaga.
Esto daré por paga
¡Oh, Patria! del talento que me diste

si acaso en paga tanto bien consiste:
Y estas cuevas confusas,
que en tiempo de otras gentes
fueron terrible albergos de serpientes,
serán colegio de las sacras Musas,
y en las cavernas hondas
Guadalevín sosegará sus ondas.

Resonará por este hondo río,
que al Océano rinde su corriente,
¡Oh, ciudad mía! tu inmortal trofeo.
Y a la sonora voz del canto mío
el gran señor del húmido Tridente
hará parar las aguas de Leteo.
Parece que oyo, y veo
en furor ya tus hijos encendidos
de envidia acaso, o con razón movidos
dejar atrás mi verso,
y con inmortal vuelo
levantarse en sus plumas hasta el cielo,
y tu valor en todo el universo.
Tal es la fuerza viva
de tu genio, y valor, si se cultiva.

Cuando de mi presagio el desengaño,
en la ocasión que presurosa viene
descubrirá la muestra verdadera,
aquel sacro pastor, que del rebaño,
que es dedicado a Dios la guarda tiene
y otros mayores justamente espera,
cuando desta ribera
a la del fértil celebrado Tajo,
a repastar pasare el nuevo atajo,
quizá tendrá memoria
¡Oh dulce Patria mía!
de tus mansos corderos algún día,
que para siempre cantarán su gloria,
y con balido tierno
gemirán por su pasto, y su gobierno.

Será forzoso verte despojada
de su reliquia, su favor, y amparo,
antes que de su luz la noche vea:
que a pura fuerza de razón ganada
la voz del pueblo con sonido claro
por mil partes le llama, y le desea.

Ya el Tajo se recrea,
y en la sacra ribera deleitosa
con el bronco rumor la sonora
rueda celebra el caso:
Las arenas doradas
desean de sus pies verse pisadas,
la ninfa Filodoce en áureo vaso
flores destronca, y rosas,
que ceñirán tus sienes generosas.

Y aún no contenta tu fortuna en esto
¡Doctísimo Pastor! porque la paga
crezca, como el valor creciendo medra,
del suelo paternal a otro traspuesto,
do tu valor a Dios más satisfaga
creciendo irás, cual amarrada yedra,
hasta abrazar la piedra
fundamental del edificio eterno,
do por tu santo celestial gobierno
de la Hesperia del ganado
por el camino libre
del agua irá a gustar del sacro Tibre,
y el patrio pasto de Pacheco al prado
padre, pastor, paciente
pacífico, patrón, pío, prudente.

Que si es la honra a la virtud unida
y en tan innumerable, y larga suma
el premio corre al justo de la fama,
antes que destos miembros se despida
el alma suelta, volará mi pluma
do mi deseo, y tu valor la llama:
esparce en mí una llama
de ese tu ecelso nombre la ecelencia
que manifiesta al pronunciar la esencia
del sujeto ecelente
Tanto, que no se escapa
Pacheco de patrón, palacio, papa,
y si al nombrar Pacheco, el Pa, se siente,
antes que acabe el checo,
respóndeme, otro pa, corriendo el Eco.

Después ¡sacro Pastor! de tu alabanza,
y del antecesor tan claro al Mundo
oirás, cuando en heroicos versos cante,
que él con valor, esfuerzo, espada, y lanza

hará mi canto, un canto sin segundo,
yo con pluma inmortal haré que espante
a Orlando, y Sacripante,
y que sobre su tumba el más famoso
llore, cual de otro Aquiles envidioso:
Y en tanto ¡oh Patria amada!
alberga, y da descanso
en tu regazo regalado, y manso,
a esta prenda en tus muros engendrada,
mientras del pensamiento
la destrozada vela amainó al viento.

Recibe al cuerpo en tu piadoso seno,
que del naufragio se escapó en la gavia
los encantos huyendo de Medusa:
que si amansó mi canto al mar Tirreno,
y al béglico furor ardiendo en rabia,
y en el lacio planté la Esperia Musa,
la misma piedad usa
albergando en su gremio al que engendraste.
Llorando en las mantillas me enviaste,
tierno, desnudo, y pobre,
y el pecho levantado
rompió por la violencia de mi hado
por convertir en oro el primer cobre,
por ásperos caminos
de mil borrascas y tormentas dinos.

Llegado ahora al deseado puerto
en blando lloro el pecho enternecido
envía al rostro la señal del centro:
que estas ardientes lágrimas que vierto
no son causadas no, del bien perdido
sino del gozo, que se engendra dentro.
Ya en tus términos entro,
¡Salud, y paz en Dios tajadas peñas,
salud, y paz, peñascos, montes, breñas,
arboleadas, corriente!
¡Salud, paz, y alegría
nobleza, amigos, sangre, Patria mía,
salud ciudad, salud plebeya gente,
salud dichoso clero,
de quien mi gloria, y mi reparo espero!

Saludad canción mía al que os leyere,
y si acaso dijere

que sois cansada, y larga,
decid, que más lo fue mi ausencia amarga.

Al obispo de Málaga don Francisco Pacheco

Si no os cansó, Señor mi tosco trato
dejad la ecelsa Señoría aparte,
que a solas y sin ella os quiero un rato.

Porque es de suyo grave, y en esta arte
hay más humanidad, y aunque hay prudencia,
no tiene de lo grave tanta parte:

Aunque si vos queréis en competencia
hacer del grave no aventaja un dedo
al Vos, la Señoría, ni Ecelencia.

Con vos me irá mejor, que con vos puedo
por vuestra humanidad, y cortesía
hablar sin ver, cuán ignorante quedo.

Aunque (a decir verdad) yo no querría,
que vuestra señoría se corriese,
por cuanto vale toda Andalucía:

Que el no hablar con ella es interese
que se me sigue, porque no me entiendo
con término tan grave como es ése:

Que (como en otra os dije) da un estruendo
al pronunciar, que el Eco en valle, y cumbre
de vuestra Señoría está diciendo.

Mal me sonó este pie, porque es costumbre
decir «Vue Señoría» los mirlados,
que del hablar se tienen por la cumbre;

Que moyo yo, Señor, por mis pecados
tengo una ronca voz, que me acobarda,
los pulmones, y pecho tan cerrados,

Bronca pronunciación, la lengua tarda,
colérico al hablar, o Vizcaíno
peor al disparar, que una lombarda.

Como otros sigo el general camino
del escribir, por do mejor dispone
el pobre ingenio su metal más fino.

Pues vuestra señoría me perdone,
y vos también, si mi soberbia altiva
delante un Vos tan principal se pone.

Así, Señor, que pues mi suerte esquiva,
o alguna rigurosa estrella injusta
entre estos riscos me forzó a que viva,

O alguna inspiración divina, y justa
del gran Dios de Israel, que lo dispuso,
por sujetar mi condición robusta,

Forzado he de pasar ledó, o confuso,
al remo asido, como aquel que boga,
do su desdicha, o su maldad le puso.

Y aunque el enojo alguna vez me ahoga,
cual si tuviese al miserable cuello
con un ¡Jesús! la inexorable sogá,

Al fin forzado he de pasar por ello,
por no dar nuevas muestras de incostante,
como quien tanto echó de sello el sello.

Bien sé, que yendo la razón delante,
de virtuoso no merezco el nombre
más, que de doto, y sabio un inorante.

Bien sé, que no soy ángel sino un hombre,
y no quizá de inclinación tan buena,
que de Florencia, y de Turín me asombre.

Tuve en la juventud de abrojos llena,
virtudes pocas, abundantes vicios,
que me amenazan con ardiente pena,

De la templanza traspasé los quicios
de Baco, y Ceres ocupé el regazo,
y en Chipre hice alegres sacrificios.

De mal sufrido tuve mi pedazo,

y al maldecir de la figura muda
levanté contra el cielo rostro, y brazo.

Acostumbré con libertad desnuda
decir mi parecer al más pintado
en torpe estilo, o con razón aguda.

Algo fui maldiciente, y confiado,
juez severo, en alabar remiso,
a todos los extremos inclinado,

Tal vez Gorgonio fui, tal vez Narciso,
y para no cansaros, ni cansarme,
dejé el humor correr por donde quiso.

Yo lo confieso, pueden condenarme
por mi dicho mejor, que por mi dicha,
que ni quiero, ni quieren perdonarme;

Mas si hay descargos en la culpa dicha,
aquí de Dios, respóndame quién sabe,
si a la razón no vence la desdicha.

¿Qué es la ocasión, que si en un hombre cabe
un solo vicio con virtudes ciento,
se diga el vicio, y la virtud no alabe?

Responda quién lo sabe, que no siento,
razón bastante para dar descargo
de tan perverso exorbitante intento:

¡Que nunca tanto de una culpa el cargo
en un bestial, apolillado pecho,
que en el bien esté mudo, en el mal largo!

¡Oh bárbara intención, nefando hecho
indigno cuerpo de tener un alma,
por quien hazañas tantas Dios ha hecho!

La virtud sepultada deja en calma,
publica el vicio, ejemplo manifiesto,
que a lo que más amó dio lauro, y palma:

¿De qué le sirve aquel andar compuesto
al virtuoso, trafagando el mundo
a mil peligros, y borrascas puesto,

Andar surcando el ancho mar profundo
seis dedos de la muerte en pino, y brea
sujeto al soplo de Eolo furibundo,

atravesar de la biforme, y fea
Cila, y Caribdis el estrecho seno,
por ver el monte dó llegar desea,

Si un torreznero de malicias lleno,
y de cecina y nabo el tosco pancho
falto de ciencia y de virtud ajeno,

Se ha de poner repantingado, y ancho
a escudriñar las cosas reservadas
en su estrecha pocilga, y bajo rancho?

Oscuras sabandijas levantadas
del polvo de la paja, y de la escoria,
de las putrefacciones engendradas,

¿Podréis meter la mar en una noria,
tener el viento en un costal atado,
cubrir al sol, privarnos de su gloria?

Ni más ni menos estará encerrado
en vuestro pecho aquel profundo abismo
de la virtud a pocos reservado.

Entre la discreción, y el barbarismo
¿qué parentesco dais, que decendencia
entre la ciencia, y vuestro ingenio mismo?

Entre la necedad, y la prudencia
¿qué símbolo halláis, que a tanto llega
de un atrevido pecho la insolencia?

¡Oh carcoma infernal, oh envidia ciega,
rabioso cáncer que en el alma imprime,
gota coral, que al corazón se pega!

Envidia es ocasión, que no se estime
al virtuoso, y que le den del codo,
y que olvidado a la pared se arrime.

Envidia es ocasión en cierto modo

que no esté puesto en el lugar más alto,
quien vos sabéis, y sabe el mundo todo:

En las materias escusadas salto,
perdonadme Señor que voy furioso,
y a vos no os sirvo, y a mi estilo falto.

No digo que es un hombre virtuoso
de un acto de virtud que en él se halla,
ni por un solo vicio, que es vicioso.

Mas esto admira, que por no estimarla
del virtuoso el vicio se publica,
y del vicio la virtud se calla.

Luego un Zoilo en el corrillo aplica
de Semirámis el incesto infame,
no las virtudes, de que fue tan rica:

No le verán, que de Alexandro afame
del mundo haber ganado el ancho Imperio,
más que lascivo, y bebedor le llame.

Primero de David va el adulterio.
y el homicidio, que estimar en tanto
la Santa Iglesia su inmortal Psalterio.

Y al sacro pescador divino, y santo
una vez que negó le dan en cara,
y no cien mil que confesó con llanto.

¿Qué es esto pues, sino que el vulgo ampara
lo que profesa más, y más entiende,
y lo que no conoce desampara?

Por esta causa la virtud se ofende,
y de sus hijos la escondida fama
del príncipe a la oreja no deciendo:

Al virtuoso de encogido llama
la astuta envidia, y con bestial malicia,
con mil piadosos nombres lo disfama.

¿Pero de qué rigor, o qué injusticia
me quejo yo, que aún deste sacro Marte
no llevo a ser bisoño en la milicia?

Yo he parecido a un pintorcillo en parte,
¡qué digo!, a un aprendiz, que muy brioso
del bien pintar entró a aprender el arte.

Que como entró gallardo, y presuroso,
pusieronle en las manos la moleta,
porque moliese aquel humor furioso,

El dibujar le dieron con gran dieta,
un rostro, un brazo, un pie siniestro, y diestro,
después cuerpo, y figura más perfeta.

Sintióse tan cansado, y poco diestro
pintando sin medida la figura,
que dio al diablo, al arte, y al maestro.

¡Gentil humor!, no sabe aún la postura
del claro, oscuro, trazo, haz ni enveses,
ni aún si es al óleo, o temple la pintura,

Y piensa de salir en quatro meses
mejor que Alonso Sánchez en cien años,
como el que arroja tajos, y reveses.

Los que cual yo vivimos con engaños,
venimos siempre a dar en los extremos
queriendo el bien sin platicar los daños.

Lo que es virtud hablando lo entendemos,
mas al obrar de sólo vos me acuerdo,
que por ejemplo de virtud tenemos,

Y así si de ocasión me altero, y pierdo
a vos acudo, bebo en vuestra balsa,
los ojos lavo, vuelvo en mí, y recuerdo.

Por vos entiendo que el disgusto es salsa
que afina la virtud, como en el canto
se afina la perfeta con la falsa:

Y puede en mi ser vuestro siervo tanto,
que crío un varonil pecho, y paciencia,
con que no engendro alteración, ni espanto,

Que puede vuestra celestial prudencia

ir alentando el pecho de un bisoño,
que sólo le ha enseñado la experiencia,

-Che quanto piace al Mondo é breve sogno.

La Casa de la Memoria

Afloja un rato aquel antiguo lazo
que oprimió tanto tiempo mi garganta,
tirano amor y por un corto plazo
del duro hierro mi prisión levanta:
o bien si el duro nudo desenlazo.
suelto me deja, o bien con fuerza tanta
el cuello aprieta, y hiere la memoria,
que esté del todo en pena, o viva en gloria.

Y aquella imagen, que es la luz primera
de mi elección con poderosa mano,
del licor de su fértil primavera,
de mis conceptos cultivó el verano:
o bien del todo inexorable y fiera
se muestre, o con semblante más humano,
o en mi bien, o en mi daño se resuelva,
porque mi canto en otro estilo vuelva.

Y ahora en tanto, que en el vario pecho,
de este discurso el término se llega,
ora valga la fuerza, ora el derecho
ora el furor de la potencia ciega,
manda razón, que un rato a mi despecho
su bando siga, y lo contrario niega,
que sólo vale aquí el entendimiento,
y la memoria, de quien es mi cuento.

Después de largos casos, que han pasado
en el breve proceso de mi vida,
y en diversas fortunas engolfado,
perdí el vigor, cobré la luz perdida:
y del carro de Apolo levantado
me vi caer, y vuelto a la subida,
de improviso me vino un accidente
de pensar lo pasado, y lo presente.

Metido en confusión me vi al momento
de la imaginación, que me guiaba,

de mil quimeras lleno el pensamiento,
con que el comun sentido se ofuscaba.
Entra, me dijo, ten atrevimiento,
viendo que con razón lo rehusaba,
y abriendo a un monte una pequeña puerta
llevarme vi por una senda incierta.

Adonde cuanto me salió al encuentro
lleno de confusión me parecía,
y cuanto más entraba hacia dentro,
mayores esperanzas descubría.
A veces me reparo, a veces entro,
mas si los ojos hacia atrás volvía,
vía cerrarse el paso peligroso,
de suerte, que pasar me era forzoso.

Para volver atrás no fui bastante,
que a la espalda quedaba un alto muro,
y por la senda me enfrasqué adelante
que lo tuve por caso más seguro.
Sigo la empresa con valor constante,
y deseando ver lo que procuro,
una peña tajada se descubre
tan alta, que a la vista el paso cubre.

Comienzo luego de cercarla en torno,
pensando de hallar alguna entrada,
do vi extrañezas de diverso adorno,
con novedad de mí jamás pensada.
Pero cuanto más miro, vuelvo, y torno,
hallé, que mi fatiga era excusada,
porque su altura amenazaba al cielo,
y en grandeza cubría el medio suelo.

Ya que de admiración estaba lleno,
pensándome de ser sólo testigo,
vi que se abrió por un pequeño seno
de la peña tajada un gran postigo;
y que con rostro en el mirar sereno
honesto, y grave, blando, afable, amigo,
salió a la puerta una mujer anciana,
que en su apariencia, no era cosa humana.

Vi a la que de improviso así me asalta,
que tenía un terrible, y grave aspecto.
Grande cabeza, de cabellos falta,

y el que tenía crespo, y no perfecto;
ancha la frente, relevada, y alta,
llano el cogote, y de áspero sujeto,
cejas anchas caídas, y entrecejo,
mirar terrible, y grande sobrecejo;

Rayas pocas, y hondas en la frente,
que cada cual de abajo arriba toca;
ventana de nariz ancha, y patente,
los labios gruesos en pequeña boca;
el color bruno, al lado dependiente
una melena bedijosa, y poca;
y con aspecto grave, y voz severa
me comenzó a hablar desta manera:

¡Oh tú, que del divino, y alto nombre
a la inmortalidad, vas aspirando!,
porque la extraña vista no te asombre
de las grandezas, que gobierno, y mando,
si te despojas de las cosas de hombre
con la divinidad sola quedando,
verás aquí lo que saber deseas,
porque de mi valor testigo seas.

Luego me siento despojado al punto
de la terrena parte, y sólo quedo
con el divino celestial trasunto,
con que cesó mi sobresalto, y miedo.
La mujer me llevó consigo junto
con más velocidad, que decir puedo,
y sobre la alta cumbre de la peña
cosas de admiración dinas me enseña:

Otra región diversa de la nuestra,
diversa tierra, diferente culto,
que no hay lengua ni mano tan maestra,
que pinte tan extraño globo, o bulto;
diverso cielo, y aire, clara muestra
de aquel terreno paraíso oculto,
que en las cosas del cielo, no era suelo,
y en las cosas del suelo no era cielo.

Subí por riscos, y ásperas cavernas
a un lugar de mortal jamás pisado,
do vi contra la muerte, y tiempo, eternas
obras en torno, de uno, y otro lado,

estatuas muy antiguas, y modernas
de un fortísimo bronce levantado
sobre columnas altas, en memoria
cada cual de su buena, o mala historia.

Estaba a un lado una pequeña puerta
de esotras ecelencias apartada
muy olvidada, que después de abierta
no habría cosa de que ser notada;
una figura de una anguilla muerta
sola en aquel lugar se ve pintada,
dedicada también con un estanco,
a los que dejan su memoria en blanco.

Dejado este bestial lugar, indino
de ser visto de nadie, ni pensado
un gran deseo de mirar me vino
las regiones que atrás había dejado.
Vime en aquel lugar alto, y divino,
suspense en ver lo mucho que había andado,
porque no vi otra cosa hacia el mundo,
sino lejos un mar ancho, y profundo.

Señora, dije, pues me habéis traído
a esta región inhabitable extraña,
y habéis sin declararlo conocido
la inclinación que siempre me acompaña,
concededme, suplico lo que os pido,
si el juvenil deseo no me engaña,
quién sois, y quién gobierna en esta tierra,
y qué misterio es el que aquí se encierra.

Yo soy la que mi aspecto, y mi figura
te da a entender, que bien sé qué lo entiendes;
soy la Memoria, a quien con alma pura
desde tu infancia conocer pretendes,
hago mi habitación en esta altura,
y en este espacio a do los ojos tiendes,
gobierno yo, sin que otros reyes haya,
y de aquí sirvo al mundo de atalaya.

Las cosas en el mundo memorables
con vigilancia desde aquí contemplo,
y las más ecelentes, y notables,
están perpetuas en mi sacro templo,
para que con los tiempos variables,

queden a los mortales por ejemplo,
y aquí las formas mirarás visible
intactas de la edad, e incorruptibles.

De aquí me prende por la mano, y lleva
por do jamás topé pisada alguna,
sino de aquellos que hicieron prueba
contra el Tiempo, la Muerte, y la Fortuna;
do a cada paso el gusto me renueva,
mostrándome las cosas una a una,
que estaba lleno el celestial camino
de plantas, de un olor santo, y divino.

Dos arroyos corrían por los lados
de un agua clara, transparente, y pura,
de verde hierba frescos, y adornados,
que sin secarse, o marchitarse dura,
de incorrutibles árboles cercados,
que en el agua no pueden ver su altura
ciprés, líbano, cedro, oliva, y palma,
laurel con otro, do descansa el alma.

Destos arroyos (aunque en las corrientes,
eran, y en claridad ambos iguales)
en extremo los gustos diferentes
eran, y en calidades desiguales,
el uno amargo, premio a negligentes,
que dejaron memoria en graves males;
el otro de un sabor, suave al gusto
de la virtud, honrado premio, y justo.

Después que hubimos caminado un poco
con tal gusto, que ecede al pensamiento,
y por consejo de la ninfa toco
al agua, que me puso nuevo aliento,
los árboles se mueven poco a poco
heridos de un modesto, y manso viento,
descubriendo por cima los laureles
pirámides, columnas, capiteles,

Soberbios edificios suntuosos
de grande ingenio, y arte fabricados,
con cuatro torreones poderosos
de diamante purísimo labrados,
torres, murallas, caballeros, fosos,
puertas de acero, puentes levantados,

y una entrada encubierta antes de todo
hecha de extraño, y admirable modo.

A los dos lados de la entrada estaban
haciendo en dos garitas centinela
dos ninfas que aquel paso aseguraban,
debajo de su amparo, y su tutela,
con sus insignias, lo que son mostraban,
que era una liebre, y una grulla en vela,
y mirándolo todo con instancia,
vi que eran la Custodia, y Vigilancia.

Luego sin que tocase mano ajena,
del primer foso veo echar la puente,
y de su movimiento la cadena
desamarrando el cabo estar pendiente.
Entré con harto sobresalto, y pena,
entré con harto sobresalto, y pena,
porque de un cristal era transparente,
y el foso era tan ancho, y tan profundo,
que por la puente vi parte del mundo.

Este foso pasado, muro, y puerta,
con otros tres de diferente traza,
hallando ya la fortaleza abierta,
venimos a arribar a una gran plaza,
de mucho mirto, y arrayán cubierta,
de verde yedra que el laurel abraza,
y en medio estaba ¡oh cosa milagrosa!
el alto templo de la antigua diosa.

Sobre columnas dóricas fundado
de un ancho, hondo, y sólido cimiento
de obra corintia, a partes fabricado
según el modo, y principal intento,
Iónica, y Subdial, en otro lado,
cada cual por diverso fundamento,
que a cada facultad se le aplicaba
aquello con que más se deleitaba.

De las cosas que en año, en mes, o en día
pasaron en el mundo antiguamente,
y del tiempo, o suceso se tenía
la noticia confusa, solamente,
al vivo la escultura allí se vía,
como cuando pasar se vio presente

la historia, el caso, el nombre, el bien, el daño
la hora, el punto, el día, el mes, el año.

Allí al Sabacio Saga perseguido
del hijo de Nembroth vi figurado,
y al santo abuelo de piedad movido
darle reino, y con él pontificado.
Cosas que ante el diluvio han sucedido
se ven allí en purísimo traslado,
vense también las dos columnas frías,
donde escribió Lamec sus profecías.

De Semíramis la famosa historia
de tan heráicos hechos ilustrada,
cuyo valor fue digno de memoria
más que en ninguna de la edad pasada,
después este trofeo, fama, y gloria
del filial amor se ve manchada,
y él el nefando insulto ve, y remedia
con lamentable, y funeral tragedia.

Isis legisladora madre antigua,
de espigas coronada, y lleno el manto,
de cuyo ingenio, y arte se averigua,
qué fue el sembrar, que al mundo importa tanto;
y Osiris, que las furias apacigua
de los gigantes que ponían espanto,
se ven allí de mármol fabricados,
como fueron por dioses adorados.

Del fuerte Codro el hecho raro, y sólo
que por salvar su ejército, y su gente
por dicho del oráculo de Apolo,
disfrazado de un traje diferente,
se entró al contrario, mas despedazólo
el poderoso ejército impaciente;
se ve todo a la letra figurado,
que venciendo quedó despedazado.

El brazo en un brasero hasta el codo
y sin alteración su faz serena
tenía Mucio Scevola, y aún todo
su cuerpo diera, a tan terrible pena,
antes que dél supiera de algún modo
quien por matarle andaba, el rey Porsena,
y el rey que de tal ánimo se admira

el cerco quita a Roma, y se retira.

A Bernardo se ve cómo destroza,
y rompe del francés la fuerte malla,
y muerta la gallarda gente moza,
el gran Carlos huir de la batalla.
Luego el amigo rey de Zaragoza,
(que aunque era moro, en su defensa halla)
vuelve las armas, y furiosos frenos,
porque los enemigos fuesen menos.

Hernán Cortés del encubierto mundo
descubre el paso, y las riberas halla,
los bájeles barrena, y da al profundo
en su ardid confiando esfuerzo, y malla.
Todo primero ante él está segundo,
que siete reinos que venció en batalla,
(como reciben otros de sus reyes)
les dio, y redujo, y sujetó a sus leyes.

Cuanto en el mundo sucedido había
de su primer principio en mar, o tierra
allí esculpido al natural se vía,
ora en casos de paz, ora de guerra.
Con gran razón admiración ponía
cuanto en aquel lugar sacro se encierra;
pero lo que en el templo había en suma,
no lo puede decir lengua, ni pluma.

Desta manera en el mirar suspenso,
y embebecido contemplando estaba
todas aquellas cosas por extenso,
con que el entendimiento recreaba;
cuando del soberano templo inmenso
la ebúrnea puerta abierta se mostraba,
y del salir, con celestial decoro,
de ninfas bellas un divino coro.

Todas con sus insinias diferentes,
y para diferente ministerio,
más que la luz del sol resplandecientes,
cuando en su casa está, en mayor imperio,
guirnaldas puestas en sus sacras frentes
puestas, no sin grandísimo misterio,
y un monstruo ante ellas lleno de despojos
con cien alas, cien lenguas, y cien ojos.

Do la señora que conmigo vieron
con grandes ceremonias recibida,
para mí todas juntas se vinieron
dándome el parabién de mi venida,
y en la sagrada casa me metieron
de admirables despojos guarnecida
labrados con la mano, y los pinceles
de Fidias, Miguel Ángel, y de Apeles.

Desta divina máquina admirable
es pensamiento lo que puedo, y pinto
una forma fortísima inmutable,
y un artificio del común distinto:
Techumbre de valor inestimable
de esmeralda, rubí, perlas, jacinto,
de diamantes, racimos de mocarbe,
de oro macizo la pared, y adarve.

Contemplando el insine fundamento,
la grandeza, artificio, y la elegancia,
las ninfas informadas de mi intento,
cada cual me llevó para su estancia.
Hallé la ejecución del pensamiento,
y a mi primer motivo la sustancia,
adonde lo que vi, fue tal, y tanto,
que no puede caber en este canto.

Canto segundo de la Casa de la Memoria

Siempre puso la docta gente antigua
entre las letras, y armas competencia,
y en opinión está, y no se averigua
cuál tiene de las dos más ecelencia,
y pues es opinión, y tan ambigua,
no es mi intención tratar la diferencia
sino seguir mi principal intento,
diciendo lo que más me viene a cuento.

Ya que las sacras ninfas me llevaron
a aquel lugar de tan ecelsa forma,
con una dellas sólo me dejaron
cuya apariencia con su ser conforma.
Ellas de sus estancias me informaron,
y esta particularmente me informa

de los secretos, que en la suya encierra,
que eran los más famosos en la guerra.

El que de la soberbia turca pompa
a su despecho doma el cuello yerto,
y sin que se lo estorbe, no interrompa
en sus propias riberas toma puerto,
dará ocasión que con sonante trompa
se cante en todo el Polo descubierto
la sangrienta batalla de más nombre,
que jamás ha vencido mortal hombre.

Después que limpio el reino de Granada
dejará de rebeldes con sosiego,
cubrirá el mar de fuerte, y gruesa armada
para encontrar al Otomano luego.
Verase el agua allí sangre tornada
arrojar rayos de un furioso fuego,
y el poder de Selin bravo, y temido,
de don Juan de Austria por valor vencido.

Encendido en furor, y santo celo,
irá el divino acelerado Marte
a disipar aquel rebelde suelo,
que contra religión alza estandarte:
de esperanza, y temor al primer vuelo
henchirá cuanto el ancho mar reparte,
más en los tiempos de su edad florida
os faltará tan importante vida.

Y aquel sujeto que con blanca calva,
y anciana, y larga barba, se te muestra,
que dejando su fama en todo salva,
siempre salió con vencedora diestra:
es aquel invencible Duque de Alba,
patrón, y amparo de la patria vuestra,
de los humildes protector, y amigo,
de los rebeldes áspero castigo.

Y aquel que sus pisadas imitando
siguiendo la Fortuna adversa, o buena
rompió mil veces al contrario bando
derramando su sangre con la ajena,
es el famoso tío don Fernando,
cuyo valor de suerte al mundo suena,
que le llaman en guerra un fiero Marte,

y en paz, la misma paz, en todo, y parte.

Ves el que de Neptuno va rompiendo
las altas ondas en el Occidente,
y con rumor de pólvora, y estruendo
rimbombar hace al húmido tridente,
que al Lusitano, y su furor rindiendo
el mar aplaca con francesa gente,
es el Marqués de Santa Cruz famoso,
diga la fama el resto, que yo no oso.

¡Oh tú! sujeto de inmortal renombre,
gran domador del ancho mar salado,
que pasando los términos del hombre
hasta la eternidad has aspirado!
El justo premio de tu heroico nombre
don Alonso de Leyva aún no es llegado,
espera que ya llega, y aunque tarda
es, porque la Fortuna a más te guarda.

Sancho de Ávila va en furioso curso
rompiendo al belga, que su patria infama,
y en el asalto, y general concurso
de Anvers la desleal sangre derrama.
Tú serás Lusitania en su discurso
testigo cierto de su heroica fama
con muchas muertes de la gente tuya,
do cesará la insine vida suya.

Con su famoso Tercio de la Liga
sigue don Lope, el luterano alcance,
al contrario poniendo en tal fatiga,
que no se alabará de echar buen lance:
Su valor el de Orange cante, y diga
que por no verse en peligroso trance,
rehusó alguna vez su duro encuentro
escarmentado ya de otro reencuentro.

Valor, consejo, industria, atrevimiento,
ardid, esfuerzo, con jatancia poca,
con que al mayor tu gran merecimiento
se iguala siempre, y al contrario apoca,
fueron de tu gran nombre el fundamento,
don Alonso de Vargas a quien toca
cante tu heroico pecho, que la fama
a cosas de mayor nombre te llama.

Estos famosos que en tu tiempo han sido
honra, y aumento de la fuerte España,
con otros que en mi estancia has conocido
de tierra y mar, de fuerte y de campaña,
que en tu patria, y nación tanto han valido,
que son loados de la gente extraña,
aquí están, y estarán eternamente
para memoria de la edad presente.

Déjame luego andar a mi albedrío
mirando los varones ecelentes,
unos deste dichoso tiempo mío,
que yo conozco vivos, y presentes,
otros que del gallardo antiguo brío
quedan para dechado a nuestras gentes,
otros que por valor, y por ventura
serán famosos en la edad futura.

Ya que de aquella memorable pieza
las grandezas miré con gran decoro,
hacia mi sus pisadas endereza
una ninfa de aquel divino coro,
guirnalda de laurel en su cabeza,
y la celda me abrió de su tesoro,
y suspendiendo mi memoria en tanto,
este principio dio a su dulce canto.

Alza la vista, y oye un rato atento,
de Calíope el canto numeroso,
tú, que de mi favor y sacro aliento
sediento vienes al licor sabroso;
oye el estilo grave, el blando acento,
y altos conceptos del varón famoso,
que en el heroico verso fue el primero
que honró a su patria, y aún quizá el postrero.

Del fuerte Araúco el pecho altivo espanta
don Alonso de Ercilla con su mano,
con ella lo derriba, y lo levanta,
vence, y honra venciendo al Araucano;
calla sus hechos, los ajenos canta
con tal estilo, que eclipsó al Toscano,
virtud que al cielo para sí reserva,
que en el furor de Marte, esté Minerva.

Profundo ingenio, con saber profundo
luz, y claro esplendor del sacro monte,
ejemplar de las ciencias sin segundo,
que enriquecen tu fértil horizonte,
que a la Musa olvidada ya en el mundo
sin que del valor suyo se remonte
renuevas del latino, al nombre sacro
recibe ¡oh gran Pacheco! un simulacro.

Al soberano espíritu encendido
del divino Hernando de Herrera,
presten atento el obediente oído
los cisnes de la Bética ribera.
Óyelo el sacro río enternecido,
y por el gran caudal de su carrera
lleva a Neptuno este tributo, y fama,
y él por el mundo todo la derrama.

Aquella voz que del profundo pecho
saliendo en dulce lamentar se entona,
con que dejando al mundo satisfecho
las lágrimas de Angélica pregona,
y aquel licor divino, con que ha hecho
su nombre eterno Soto Barahona,
aquí se oirá, y allá verá Neptuno
poco iguales, y mejor ninguno.

En la venérea concha el tierno canto
oye de aquél que della misma ha sido
al turco y moro, riguroso espanto,
cuya sangre sus popas ha teñido,
el ánimo gentil, el dulce llanto
el blando estilo, con que enternecido
don Alonso de Leyva cuando canta
a Venus enamora, a Marte espanta.

¡Oh tú Liñán que desde el monte miras
los que en la falda por subir se quedan
y en el estilo, a que agradando aspiras
con dulce engaño de imitar, se enredan!
Lleva el ingenio con que al mundo admiras
por los caminos, que a los más se vedan,
que por cualquiera hallarás abierta
entrada fácil, y salida cierta.

Aquel tierno renuevo que abrazado

con el laurel creciendo se levanta,
que del divino espíritu inspirado
en la florida edad sus versos canta,
es del ecelso monte eternizado
nueva, florida, digna, y fértil planta
es vega, y tal, que con el monte lleva
término de llegar a lucha, y prueba.

Oh padre Duero de laurel corona
de tu hijo Garay la insine frente,
que en el santo licor de la Elicona
las aguas transformó de tu corriente.
Ya el rico Pindo, que de ser blasona
el dulce néctar de mi sacra gente,
rinda a tu nombre las corrientes tuyas
pues tal sujeto se crió en las tuyas.

Tú Pisuerga que tienes en olvido
el claro nombre en tus cavernas hondas
de aquel varón que libertó de olvido
el corto curso de tus verdes ondas,
alza la voz del pecho ya dormido,
la clara fama, y el valor no escondas
de Damasio, por quien fue tu corriente,
más que por tus riberas ecelente.

Este que del Parnaso monte santo
fue otro tiempo el regalo en dulce verso,
y en fértil vena pudo, y puede tanto
que nadie le igualó en el universo,
y ahora vuelve a diferente canto
más alto, puro, soberano, y terso,
es Padilla de ingenio peregrino,
que vuelve lo divino, a lo divino.

A la doliente voz divina y pura,
del entonado cisne que se queja
¡oh vos! en quien el casto intento dura
del vivo rastro que el amor os deja,
llegad a suspender la pena dura,
que López Maldonado en dulce queja,
suspenderá del propio infierno el llanto
con alto verso, y soberano canto.

No pudo el hado inexorable avaro
por más que usó de condición proterva

arrojándote al mar sin propio amparo
entre la mora desleal caterva,
hacer, Cervantes que tu ingenio raro
del furor inspirado de Minerva
dejase de subir a la alta cumbre
dando altas muestras de divina lumbre.

Tú Córdoba gentil, que de la musa
latina imitas con igual pasaje
la antigüedad, que nuestro tiempo acusa
con puro estilo, y con galán lenguaje,
aunque la gloria tu humildad rehúsa,
y la alabanza tienes por ultraje,
sigue de tu escribir la blanda hebra,
que estimo yo, y el mundo la celebra.

Aquel ingenio cortesano, y terso
que el Betis cría, y engrandece el Tajo,
que en jovial estilo, y dulce verso
para su eternidad halló el atajo,
ora siga esta senda, o por diverso
camino alivie el inmortal trabajo,
que Góngora será desde este día
de las musas el gusto, y alegría.

Ya que la propiedad antigua imitas,
tierno pimpollo, en verso regalado,
y en la materna lengua resucitas
del latino el concepto más cendrado,
extiende el claro ingenio que limitas
de tu pesquera a descubrir el vado,
que hallarás en tu apacible puerto
y un caudaloso Nilo descubierto.

Ya de Guadalevin la fértil onda,
brotar ingenios, y esperanzas veo,
y entre sus riscos, y caverna honda
plantas nacer que igualas al deseo.
Prendas produces olvidad Ronda,
que te libran del lago de Leteo,
crecerá Franco que será el segundo,
que manifestará tu nombre al mundo.

El grave ingenio, y el caudal inmenso
de Bartolomé Juan atento escucha,
por quien el Tibre quedará suspenso,

y el Po, y el Ebro llegarán a lucha;
mas mientras de su ingenio recompenso
con poca paga la ecelencia mucha,
cultive, y coja, y deme por tributo
de su verano el sazonado fruto.

Tú que las ondas, y caudal corriente
del patrio Betis sin razón negaste,
y en alto estilo de un ingenio ardiente
a Lima en Occidente celebraste.
vuelve el tributo, a quien tan justamente
debes el claro nombre que ganaste,
Pedro de Montes de Oca, que no es Lima
digno de tan aguda, y pura lima.

Nunca ha podido la interior carcoma
del inorante vulgo derribarte,
que la razón al fin lo vence, y doma,
y vive la verdad en toda parte.
Las armas en defensa tuya toma,
el propio Apolo para eternizarte,
vive Clarinda, y viva tu memoria,
que es tu nombre, y será digno de gloria.

Mi oreja hiere, y mi sentido eleva
tu numeroso verso levantado,
y el armónico son que el aire lleva
de tu divino espíritu engendrado.
Ya la trágica Musa se renueva
de aquel antiguo Séneca olvidado,
ya Lupercio por ti honro, y celebro
por todo el orbe las corrientes de Ebro.

Después destes me muestra aherrojados
en una cueva de infernal presencia
hombres de ajena profesión, y estados
profanadores desta sacra ciencia.
Unos por habladores condenados,
otros que al natural hacen violencia;
unos me daban gritos, y llamaban,
otros de empacho el rostro se tapaban.

De los que estaban en ardiente pena
tres géneros había solamente:
Unos, que sin la rica fértil vena
quieren poetizar violentamente;

otros, que con lo que ella inspira, y suena
sin más doctrina van tras su torrente,
y otros que en las historias verdaderas
mezclan mentiras torpes, con las veras.

A los primeros daba por castigo
necedad, hambre, verso malo, y poco;
a los segundos que el furor amigo
sea reputado por furor de loco;
a los últimos da por enemigo
al buen juicio, que los tenga en poco,
y más que la verdad no se les crea,
y sus escritos nadie compre, y lea.

Desta pieza salimos, y al momento
una armonía celestial se siente
de un concertado, y regalado acento,
que del divino, no era diferente.
De la Música entré en el aposento
llevado del oído blandamente,
do vi dos hombres de saber profundo
maestros míos, y de todo el mundo.

Fue Francisco Guerrero, en cuya suma
de artificio, y gallardo contrapunto
con los despojos de la eterna pluma,
y el general supuesto todo junto,
no se sabe que en cuanto el tiempo suma
ninguno otro llegase al mismo punto,
que si en la ciencia es más que todos diestro,
es tan grande cantor, como maestro.

Otro es Navarro, a quien con larga mano
concede el cielo espíritu divino,
consonancia, artificio soberano,
estilo nuevo, raro, y peregrino,
tal, que cualquier trabajo será en vano
del que seguir quisiere su camino,
que es don particular del cielo infuso,
que no puede aprenderse con el uso.

Estaba el gran Zaballos, cuyas obras
dieron tal resplandor en toda España,
junto a Rodrigo Ordóñez, cuyas sobras
bastan a enriquecer la gente extraña.
Tú, Voluda que en nuevo estilo cobras

fama que eternamente te acompaña,
junto al divino Gálvez, cuya gala
no es sujeto del suelo quien la iguala.

Fuera destes maestros valerosos,
que en hombros la gran máquina tenían
había otros supuestos muy famosos,
que la música en uso disponían:
Unos en instrumentos milagrosos,
otros, que en dulce canto suspendían
con voz airosa, al agua, al viento, al fuego,
y aquel reino guardaban en sosiego.

De un sujeto vi allí la efigie pura
que aquel gran Cabezón va dando caza,
en el orden de tecla, y compostura
sin exceder un punto de su traza,
el término, caudal desenvoltura,
y las divinas manos de Peraza,
y el divino Salinas allí estaba
a quien todo el colegio respetaba.

Castillo puro, y singular sujeto,
en competencia el instrumento afina,
en la disposición docto, y discreto,
mano, y composición alta, y divina:
bosque en la pluma, y ordenar perfeto
de veloz mano, izquierda peregrina,
dulce, apacible, regalado, y casto,
y que al recibo ecede con el gasto.

Con voz suave, y con veloz garganta,
pura, distinta, dulce, y claro pecho
en regalado canto se levanta
primo, y el coro deja satisfecho.
En competencia suya Antolín canta
pretendiendo el asiento por derecho,
mas Martín de Herrera que es del alma
al uno ecede, al otro lleva palma.

Óyese un dulce canto de improviso,
que como en coro de ángeles bajaba
del alto techo cual del paraíso
y abrirse un globo que pendiente estaba.
Descubre cuánta gloria el cielo quiso
al mundo dar, y cuánto él deseaba,

discreción, hermosura, y valor tanto,
que siendo sin igual, iguala al canto.

Doña Francisca de Guzmán se vía
sereno el rostro en movimientos graves
tener suspensa aquella compañía
con acentos dulcísimos suaves:
con la voz, y garganta suspendía
al escuadrón de las cantoras aves,
el aire rompe, y pasa por el fuego
al cielo llega, y vuelve al suelo luego.

En la divina mano el instrumento
doña Isabel Coello tiene, y temple:
Óyelo el soberano coro atento.
y la disposición, y arte contempla
la hermosura el celestial talento,
que al más helado corazón destempla,
garganta, habilidad, voz, consonancia
término, trato, estilo, y elegancia.

Llegó doña Ana de Suazo al coro
de Agustina de Torres prenda cara,
y de voz, y garganta abrió el tesoro,
diestra discreta, y una, y otra rara.
Y guardando al pasaje su decoro
los labios mueve sin mover la cara,
mostró siguiendo tan discreta senda
ser de tal madre soberana prenda.

Óyense de una, y de otra parte acentos
destos sujetos, y otros muchos juntos,
gallardas voces, graves instrumentos,
galas, pasajes, quiebros, contrapuntos.
Lleva el compás en tales movimientos
Guerrero, y forma regalados puntos,
de oír quedé suspenso, y elevado
de mis intentos, y de mí olvidado.

Un grave sueño al punto me arrebató,
y todo el resto en confusión me muestra
por castigar mi condición ingrata,
y el gran descuido de la patria nuestra.
Más ya que por mi culpa se dilata
de sus ingenios descubrir la muestra,
doy mi palabra de escribir el resto

otra vez que allá suba, y será presto.

Égloga, a Otavio Gonzaga

Mientras se cansa el riguroso cielo
de hacer tantas mudanzas en mi estado,
y el tiempo de mi bien, o mal se acerca,
si pudiera hallar algún consuelo
en medio del tormento, que me cerca,
y dar alivio a un mal tan obstinado,
diré del extremado
valor, virtud, nobleza,
de que tu noble pecho
está muy rico, y poco satisfecho
para mayor grandeza
de las virtudes, que tu insigne frente
ciñen gloriosamente,
que como el tiempo pasa
desde tu infancia sucesivamente
creciendo van sin límite ni tasa.

Y tú fortuna, que en mi daño presta
en todas ocasiones te mostraste
cánsate un poco de mi desventura;
descansa un rato, si mi ruego presta,
que después podrás ser rebelde, y dura
volviendo a la costumbre que dejaste;
ya que así me trataste
desde mis tiernos años
llevándome contino
por un dudoso, y áspero camino
con promesas, y engaños,
y en mí hiciste suertes a tu gusto
con un término injusto
dándome un pensamiento,
que casi viene con el cielo al justo,
y una pesada piedra en su cimiento.

Tornado ahora a tu alabanza en tanto
ecelso Octavio, de quien pudo Homero
celebrar con razón el gran supuesto,
no pienses que me mueve al dulce canto
si no es pura verdad que sigo en esto
a ti debida con amor sincero.

Que un ingenio grosero
ofrecer la miseria
de tan pequeña suma,
a quien con tantas veras dio a la pluma
ocasión, y materia,
hace como el que lleva al mar hinchado,
agua, arena, o pescado,
o a Febo le da lumbre
siendo el que al mundo la que tiene ha dado,
o a la tierra le añade pesadumbre.

Sólo me mueve lo que a todos mueve,
que es aquel gran caudal de tus virtudes,
de quien tomarse puede claro ejemplo,
y para que mi intento en éste pruebe
pues a tu son mi tosca lira templo,
te suplico, que oyéndome, me ayudes.
Que si a mi verso acudes,
oirás un breve cuento
de un pastor, y un soldado,
que me tuvo suspenso, embelesado
con tu merecimiento.
Ora en la vida solitaria, y mansa,
donde siempre descansa,
ora esté tu deseo
en la milicia, que jamás le cansa,
oye los blandos versos de Liseo.

Pastor. Soldado

PASTOR.

Aquí mansas ovejas
entretened el hambre
rumiando el pasto que de atrás os resta,
mientras que las abejas
metidas en su enjambre
pasando están la calurosa siesta,
y el lobo que os molesta
con maña cautelosa
menos ofende y daña
vuestra simple compañía,
y el carnicero corazón reposa;
tomad el dulce sueño,
que aquí tendréis en guarda a vuestro dueño.

SOLDADO.

¡Oh cuántichoso estado
para la vida alcanza,
aquel, que libre de un altivo intento,
va siguiendo su hado
sin temor ni esperanza
llevado del humilde pensamiento!
No le pervierte el viento
de la soberbia fama,
ni el favor cortesano
le tiene loco, y vano,
sino a do su deseo más le llama,
se va seguro, y manso,
y en cualquiera lugar halla descanso.

PASTOR.

Alerta, que no es tiempo
de olvidaros del lobo,
alerta perros, Amadís, Marquesa,
que gentil pasatiempo
para quitalle el robo,
si en el ganado hace alguna presa.
Ay, Dios, cómo me pesa
de habérselo arrojado,
que la cachorra es tierna,
y le di en una pierna,
y podrá ser habérsela quebrado;
mas no debe ser nada,
que ya está muy contenta, y sosegada.

SOLDADO.

Así del agua clara
sin sobresalto beba
tu manso aprisco del Tesín famoso,
y de tu patria cara
jamás te aparte, y mueva
del bravo Marte el ímpetu furioso.
Oh pastor venturoso,
que por el seco estío
pasemos este día
los dos en compañía
en esta sombra al murmurar del río.

PASTOR.

Antes he granjeado,

que miraré mejor por mi ganado.
y aunque en mi patrio suelo
por la continua injuria
es tan odioso de soldado el nombre,
yo estoy tan sin recelo,
que en toda la liguria
no hay cosa, que me altere ni me asombre;
yo vivo como un hombre
remoto y apartado
del vulgo, y su costumbre,
ni en mí hay más pesadumbre,
de la que puede darme mi ganado;
ni más gusto y contento,
que hallarlo cabal, cuando lo cuento.

SOLDADO.

Bien pudieras llamarte
el más dichoso, y rico,
que sobre sí sustenta este elemento,
si con él agradarte
tu estado pobrecico
vivieras tan honrado, cuán contento.

PASTOR.

Y aún ese es argumento,
que vos con ser soldado,
de vos propio homicida
en toda vuestra vida
no estaréis tan contento cuan honrado;
y ésto poco se halla,
pero la honra huye con buscalla.

SOLDADO.

No me podrás negar pastor amigo,
que todo lo que digo es acertado,
y en gran razón fundado, pues se escribe
que no vive quien vive con deshonra.

PASTOR.

Decídme qué es la honra, pues que tanta
tenéis, que al mundo espanta, los soldados
que andáis siempre arrastrados con miseria,
cargados de laceria, y sin concordia,
buscando la discordia, y alborotos
descosidos, y rotos, y hambrientos,
contino descontentos, desabridos,

sobre esto aborrecidos de las gentes,
de vuestra patria ausentes, y en la guerra,
¿y aún os sufre la tierra ya en su gremio?

SOLDADO.

La honra es aquel premio, que consigue
el que la virtud sigue, y no se alcanza
con estarse en bonanza sin trabajo
comiendo miga, y ajo los pastores,
ni los que son mayores principales
sin gastar sus caudales en servicios
haciendo sacrificios de sus vidas.

PASTOR.

Hartas hay consumidas, yo lo fío,
testigo es este río, y su ribera,
cuánta sangre extranjera, y voces tiernas
hinchieron sus cavernas las más hondas,
y en sus sagradas ondas transparentes
con sangrientas corrientes hizo presa
de la sangre francesa, y no fue sola,
que también la española allí vertida
recobró nueva vida de tal suerte,
que a pesar de la muerte en la memoria
eternizó su gloria, y clara fama.
Un pastor, que se llama Leridano
en edad viejo anciano, fue testigo
de todo lo que digo, y en mis días
he visto yo porfías, y batallas,
que espantaba el mirallas: mas si en esto
tenéis el honor puesto, sed soldado,
que yo quiero mi vida, y pobre estado.

Pero volviendo a tu primer principio,
que aunque como a grosero me has tratado,
quiero darte a las manos algún ripio.

Si es de virtud el premio señalado
eso, que llamas honra, y no merece,
el que no es virtuoso, ser honrado,

menos honra tendrá según parece,
quien menos virtud tiene, y aún ninguna
quien totalmente de virtud carece.

Pues dime ahora, pese a la fortuna,

entre soldados, ¿qué virtud se halla,
que por ella merezcan honra alguna?

SOLDADO.

Costancia, y fortaleza en la batalla,
la clemencia, y piedad con el rendido,
y otras virtudes, que mi lengua calla.

PASTOR.

Qué pocas veces se han entremetido
en vuestra casa, y bienes, y cuán pocas
de vuestras ovejuelas han comido.

SOLDADO.

Es materia muy larga la que tocas,
mas con tu confesión quiero probarte
que es más que todo, lo que tanto apocas,

bien conociste un valeroso Marte,
o lo oíste decir a tus pasados,
que en este estado sustentó estandarte,

que en invencibles hechos señalados
en justicia, piedad, valor, clemencia
ecedió a los antiguos afamados.

De antiguo origen, sangre, y decendencia
por él eternizada con aumento.
si no cabe aumento do hay tanta excelencia,

contra quien nunca tuvo atrevimiento
el murmurar, que vida, y honra estraga,
del mordaz vulgo en maldecir hambriento.

PASTOR.

Conocí a Don Fernando de Gonzaga,
que a las señas que dais, y el mundo sabe
otro no puede ser, aunque más haga.

Mayor trofeo de alabanza cabe
en su animoso corazón osado,
que como mereció no hay quien le alabe,

con hondo foso, y muro levantado
fue el que cercó la gran ciudad en torno,
y aseguró las fuerzas deste estado.

SOLDADO.

Espera, no me estorbes, que ya torno
do la imaginación me guía, y llama,
que no pienso salir desde contorno,

conocerás deste árbol una rama
que se ha extendido por el mundo tanto,
a levantar su nombre, y clara fama,

que desde los confines de Lepanto
hasta el flamenco suelo siempre ha sido
gloria al amigo, y al contrario espanto.

Del alto joven de Austria esclarecido
interno amigo, y toda su privanza,
de quien temblaba el bárbaro atrevido.

PASTOR.

Ya no puedo sufrir tanta tardanza,
ni sé a qué fin decís de don Fernando
ni del insine Otavio la alabanza.

SOLDADO.

Si estos dos tales que te voy contando
de soldadesca profesión han hecho,
¿qué te parece de milicia el bando?

PASTOR.

Yo me doy por rendido, y satisfecho,
que es la más alta profesión del mundo,
pues ha cabido en tan gallardo pecho.

Oh quién tuviera, Octavio, aquel profundo
saber del pastor Títiro famoso,
que no tuvo jamás par ni segundo.

para que en mi rabel tu glorioso
nombre sonara, y este bosque y valle,
Octavio, respondiera presuroso.

SOLDADO.

Comienza por tu vida de temprarle,
que con sus voces, y con tal materia
no habrá en el soto rui señor que calle.

Que yo te ayudaré con la miseria
de mi pobre caudal: canta a tu modo,
y cantaré yo al uso de la Esperia.

PASTOR.

Sea en mi ayuda el río, y campo todo.

Ya se llega aquel tiempo venturoso,
que está pronosticado
de la esperanza de tus altos hechos,
en que los simples pastoriles pechos
con ánimo gozoso
mayoral te harán de todo el prado,
por gusto, y por mandado
del que hacerlo puede,
que al de mayor poder del mundo ecede,
y al Rabadán grosero
le quitarán las llaves del apero

SOLDADO.

Con verde palma te corona España,
y de insine vitoria
en tu cabeza la guirnalda afirma,
con el bastón antiguo, que confirma
por más de una hazaña,
que en los contrarios dejará memoria.
Testigo es de tu historia
la sangre derramada
del rebelde flamenco ya obstinada,
y los turcos despojos
a su pesar llevados de sus ojos.

PASTOR.

Cuando llegare el tiempo, en que confío,
de tantos bienes lleno,
producirá este campo nuevas flores,
Otavio, cantarán los ruiñeños,
Otavio, el claro río,
responderá, y, Octavio, el aire ameno.
Quién viese el tiempo bueno,
en que los ganaderos
gordos verán paciendo sus corderos,
y en la alegre floresta
del sacro Pan celebrarán la fiesta.

SOLDADO.

Ya en este tiempo la ocasión te llama
con gran rumor de guerra
a añadir a tus hechos otros tantos,
en los contrarios pechos mil espantos
van poniendo la fama,
Otavio sale, Otavio de su tierra.
Ya cada cual se encierra,
y al daño se apercibe,
que el lastimado corazón concibe
de tu gobierno, y mano
temblando el turco, el moro, el luterano.

PASTOR.

Entonces se verá cumplido el punto
que de tu nacimiento
pronosticaron todas las estrellas,
y lo que puede con la fuerza dellas
tu ser, y esfuerzo junto,
la bondad, condición, trato, y talento.
Desde ahora presento
un cordero manchado,
el más grueso que hubiere en mi ganado,
para que en aquel día
lo comas con tu dulce compañía.

SOLDADO.

Veráse allí con qué razón tan justa
aquel joven te amaba,
que del gran Carlos heredó la diestra,
que en hazañas pasadas bien lo muestra
tu condición robusta
blanda al amigo, al enemigo brava;
que este apellido daba,
de quien tú lo heredaste,
el mundo al que te amaba tanto amaste,
que bien pueden llamarte
ángel en paz, y en guerra fiero Marte.

PASTOR.

Del Tesin celebrado la ribera
ahora andas pisando
la dulce, y blanda soledad siguiendo,
la garza a veces, que va huyendo,
con el ala ligera
del gerifalte, y el neví cazando.
Por donde vas pasando

alegre todo queda,
el prado, el río, el valle, y arboleda,
ante mil bendiciones
los simples pastoriles corazones.

SOLDADO.

Tal discreción, tal gracia, y tal ventura
tienes del alto cielo,
que nadie te miró, que no te amase,
no hay corazón, que por tu puerta pase,
que en el ser, y cordura
la prisión rehusase de tu anzuelo.
Siempre del Lacio suelo
fuiste gloria, y reparo,
del español la protección, y amparo,
ambos por tu ecelencia
sobre el amarte tienen competencia.

Hasta aquí pude oír lo que cantaron
detrás de un sauce rodeado en torno
de una apacible, y fresca primavera;
y aunque adelante en su cantar pasaron,
no podré dello dar noticia entera,
porque las aves con sonoro adorno,
las hierbas del contorno,
la graciosa armonía,
del viento, y claro río
lisonjeando en el lugar sombrío
junto a la melodía
del pobre ganadero, y el soldado,
me dejó embelesado
dormido como piedra,
que de un profundo sueño salteado
quedé arrimado al tronco, y a la yedra.

Más bien puedo juzgar del dulce sueño,
que antes de irse el pastor a la campaña,
en su cantar duraron grande rato,
porque aunque no sentía más que un leño,
el dios Morfeo a mis pasiones grato
en lo mejor me puso de la España,
por donde el Betis baña
la gran ciudad de Apolo,
hablando a mi señora,
de quien ausente triste vivo ahora
desesperado, y solo.

Mas como desperté vime sentado
junto al Tesin sagrado,
y el prado, y valle umbroso
solo sin ganadero, ni ganado,
y el sol al Occidente presuroso.

Égloga a don Hernando de Toledo El Tío

Ya que señor, del bélico ejercicio
cesando agora la valiente mano
niega a Marte el usado sacrificio,

y el lastimado pecho luterano
de tu pujanza la mortal herida
de su mal receloso teme en vano,

mientras que temerosa, y encogida
esta rebelde, y bárbara canalla
de ti temblando piensa en la huida,

y el gallardo español la fuerte malla
rompe, y a veces de su don Hernando
se acuerda en lo mejor de la batalla,

y de tu gente el atrevido vando
al francés atropella, y desbarata,
y al astuto flamenco va buscando,

ya que a tu gusto el tiempo se dilata,
en que el ardor del pecho valeroso
sitia, atrinchera, rompe, rinde, y mata.

Oye, señor, en este tiempo ocioso
el favor, esperanzas, y temores
de un pecho de servirte deseoso,

y si con tantas ansias, y dolores
por estar libre de pasión te canso,
oye por descansar a mis pastores.

URGENTO. SERDÓN. LISEO

SER.

El fresco viento regalado, y manso

que en el ardor de la ferviente siesta
da al fatigado corazón descanso,

el valle umbroso, el soto, y la floresta
en este sitio, do la verde grama
está menos hallada, y más enhiesta,

a su conversación provoca, y llama
a cualquier pastoril sencillo pecho
libre, o cautivo de amorosa llama.

¡Quién no estuviera a padecer tan hecho,
que contemplara el orden, y belleza,
que adorna, y viste, este pequeño trecho!

¿A quién no admira ver con qué largueza
convida la sabrosa, y dulce fuente
a beber de sus aguas la pureza?

El amor con que abraza estrechamente
de suerte al olmo la enredada yedra,
que sin ella subir no le consiente,

con qué vigor, y fuerza crece, y medra,
hasta llegar a la suprema altura
del alto fresno, o la encumbrada piedra.

El milagroso modo, y compostura
con que defiende el sauce, y verde Aliso
de la fuerza del sol, esta frescura.

En estas claras ondas, oh Narciso.
vieras el don de tu belleza rara,
harto mejor que do tu suerte quiso;

quizá que el agua transparente, y clara,
el verde valle, y la flagrante selva
de un amor tan injusto te apartara.

Esparce el mosquete, y madre selva
el aura fresca en este sitio ameno
tiernos olores, y antes que se vuelva,

deja de suavidad el campo lleno,
y al espíritu triste, y afligido
en parte alivia del mortal veneno.

UR. Oye Serdón, en un antiguo nido,
que está pendiente en el laurel sagrado
de un ruiseñor el canto enternecido,

y como al numeroso, y concertado
acento suyo en alta voz responde
el coro de las aves entonado,

entre las cuales su temor no esconde
el detractor infame de honra ajena,
que ofende a ciegas sin saber a dónde.

Con cuál dulce armonía el bosque suena,
trina la voz el jilguerillo, y canta
en competencia de quien más resuena,

sigue en fuga el pasaje de garganta
la calandria subiendo cuanto puede,
y sobre ellas el ruiseñor discanta

a tal concierto, ¿quién dirá que ecede
aquel cantar del andaluz famoso,
que al Tracio en fama, y dignidad sucede?

Oh, tres y cuatro veces venturoso
aquel, que libre de cuidados vanos
semejante lugar goza en reposo.

SER.

Atiende, que venido es a las manos
el que con su cantar suspende al viento,
alegra sotos, valles, montes, llanos.

UR.

Ya yo le he visto estando mán contento,
que al mayoral, y a quien mejor lo siente
tuvo colgados de su dulce acento.

SER.

Pues ahora está harto diferente,
Célida es todo, en Célida contempla,
que otra conversación jamás consiente.

UR.

Oigámosle que el instrumento templá.

LISEO

Rompe las venas del ardiente pecho,
Ninfa cruel, y con sangrienta llaga
abre camino al corazón difunto,
verás de mi dolor la injusta paga,
y el grave estrago por tus manos hecho
con tu rigor mi sufrimiento junto;
ya que perdió su punto
el regalado, y tierno
amor, que me mostrabas
cuando con blandas lágrimas bañabas,
bastantes a mover un duro infierno,
mi rostro, y cuello, y tu divina cara.
¡Oh memoria terrible de mis daños,
y quién imaginara
de tantas glorias tantos desengaños!

Célida ingrata, dura, inexorable,
cual tigre hircana, y a mi llanto justo
más indomable que la altiva palma,
¿Qué novedad, qué celo, o qué disgusto
te hizo de benigna, mansa, afable,
rigurosa madrastra de mi alma?
Que el cuerpo quede en calma
viviendo la memoria
de la fe pervertida,
muerto a las manos de su propia vida,
y que de tu caudal lleves vitoria,
hazañas son que tu valor sepultan,
con descubrirse agora tus engaños,
por do al alma resultan
de tantas glorias tantos desengaños.

De aquella fe inviolable que decías
no ser la tierra, ni aún el cielo parte
para mudalla de su firme intento,
¿es posible que pudo derribarte
un temor engendrado en niñerías
sin término, razón, ni fundamento?
No hay tan fuerte elemento
a quien un solo, y puro
amor, no abraza, y queme,
que ningún daño, ni peligro teme,
para que en su lugar no esté seguro,
y un cobarde temor, y sobresalto

guiado por caminos tan extraños,
me dio el primer asalto
de tantas glorias tantos desengaños?

Aquellos dulces, y agradables ratos,
en que de mis palabras muy contenta,
suspensa estabas lo mejor cogiendo,
dándote de mi vida entera cuenta
sin temores, recelos, ni recatos.
y recíprocamente respondiendo,
¿permite el hado horrendo,
que vengan a acabarse,
y que con esta gloria
no se acabe en el mundo mi memoria?
Porque razón será jamás hablarse
de hombre tan sin ventura, y desdichado,
que en el primer principio de mis años
no ofrece el duro hado
de tantas glorias tantos desengaños.

Confuso tiempo de sospechas lleno,
que encubres la maldad de un pecho injusto
perverso autor de tantas novedades,
ya que es fuerza llevar este disgusto
¿Cuándo sucederá otro tiempo bueno
en el cual se averigüen las verdades,
o secretas maldades?
Mas ya que Dios me entiende,
y el tiempo admite, y sigue
la dura sinrazón que me persigue,
mejor será callar que quien me ofende
ya que vio por mi causa sus enojos,
yo haré que los vea en sus rebaños,
pues vi por sus antojos
de tantas glorias tantos desengaños.

Mas, ¿por qué ha de ser parte el torpe intento
de un duro corazón, que con mi vida
procura en vano remediar su muerte,
para borrar la imagen, que esculpida
confesaste una vez, y aún más de ciento
en tu pecho tener tan firme, y fuerte,
que buena, o mala suerte
no pudiera ser causa,
ni el propio gusto tuyo
para arrancarla de un lugar tan suyo,

y que haya de poner tan larga pausa
entre tu voluntad, y mi remedio?
Y tras discursos tantos, y tamaños
venga a hallar en medio
de tantas glorias tantos desengaños.

Tengo de suerte echado el pecho al agua,
y estoy del padecer ya tan doliente,
que no siento de pena, o gloria un punto;
tiéneme de mis ojos la corriente,
y dentro el pecho la encendida fragua
no sé si embelesado, o si difunto.
Piérdase todo junto,
las fuerzas desamparo,
rendido y sin defensa
cualquiera mal podrá hacerme ofensa,
pues será en vano procurar reparo.
aquí, que no hay defensa ya a los daños,
pues me dio la esperanza
de tantas glorias tantos desengaños.

SERDÓN

¿No veis cómo soltó la rienda al llanto?
¡oh tierno joven miserable, y triste!
vamos Urgenio a consolarle un tanto,

que aunque esta enfermedad siempre resiste,
y opuna a la razón, es cosa cierta,
que su reparo en la razón consiste,

y aquellos que cerraren más la puerta
ti su remedio, dan más esperanza
por ser la enfermedad más descubierta;

pues tanto por mi suerte se me alcanza
deste terrible mal, y su accidente,
que pienso de hacer en él mudanza.

Tú como más amigo del doliente
llega a hablarle, no se muestre esquivo,
si ajena voz en sus orejas siente.

UR.

Liseo amigo, el grave, y ecesivo

dolor, que injustamente así te tiene
muerto en la gloria, y en la pena vivo,

es ocasión, que porque más no pene
tu corazón, con tan pesada carga,
llegué a aliviar tu mal como conviene.

LIS.

Aunque mi vida en soledad amarga
pasa mejor su triste devaneo,
que en el remedio que mi muerte alarga,

vuestra conversación, y buen deseo
entiendo, que podrá aliviarme en parte
del áspero tormento en que me veo.

SER.

De mí te digo, que podrás fiarte,
que con pecho, y entrañas de un hermano
serviré en lo que fuere de mi parte.

que como tan antiguo cirujano,
que aún tema agora las recientes llagas,
sé que tu mal no peca de liviano.

Y si de mi amistad algo te pagas,
porque en todo no lleve la vitoria,
te suplico que dél me satisfagas.

LIS.

Pues el discurso de tan triste historia
gustáis de oír, dulcísimos zagales,
suspended por un poco la memoria,
sabréis la causa de mis graves males.

En el más fértil, y abundante suelo,
que riega el Tajo en lo mejor de España
por oculta virtud del alto cielo,
y calidad del sitio, y la campaña,
templado tanto en el calor, y hielo,
que de los dos allí ninguno daña,
do el codicioso labrador encierra
colmadas mieses más que en otra tierra.

Hay un lugar de celestial templanza,
donde el gran mayoral continuo mora

con los pastores de mayor privanza,
que tuvo en aquel tiempo, y tiene agora,
allí todo es temor, todo esperanza,
celos, favor, desdén de la pastora,
que la fuerza, y poder de las estrellas
inclina en esa parte a ellos, y ellas.

Entre ellas hubo por mi bien nacida
una pastora, Célida llamada,
la más de todos con razón servida
por su valor, y término estimada,
apenas por el aire era venida
la tórtola, y perdiz, que descuidada
cada cual procuraba de cogerla,
y en las manos de Célida ponerla.

Acuérdome que alguna vez mirando
aquella luz de sus divinos ojos,
en torno vi mil aves publicando
sus tiernas quejas de pasión, y enojos,
porque en su mano estaban contemplando
sus dulcísimas prendas, y despojos,
y ella de compasión, que les tenía
el preso nido en libertad ponía.

Desta piedad que a un pecho noble inflama,
y otras partes que en ella resplandecen,
nació en mi pecho una secreta llama,
cuyas centellas, aún agora crecen,
fue me forzoso por guardar su fama,
y por cosas que al hombre se le ofrecen,
desamparar aquel dichoso prado,
y pasar al de Betis mi ganado.

Estando descuidado acaso un día
contemplando su curso, y su carrera,
sentí gran novedad con alegría
en todo el pastoril de la ribera,
porque de nuevo en nuestro prado había
una gallarda ninfa forastera
de tanta gentileza, gracia, y gala,
que sobraba a la mas bella zagala.

Fue por mis venas discurriendo luego
un no se qué de novedad extraña,
una memoria del pasado fuego,

un olvido del hato, y la cabaña,
una sospecha, un gran desasosiego,
que nunca en esto el corazón se engaña,
vi de improviso a Célida, y al punto
con su vista un desmayo llegó junto.

Liseo es éste dijo, éste es sin duda,
y al levantarme echó su blanca mano,
mas no tan presto de la llama ruda
la culebra salió, adonde el villano
yerta, y helada la arrojó, y desnuda
entre el haze de leña al fuego insano,
cuanto por el ardor divino suyo
sobre mí vuelvo, y del desmayo huyo.

En aquel punto en su vigor estaba
predominando Venus en el Cielo,
mil almas tiernas en amor juntaba
paz enviando desde el cielo al suelo,
allí en las nuestras de improviso traba
tanta amistad con amoroso celo,
que el pecho que de mármol antes era,
lo dejó convertido en blanda cera.

Quién pudiera decir, oh Dios inmenso,
que aquel contento, y soberana gloria,
que en un instante me dejó suspenso,
y elevado el sentido, y la memoria:
mas para que infelice de mí pienso
en el principio alegre desta historia,
si me amenaza el fin a llanto eterno
metido agora en un profundo infierno.

Creció este casto amor en tanto grado
sin mistura de intento torpe y feo,
que ya no se trataba en todo el prado,
sino de sola Célida, y Liseo;
cada cual de los dos era estimado
a la medida, y gusto del deseo,
no se hacía en todo el prado fiesta,
que sin los dos les pareciese honesta.

Era nuestro ejercicio todo el día
cantar letras al son del instrumento,
que a su contemplación yo componía
autorizadas con su dulce acento,

que tan subidamente lo hacía,
con tal aire, y gracioso movimiento,
que el soto, el río, el prado, bosque, y valle
con silencio mostraban escuchalle.

Juntos nuestro ganado apacentando
andábamos los dos continuamente,
diversas cosas con amor tratando
de lo que al gusto le era más decente,
y si acaso nos íbamos cansando
en este sitio, en esta clara fuente
hallábamos descanso, y dulce gloria
refiriendo el discurso desta historia.

Aquí me acuerdo ¡ay Dios si fuera agora!
que en una junta que hubo de pastores
sobre cuál celebraba en su pastora
mayores alabanzas, y primores,
gané el premio en virtud de mi señora
una guirnalda llena de mil flores,
dísela y aceptóla de manera,
que si aceptara una gentil cordera.

Vino a crecer con el continuo trato
esta pura amistad, y a ser tan firme,
que no sufría un día, un punto, un rato
ella de mí, ni della yo partirme.
en viéndome los perros de su hato
salían coleando a recibirme,
los corderos del mío, si la vían,
pies, y manos de Célida lamían.

Por abreviar el desdichado cuento,
puesta nuestra amistad en este punto
mi vida, mi regalo, y mi contento
en un instante ha perecido junto,
este es el fin, el medio, y fundamento
del cuento, que me tiene así difunto,
si más deste negocio no os dijere,
la gravedad del caso lo requiere.

SER.

Dejara de cansarte
pidiendo larga cuenta
de tu pasión, carísimo Liseo,

si para consolarte
del mal que te atormenta
no estuviera dispuesto mi deseo;
mas pues qué claro veo
tu desastrada suerte,
y no ser caso justo
en tan grave disgusto
pasar tu vida con eterna muerte,
te ruego que lo digas,
y como comenzaste lo prosigas,

LIS.

En el alegre estado,
que os tengo referido,
viví algún tiempo ufano, y vitorioso,
bien libre, y descuidado,
que pudiera el olvido
pervertir un principio tan gozoso;
mas el hado envidioso
con súbita mudanza
por manos de un amigo,
¡oh sangriento enemigo!
derribó por el suelo mi esperanza,
que el que encendió este fuego
estaba de pasión cautivo, y ciego.

Anduvo de secreto
sembrando una cizaña,
que a castos pensamientos ofendía,
y como a su conceto,
y endiablada maraña
por ser oculto nadie respondía,
de tal suerte crecía
sin respeto ni miedo,
que en viéndonos la gente
ir solos a la fuente,
luego nos señalaban con el dedo,
y la simple doncella
con esta fama andaba muy sin ella.

Y aunque la aseguraba
de cualquiera sospecha
su castidad, y pensamientos buenos,
los pasos en que andaba
estaba satisfecha,
que eran de honestidad, y de honra llenos,

con todo echaba menos
aquel virgíneo bando
de las castas pastoras,
que en todos tiempos, y horas
andar solían su amistad buscando,
pero ya en aquel tiempo
buscaban otro gusto, y pasatiempo.

Resultó deste hecho,
que una triste mañana
(pluguiera a Dios, que nunca amaneciera)
yendo a verla derecho
con voluntad bien sana,
que tanto mal por mí pasar pudiera,
la hallé de manera
entre cólera, y llanto,
llenos de agua los ojos,
y el corazón de enojos,
que a cualquiera pusiera grande espanto,
y a mí muerte me diera,
si en virtud de mirarla no viviera.

Mas recobrando aliento
reprimí poco a poco
un sollozo, que un punto no la deja,
y con gran sentimiento
me dijo de allí a un poco
mostrando, que de mí tenía queja;
pastor de mí te aleja,
y mientras el sacro Apolo
alumbrare estos valles,
mira que no te halles
en mi presencia acompañado, o solo:
y sin oír respuesta
así me deja, y vase a la floresta.

Cual queda el caminante,
que va de noche falto
de compañía era algo imaginando
descuidado ignorante,
viene de sobresalto,
un relámpago, y trueno amenazando,
que en verlo ir retumbando
atónito, y suspenso
queda, y fuera de tino
en medio del camino,

tal me dejó de aquel rigor inmenso
la repentina furia,
de quien pensé no recibir injuria.

En este estado vivo,
do la pasión me ciega,
Para conocimiento de mi engaño,
con un dolor esquivo,
que hasta el alma me llega
más grave que el primero, y más extraño
que el que me hizo el daño
con arrogante pecho,
y orgullosa malicia
contra toda justicia
goza el favor, que es mío de derecho,
que en mi desgracia he sido
de mis propios amigos perseguido

SER.

Con tanto sentimiento
tu historia me ha dejado,
como es razón que quede un puro amigo,
y para tu contento
tan propio y obligado
como aquél que no lo siente igual contigo,
y al cielo por testigo
doy, y esta diestra mano,
que para tu remedio
pondré bastante medio,
tal, que no salga tu esperanza en vano,
mañana por la siesta
volvámonos a ver en la floresta.

Y pues del alto monte
el sol se va huyendo
de luz negando al mundo el gran tesoro,
y sobre el horizonte
se van ya descubriendo
los ricos paños recamados de oro,
y la ninfa que adoro,
dulce bien, y esperanza,
desta alma, do reposa,
quizá estará celosa
sin saber la ocasión de mi tardanza,
vámonos, que yo espero,

que habrá remedio en tu tormento fiero.

UR.

Serdón, alza los ojos
y ponlos en la playa,
que tengo rebotados los sentidos,
que si no son antojos,
o el corazón desmaya,
en las torres hay hachos encendidos.

SER.

Aquí somos perdidos,
señales de rebato, moros saltan en tierra,
huyamos a la sierra,
y pondremos en cobro nuestro hato,
y quédese el ganado
que él seguirá el camino acostumbrado.

Aquí pusieron fin mis ganaderos
a su conversación, porque mostraba
el cielo descubierto sus luceros.

Y la noche su curso apresuraba
cubriendo el mundo con un negro velo,
y el dulce sueño al cuerpo aconsejaba.

Y en esta tierra viven con recelo,
los que ganado guardan en la costa
del africano, que con presto vuelo,

pasando acá por la carrera angosta
del Océano mar, los arrebatá,
si a sus intentos da lugar la posta.

La gente roba, los ganados mata,
muere la pobre en mora servidumbre,
si no es que a peso de oro se rescata,

por esto es antiquísima costumbre
huyendo de su daño los pastores
esconderse en las matas de la cumbre.

Ya os referí las ansias, y dolores
de un excesivo mal sin esperanza
tras tantas esperanzas, y favores.

Si el cielo hace en mi dolor mudanza
contra el rebelde, y obstinado pecho
dareos parte señor de mi bonanza,
como desta os hallare satisfecho.

Soneto

Ya van las esperanzas por el suelo,
que de un engaño en otro me han traído
al más desesperado, y encogido
estado, que jamás ha visto cielo.

Este pronosticaba el poco celo,
con que se aseguraba mi partido,
que en la satisfacción de mi sentido
nunca me dio esperanza sin recelo.

Este es el bien, que mi fortuna alcanza
que tras tanto esperar me satisface
con milagros el bien que me entretuvo,

que al fin venció el temor a la esperanza,
y no es poco milagro que se hace
quedar con honra, quien jamás la tuvo.

Octavas

Ya llegó Ninfa rigurosa, y fiera
de tu rebelde pecho el desengaño,
que en las muestras que el alma echaba fuera
bien claro, y manifiesto vi mi daño,
que un puro amor, y voluntad sincera
no puede durar mucho en un engaño,
que el tiempo, y la razón al fin descubre
el bien, o mal que un falso pecho encubre.

Causar puede tu angélica belleza
el valor, y grandeza dese pecho,
que el más helado, y de mayor tibieza
a causa tuya en fuego esté deshecho,
mas para tanto amor tanta dureza,

y tal descuido en caso tan estrecho,
ejemplo es manifiesto que descubre
el bien, o mal, que un falso pecho encubre.

De aquí nació mi principal intento
de retirarme de tu gloria, inmensa,
que no porque en tu gran merecimiento
cupiese menos bien que el alma piensa,
mas tantas ocasiones de tormento,
y a tu causa la gloria tan suspensa,
con gran dificultad oculta, y cubre
el bien, o mal, que un falso pecho encubre.

Ya me libré de aquel profundo abismo,
en que presto me vi por causa tuya,
que pasado el desmayo, y paroxismo
queda la voluntad por propia suya,
y aunque el disgusto fue para mí mismo,
gusto que desta suerte se concluya,
por ver que la experiencia me descubre
el bien, o mal, que un falso pecho encubre.

Miro el discurso de mis graves daños,
y los pasos contados por do vengo
a descubrir el fin de mis engaños,
y el justo pago, que por ellos tengo,
pero llegado ya a los desengaños
un bien me queda con que me sostengo,
que es ver que un rostro angélico no cubre
el bien, o mal, que un falso pecho encubre.

Pido a mi pensamiento estrecha cuenta
del tiempo que gastó tan bien gastado,
la memoria en su daño representa
las ocasiones de su mal pasado,
vengo a hallarme desto en tanta afrenta
en ver lo bien servido, y mal pagado,
que la pasión en mí claro descubre,
el bien, o mal, que el falso pecho encubre.

Hame nacido tal desconfianza
de haber bien tu aspereza conocido,
que de volver jamás a tu esperanza
desde ahora me parto, y me despido,
que en tu hielo no puede haber mudanza,
y es harto loco, y fuera de sentido,

quien del continuo trato no descubre
el bien, o mal, que un falso pecho encubre.

Adiós alma, contento, vida, y gloria,
(pues no puedo negar que así lo fuiste)
que ya se quiebra el hilo a aquella historia
que con mi sangre, y tu rigor tejiste,
de hoy más borre mi pecho, y mi memoria
la imagen celestial, que en mí imprimiste
con la tuya, do claro se descubre
el bien, o mal, que un falso pecho encubre.

Soneto

Nunca entendí que del airado pecho
el furioso desdén fiero, y robusto,
por la ocasión del desengaño injusto,
hiciera menos daño, del que ha hecho,

no porque a la garganta el lazo estrecho
puso de suerte el áspero disgusto,
que de la dulce vida el largo gusto
borrase un punto el riguroso hecho;

mas porque amor tan firme, y tan constante,
que casi se extendía a lo infinito,
no solamente lo ha dejado en calma;

mas engendró tal odio en un instante,
que el nombre que en el alma estaba escrito,
escrito en la pared ofende al alma.

Soneto

Si yo pensara, que de un lisonjero,
afable trato, y voluntad sincera
en algún tiempo resultar pudiera
un pecho airado, y un semblante fiero,

nunca el helado corazón de acero
a tan terrible tiempo me trujera,
que sin razón desesperado muera
puesto en las manos de un desdén severo.

Mas él hará, si los pasados daños
en este caso de experiencia valen
para el esfuerzo del cobarde dueño,

que en virtud de los propios desengaños
el odio inmenso, y el amor se igualen,
Che troppo puol' amor' ma piu lo sdegno.

Al doctor Luis de Castilla

Un confuso temor que me acobarda,
y una esperanza que me altera el pecho
temiendo el mal adonde el bien se aguarda,

tal batería, y tal estrago han hecho
en este pecho mísero, y doliente,
que más que al daño temo ya al provecho.

No me tengáis por de ánimo impaciente,
Señor Castilla, en lo que tanto importa,
pues más se aflige el que mejor la siente,

el que con esperanza se reporta
bien sé que es cuerdo, pero, ¿qué aprovecha
si el tiempo es largo, y la ventura corta?

Que aunque tengo señor de mi cosecha,
condición pobre, espíritu modesto,
voluntad larga, aunque a pobrezas hecha,

si a mi sacro Mecenas soy molesto
porque en esta ocasión me ampare, obligue,
ya que en este camino Dios me ha puesto,

no hay amor de la patria que me obligue
a desearlo, porque en ella sólo
necesidad, y necedad me sigue.

En otras partes Midas soy, y Apolo,
en ella pobre y estimado en menos,
que aunque a estimarme comenzó, dejólo.

Bien es verdad, que en los profundos senos
de aquellos riscos hay mayor grandeza
que en los jardines de cuidados llenos,

y pudiera del sitio la belleza
templar con su admirable compostura
de los rústicos pechos la aspereza.

Nace de aquel peñasco en la hondura
una ancha, helada, y caudalosa fuente,
que todo el año en abundancia dura,

y cubierta algún trecho la corriente
entre dos riscos yertos, y tajados
por la inmensa hondura no se siente,

hasta que abriendo un poco por los lados
se ven correr por el arena, y china
claros arroyos de color dorados.

Uno al molino, y al batán camina.
y en las entrañas de la usada piedra
rompiendo el otro su vigor transmina.

Tiende los brazos la esparcida yedra,
y de la parda toba enreda el arco
a cuya sombra se sustenta, y medra,

la altísima corriente viene en arco
dejando en hueco la caverna verde
a darde golpe en un profundo charco.

Al gran rumor la humana voz se pierde,
el ver, y oír con extrañeza tanta
hacen, que el seso a contemplar recuerde,

del agua propia un polvo se levanta,
que a manera de nube sube a donde
salió primero, y su violencia espanta;

por muchas partes al bajar se esconde,
y en el lugar al parecer más seco
con gran frescura sin pensar responde,

y al herir de la toba el verde hueco
parece que en humana voz pronuncia
alguna voz, a que responde el eco.

Y por donde parece que renuncia

naturaleza el gran poder que tiene,
de oloroso mastranto, y verde juncia

llena una acequia por lo alto viene,
que es una división de las tres partes,
que milagrosamente se detiene.

Dicen, que antiguamente en estas partes
un moro viejo encantador famoso
hizo esta acequia con su industria, y artes,

que de una mora estando deseoso
ella por condición pidió, que fuese
por la roca un arroyo presuroso,

y si este bien a la ciudad hiciese,
que era imposible a gusto, y a descanso
della gozase el tiempo que quisiese.

Durmiendo el pueblo sosegado, y manso
por aquel lado dio lugar la peña,
y el agua hizo a su correr remanso;

el moro, que pensó hacer la dueña,
quedó burlado, y ella arrepentida
niega lo prometido, y lo desdeña,

tanto agravió la mora fementida
al sabio moro que violentamente
hizo, que fuese a aquel lugar traída.

Y al propio murmurar de la corriente
en una toba la dejó encantada,
y ésta es la voz que lamentar se siente.

Va de diversas hierbas adornada,
aunque por la soberbia inculta roca
antes de humanos pies jamás pisada,

cualquiera gota que cayendo toca
al verde suelo, en hierba se convierte
aunque entre tanta piedra hay tierra poca;

la corriente agua se despeña, y vierte
de las güertas regando un ancho pago,
que abriga un seno de la roca fuerte,

del otro lado el pensamiento vago
mira el pendiente y levantado risco
lo que sujeta amenazando a estrago.

Y allí vino a plantar, donde un lantisco
con gran dificultad se sustentara,
guindos, y endrinos el sagaz morisco,

por los molinos baja el agua clara,
y el aire fresco, que abajando mueve,
lleva las gotas a bañar la cara,

aquí sale furiosa, allí se embebe.
allá cual nueva fuente se descubre,
por otra parte se destila, y llueve.

Hierbas, y plantas que el peñasco encubre
son de tan gran virtud, como las cría
todo el universal, que el cielo cubre,

de culantrillo, y berro el agua fría,
va siempre llena hasta la ancha vega,
donde su curso natural la gula:

La principal corriente allí sosiega,
que de uno en otro seno rimbombando
por mil peñascos quebrantada llega.

La restante que en torno va regando
de fructíferas huertas aquel lado,
va por mil partes en el río entrando,

y aunque en la digresión algo he tardado,
de la pintura que hacer pudiera
es éste un tosco, y simple bosquejado,

pero volviendo a mi intención primera,
porque nunca lo fue parar en esto,
ni me alenté para tan gran carrera,

digo señor que estando en este puesto,
que al milagro de Amón en Libia acede
y en extrañeza, y gusto a todo el resto,

pudiera ser como con otros puede

que el amor de la patria me alentara,
no habiendo cosa que lo estorbe, y vede.

Mas de los hijos que mi patria ampara
yo no lo soy, sino antes al contrario,
ni jamás me estimó por prenda cara,

pero pase, pues pasa de ordinario,
que las alteraciones importunas
no han de hacer mi pensamiento vario.

Que más han de poder, que mis fortunas
del viejo Anquises las honradas canas,
que en la cabeza me han sacado algunas,

y no podrán las intenciones vanas
mudar la mía del primer intento,
ni se han de ver de mi mudanza ufanas.

Firme ha de estar el firme pensamiento,
que el sagrado pastor, que me dio estado
para perseverar, me dará aliento.

Mas sabed que me tiene desvelado
una imaginación que es bien notoria,
nacida de un principio bien fundado:

este Mecenas de inmortal memoria
que nuestro venturoso siglo alcanza
luz de la Iglesia, y de su patria gloria,

con su divino ingenio da esperanza
de levantar, al que tuviere alguno,
y a la virtud, que tenga confianza,

vemos el tiempo propio, y oportuno,
en que por ir a la ribera verde
del patrio Betis dejará a Neptuno,

si esta ocasión en mi favor se pierde
otra vendrá de diferente gusto,
que de mi pobre ingenio no se acuerde.

Y aunque con apariencia de lo justo
puedo engañarme como poco diestro,
cáusame este cuidado algún disgusto.

Si del gallardo entendimiento vuestro
una parte, aunque mínima tuviera
de las que adornan tanto el siglo nuestro,

¡cuán libre de sospechas estuviera,
cuán contento, seguro, y satisfecho,
que todo lo posible mereciera!

Mas ya que en esto lo que el cielo ha hecho
no ha de volver atrás, podré esforzarme
en lo que fuere más de mi provecho,

que será en vuestra suerte consolarme
viendo de ciencia una balanza llena,
y en otra un contrapeso de un adarme.

Que yo con mi fortuna mala, o buena
pasara sin el verbo sustantivo,
y aquí mi estrella a mi pesar lo ordena,

y aún de que el mundo esté con vos esquivo,
no me espanto señor, porque en España
Hanno dal declinar, toltó il dativo.

Bien se qué me aprovecha, y qué me daña,
triste del ave que nació en mal valle,
que ha de tender el vuelo a tierra extraña.

Mas aunque solo, y sin favor me halle
donde jamás se honró Apolo y Minerva,
y el rústico furor hará que calle,

allí estaré cual solitaria hierba,
que en dura peña la arrojó su suerte,
y el celestial rucio la conserva,

que tiende por la lisa roca fuerte
la raíz seca, y la sustancia chupa,
hasta que por la breve, y presta muerte
deja el lugar que impropia mente ocupa.

Oda segunda del libro tercero de Horacio

En la estrecha pobreza

aprenda el mozo a padecer robusto,
porque con fortaleza
resista al militar recuento injusto,
y al feroz, y arrogante
parto, con su caballo, y lanza espante.

En los negocios duros
pase la vida, al cielo solitario,
de los hostiles muros
la mujer del guerrero rey contrario,
y la adulta doncella
suspirando le envíen tal querella.

Ay, no mi esposo rudo
en la milicia a pelear provoque
a que el áspero, y crudo
león, a cuya sombra no hay quien toque,
que con ira, y estruendo
por medio de las muertes va rompiendo.

Grande gloria consigue
quien por la patria a muerte se abandona,
que al que huye persigue,
y al joven nuevo en guerras no perdona,
que siempre el paso estorba
a temerosa espalda, a débil corva.

La virtud estimada
de rechaza inorante resplandece
con honra no manchada,
ni porque al pueblo mal, o bien parece,
las armas toma, o deja,
porque del aura popular se aleja.

La virtud que abre el cielo
a los que no merecen ser mortales,
menosprecia del suelo
las vulgares compañías terrenales,
y por negada senda
camino busca, a do su pluma extienda.

Tiene también seguro
el silencio fiel su premio amigo,
quien el secreto puro
de Ceres dice no estará conmigo,
ni debajo de un techo,

ni en ancho mar en el bajel estrecho.

Que Júpiter airado
muchas veces a un malo junta un bueno,
y el que en tiempo pasado
fue de pecados, y delitos lleno,
aunque tarde suceda,
muy raras veces sin castigo queda.

Soneto

No es mi llaga mortal, que mortal llaga
acaba el mal, cesando con la muerte,
ni fue tampoco penetrante, y fuerte,
que antigüedad de tiempo lo deshaga.

No espero cura, ni pretendo paga
del dolor que en sí propio me convierte,
que aunque suspiro y ardo, no es de suerte,
que aspire a gusto que el del alma estraga.

Dure la llaga, triunfe el tiempo della,
muerte la ataje, o el dolor amigo
gaste mis fuerzas con perpetuo lloro,

siga su curso la inviolable estrella
que amar me inclina, que obediente sigo
los santos pasos de la luz que adoro.

Soneto

¿Quién la ceniza a do se engendra el oro
en pureza, y color ecede, y pasa?
¿quién de tu estimación ha vuelto escasa
la turquesa que adorna el suelo moro?

¿Quién del zafiro el oriental tesoro
con grande eceso en resplandor traspasa?
¿quién del ultramarino azul sin tasa
tasó el valor, y limitó el decoro?

¿No son Clarinda de tu altiva frente
el Norte, y Sur que a los del cielo imitan,
y el sereno color dél arrebatan?

Tus ojos son, que como rayo ardiente
alegran tristes, muertos resucitan,
libres cautivas, y cautivos matan.

Soneto

Cuando de vos (¿mas cuándo?) no me acuerdo
unos lejos de gloria, en mí recibo
(bien lejos della, pues de vos lo vivo)
tales que el seso a lo visible pierdo,

mas ya que desta suspensión recuerdo,
¡ay corto bien! a mi tormento esquivo
vuelvo temblando, y es más ecesivo,
cuanto más ando reportado, y cuerdo.

¡Cuán graves daños, cuán ligeros gustos
nacen de un gusto, y pensamiento vano,
cuán breves glorias, cuán inmensos males!

Y es lo peor, que en pasos tan injustos
no hay escarmiento para dar de mano
a tales gustos, y a disgustos tales.

Soneto

El áspero furor con que me trata
del inhumano cielo la inclemencia,
y el rigor con que aflige mi paciencia,
que al miedo esfuerza, y la esperanza mata.

El tiempo volador, que me arrebatata
los verdes años, y por más violencia
de mis males la última sentencia
para más daño a mi pesar dilata.

¿Qué importa ahora que se mude, y borre,
o que el injusto hado carnicero
en bien, o en mal me engañe, o desengañe?

Truéquese el tiempo, o corra como corre,
que ya ni temo al mal ni el bien espero,
y a quien no espera bien no hay mal que dañe.

Redondillas

Siempre alcanza lo que quiere
con damas el atrevido,
y el que no es entrometido
de necio, y cobarde muere.

La honestidad en las damas
es un velo que les fuerza,
cuando amor tiene más fuerza,
a no descubrir sus llamas.

Por eso el que las sirviere,
cáñese por atrevido,
que el que no es entrometido
de necio, y cobarde muere.

Mil ocasiones hallamos
con las damas que queremos
y cuando más las tenemos,
de cortos no las gozamos,

pues mire el que amor tuviere,
que en el bando de Cupido
el que no es entrometido
de necio, y cobarde muere.

Otra

Pedir celos no es cordura
en el que de veras ama,
porque es despertar la dama
de lo que estaba segura.

Los celos es un tormento,
que nacen de puro amor,
y así nos fuerza el temor
a tener celos del viento,
mas pedirlos es locura
aunque más arda la llama,
porque es despertar la dama
de lo que estaba segura.

Muchos celosos se quedan
privados de sus placeres,
porque siempre las mujeres
se van tras lo que les vedan,
mejor es darles anchura,
y ellas miren por su fama,
y no despertar la dama
de lo que estaba segura.

Mas vale por complacerlas
dejarlas a su sabor
que ellas miren por su honor,
más que nosotros por ellas.
Y la que es más casta, y pura
cuando a su galán más ama,
si con celos la disfama,
no la tendrá muy segura.

Glosa de:

Si después de tanto arder
esperáis alma templanza,
que no podréis padecer
al sabor de la esperanza.

Si mucho habéis padecido,
alma no podréis negar
que aún es poco lo servido,
pues para tan poco dar,
tal, si, tenéis recibido,
que fuerzas de padecer
llegaron a merecer
que os den por fin venturoso
tan regalado, y piadoso
si, después de tanto arder.

Que si por el galardón
se ha de seguirla victoria,
¿quién no tendrá por blasón
una esperanza de gloria
en tan subida ocasión?
Que en vuestro mal hay bonanza,
y por padecer se alcanza,
de los bienes el mayor,
que en vuestro fuego, y ardor

esperáis alma templanza.

Seguid vuestro intento ufana,
ya que en el divino gremio
tanto se adelanta y gana,
que la esperanza del premio
lo más difícil allana.

Que si llegáis a entender
el premio cual ha de ser,
y el fin de tan alto intento,
no os podrá venir tormento,
que no podréis padecer.

Que si el bien imaginado,
el mal y tormento entibia
en el más dudoso estado,
¿Qué pena, y dolor no alivia
el cierto, y determinado?
Y pues tenéis confianza,
que no puede haber mudanza
en tal prenda, y tal ventura,
caminad alma segura
al sabor de la esperanza.

Canción a Pedro Lainez

Aquella antigua gente
de verdadera luz ciega, y privada,
que religiosamente
de la razón, y espíritu incitada
rastrea en el suelo,
quien fuese causa, y movedor del cielo.

Porque de cierto tuvo
ser el culto divino de derecho,
muchos años anduvo
con encendido, y religioso pecho,
buscando con su ciencia,
a quién dar de sus obras obediencia.

Mas como en los terrenos
el de saber mas sólido, y profundo
no penetra lo menos
del gran fabricante, que hizo el mundo,
confusos se hallaron,

mas lejos dello cuando más llegaron.

Mas por la hambre justa,
que mostró el alma, cuando abrió sus vistas,
porque era cosa injusta
sin religión vivir, como ateístas,
muchos dioses fingieron,
a quien diversos actos cometieron.

Dieron el cielo al uno
Jove del mundo universal monarca,
el mar dan a Neptuno,
Eolo en su poder el aire abarca,
y Plutón el gobierno
de las pálidas gentes del infierno.

Y para no ser largo
en tanta confusión supersticiosa,
Apolo tuvo el cargo
de la armónica ciencia numerosa,
a quien por raro ejemplo
se hizo en Delfos un famoso templo.

Allí con sacrificios
del Teucro suelo, y todo el griego bando
haciendo mil servicios
venían al Oráculo cantando,
a pedirle respuestas,
las cuales daba agudamente, y prestas:

El que a Marte obedece,
si alcanzará, pregunta, la vitoria,
y el que de amor padece,
si sus fines serán de muerte, o gloria.
Él lo escuchaba todo,
y daba las respuestas a su modo.

Respondió a Codro un día
queriendo ya encontrarse malla a malla,
que el campo vencería,
que el general perdiese en la batalla,
do Codro disfrazado
venció al contrario, y fue despedazado.

Y al otro amante ciego,
que vino ardiendo en la venérea llama,

le dio respuesta luego,
que en los divinos brazos de su dama
gozando su bien junto,
perdería la dama, y vida al punto.

Mas como este confuso
tiempo de la verdad fue desterrado,
y no están en el uso
esas supersticiones, que han pasado,
a éste han sucedido
otros nuevos Apolos, que han nacido.

En cada edad del suelo,
como provienen sucesivamente,
nació un señor de Delo
entre esotros más raro, y ecelente.
hasta el tiempo, que vemos,
que con muy grande aumento lo tenemos.

Agora, oh Tirsi amado,
veo tu rostro en roja sangre tinto,
que el valor extremado,
la gran modestia, y natural distinto
con avariento pecho
no te dejan gozar de tu derecho.

Permitió el de lo alto
tras el negro Orión ciego, y oscuro
de luz ajeno, y falto,
que serenase el cielo claro, y puro,
cual cristal, y alabastro,
sin que de nube se parezca rastro.

Y en este fértil mayo
de tiernas plantas, y olorosas flores,
do el cuervo, y papagayo
dejan cantar los blandos ruiseñores,
vengas a ser tu sólo
el celebrado oráculo de Apolo.

Pues a ti, oh Delio mío,
de peregrino, y raro entendimiento,
de mi pobre albedrío
esta pregunta rústica presento,
que en la respuesta tuya
saldrá limada mi torpeza, y suya.

Ya que tu viva fragua
al más bajo metal convierte en oro,
y las ondas del agua
hasta aquí turbias del museo coro,
do la gracia consiste,
a su pureza, y perfección volviste.

Si es visible a la vista
que al fuego material, que abrasa tanto,
no hay fuerza, que resista,
ni que en el Mundo engendre más espanto,
ni el agua tierra, y viento
igualan su furioso movimiento.

Si abrasó en un instante
del Pérgamo la fuerza poderosa,
y cuando más triunfante
quemó de Remo la ciudad famosa,
y si el viento lo atiza
al Mongibelo vuiverá en ceniza.

¿Cuál será aquel furioso
fuego formal, que al alma propia ofende,
tan fuerte, y poderoso,
que con el puro imaginar se enciende,
y muestra más violencia
por no tener en acto la existencia?

Que si aquel no se apaga
durando la materia, y siempre dura,
aquel, que en ciencia, y llaga
el alma eterna, intacta, limpia, y pura,
será fijo, y estable,
siendo el alma en sus actos perdurable.

Pues esta eterna llama,
que al alma aflige, y corazón consume,
como si tanto inflama,
la antigüedad del tiempo la resume,
y de fuego ecesivo
parece apenas, que jamás fue vivo.

Yo vi unos dulces ojos,
cuya luz a Titón la suya alcanza,
ricos de los despojos

de amor, y muerte, y llenos de esperanza,
dando de sí la palma
a un recíproco amor rendir el alma.

Y del pecho encendido
mil ardientes suspiros derramando,
recelosos de olvido,
aljófar puro, y perlas destilando
por las dos luces bellas,
que no diferenciaban las estrellas.

Y he visto yo presente,
ay engañosa Célida, eclipsado
el sol resplandeciente,
de celoso temor el pecho helado,
y esparcido el cabello,
parte a la espalda, y parte al blanco cuello.

Y aquel vivo, y despierto
fuego, que el alma tuvo tan sujeta,
ahora está tan muerto
en el alma de ardor libre, y quieta
cual la vela encendida,
que fue al centro del agua sumergida.

Y aunque de gloria lleno
gozaba a manos llenas la vitoria
de aquel divino seno,
tan fuera ahora estoy de su memoria,
cuanto Febo lo estaba
de la que transformada en Lauro amaba.

Esta silvestre duda,
oh caro Tirsi, gloria deste prado,
que demanda la ayuda
de tu divino espíritu extremado,
te suplico que sea
aceptada de ti, como desea.

Canción a doña Sicilia de Médicis

Clara, y luciente estrella
Sicilia norte, y luz del siglo nuestro,
si mi torpeza en alabaros nuestro,
la pura imagen que ante el Sol es bella,

con ardiente centella
enciende al pensamiento
en gloria, presunción, y atrevimiento
a tratar de tan alto, y gran sujeto,
que no se escapa de atrevido, y loco,
de quien el más discreto,
cuando mucho dijere, dirá poco.

Mas ya que mi inorancia
quiere mostrar en esto su rudeza,
reservaré las cosas de grandeza,
como es el tiempo en que el valor de Francia
pusiera por ganancia,
más que en otra persona,
en vuestras sienes la Real corona,
y la sangre del Médicis famosa,
de donde procedió tan alta prenda,
que el que loaros osa,
no sé como saldrá sin que os ofenda.

Sólo las naturales
gracias, que en vos se ven tan extremadas
con la virtud del alma acompañadas
diré, que son en vos tan esenciales.
que las más especiales,
y de más altas muestras
imitación parecen de las vuestras,
y se atreve a decir mi lengua ruda,
que os vino cuerpo, y alma tan al justo,
que parece sin duda
que os hicisteis vos misma a vuestro gusto.

Vuestros luceros claros
a cualquier banda que se van volviendo,
rayos de dulce amor van esparciendo
los dos efetos en extremo raros,
que el que puede miraros,
aunque luego que os vido,
de aquel divino amor quedó encendido.
La gravedad honesta en un instante
en hacer otro efeto no se tarda,
que el más libre arrogante
pecho se encoge, teme, y se acobarda.

Pero queda del resto
un amor general blando, y suave,

que el lisongero movimiento grave
viene a formar en el mirar modesto:
y el amoroso gesto
con la gracia, y blandura
ajena de artificio, y de ventura,
que infusa más que en otra en vos se halla
incita a celebrarlos al que puede,
y el que humilde calla
con vista, y voluntad habla, y concede.

Están en centinela
para defensa destes dulces ojos
ricos de mil grandezas, y despojos,
dos puertas de marfil guarda, y tutela,
que estando siempre en vela
miran por los que miran,
y agudas flechas, que es su amparo, tiran
los dos divinos arcos imitando
negros poblados do la leche llueve,
tales que van mostrando
un azabache sobre blanca nieve.

Y no el dorado techo
por esto olvido, do se engendra, y cría
el más fino oro, que la Arabia envía,
en mil lazadas repartido, y hecho;
puestas de trecho a trecho
gruesas perlas de Oriente,
que más adornan la estrellada frente,
del Sirgo a veces, que lo liga, y tranza
por las espaldas suelto, y esparcido,
cuanto de vista alcanza
de un rubio resplandor deja teñido.

Vese puesto al desaire
sobre este sol, y cristalino cielo,
un sutil blanco, y transparente velo,
que en blando movimiento lleva el aire,
allí se ve el donaire,
la gracia, y el aseo,
que puede imaginar gusto, y deseo,
el ébano, alabastro, lirio, y rosa,
y otras mil gracias que el valor encubre,
la palabra amorosa
y el blanco nácar, que el rubí descubre.

Cristalina columna,
que el cuello de alabastro representa,
esta celeste máquina sustenta
en proporción igual más, que otra alguna;
jamás tuvo ninguna
tal gallardía, y brío,
gentileza, donaire, y señorío;
dejó el descuido, y el cuidadoso adorno,
el talle, y mano de color nevada,
que de marfil en torno
no se puede hacer más bien trazada.

Mas si esta es caja propia,
y habitación de un alma peregrina
¿que tal habrá de ser, y cuán divina,
para que en esta unión no venga impropia?
Y si de tanta copia
el cuerpo está vestido,
¿cuál vendrá a ser el alma deste nido?
Magnánima, discreta, grave, altiva,
benigna, liberal, afable, y mansa,
para que dure, y viva
en el dichoso cuerpo do descansa.

No quieras canción mía más cansarte,
que materia, que en prosa
fuera dificultosa,
no cabe en verso ni ingenio, y arte;
y dile de mi parte,
si en leerte mostrare alegre cara,
que le hiciera la fortuna agravio
si acaso le negara
por dulce esposo al valeroso Otavio.

Canción

En soledad, y ausencia
paso las horas de mis tristes años,
y espero la sentencia
de ajena voluntad en propios daños,
o ver en salvo puerto,
pasada esta fortuna mi bien cierto.

Aquí estoy desterrado,
por los cabellos fuertemente asido

con sólo mi cuidado,
por quien se alienta, y vive mi sentido,
hasta que llegue el día,
que se verá en su centro el alma mía.

Donde si vivo, o muero,
si voluntad, o fuerza me detiene,
dígalo el dolor fiero,
que el corazón tan oprimido tiene,
que sola tu memoria
basta ponerle desta pena en gloria.

Cual queda de su nido
el pajarillo ausente en noche oscura,
temeroso, encogido
esperando del día la luz pura.
tal en esta cadena
espero yo de ver mi luz serena.

Y como se sustenta
el sabio marinero fatigado,
si en la furia, y tormenta
siente venir el tiempo sosegado,
así vivo, y respiro,
cuando mi gloria tan cercana miro.

No temo yo mudanza,
desdenes, ni asperezas de tu mano,
ni tan justa esperanza,
permitirá razón, que salga en vano,
ni mi fe lo merece,
ni en tu raro valor se compadece.

No me hace la guerra
temor de olvido, o disfavor injusto,
ni en mi pecho se encierra
cosa, que pueda pervertirme el gusto,
ni de un amor tan firme
pienso, que habrá ocasión de arrepentirme.

Sólo en el duro hierro
siento señora, y sentiré en el alma,
que el mísero destierro
me ausente de la vista pura, y calma,
do revive, y descansa
el corazón humilde, el fuerte amansa.

Que como el fruto nuevo,
el animal, el pez, planta, y yerba
en la virtud de Febo
se aumenta, cría, crece, y se conserva,
y cuando no parece
se encoge, se marchita, y se entristece.

Así con los despojos
del sol divino, que la tierra admira,
cobran vista los ojos,
se alegra el alma, el corazón respira,
queda sereno el cielo
con luz, con gloria, y alegría el suelo.

Mas, ay, que estando ausente
en esta vida solitaria, y triste,
del sol resplandeciente,
en cuyo ardor mi propio ser consiste,
¿qué gloria hay que me quede
estando ausente de quien darla puede?

Dulce señora mía,
del corazón cansado alegre puerto,
regalo, y alegría
del alma triste al tiempo más incierto,
recibe esta fe pura
igual a tu divina hermosura.

Regalada canción ve a mi señora,
dile que vivo, y muero
por la gloria que espero.

Égloga

LISEO. SILVIO. CASTOR

LISEO

Ay, apacible y sosegada vida

de vulgar sujeción libre, y exenta,
do el alma se sustenta
con blanda soledad entretenida.
Do nunca tuvo la malicia entrada,
ni desagrada

mansa pobreza,
todo es llaneza
sincera, y pura,
Do nunca dura
el fingido doblez, que al alma gasta,
ni al humilde de espíritu contrasta.

Aquí sustenta al mísero villano
sin artificio, o cautelosa maña,
la bellota, o castaña
apedreada de la simple mano.
Dale del agua pura, y transparente
la clara fuente,
no le molesta
calor de siesta,
y si la ofende
luego se tiende
debajo un extendido sauce, o roble
contento sin mirar si es rico, o pobre.

No esperanza, o temor le dan tormento,
antes en nada espera, y teme poco,
jamás le torna loco
ni desvanece el alto pensamiento,
nunca procura levantar su nombre,
que con ser hombre
de humilde suelo
bendice al cielo,
porque le ha dado
su pobre estado,
y pudiéndole dar otro sujeto
haberle dado de hombre el ser perfeto.

Los reales palacios aborrece,
do se mantiene la lisonja, y cría,
llaneza, y cortesía
de una misma manera le parece,
no le es forzoso ser de su enemigo
fingido amigo,
ni se resiste
estando triste,
por verse alegre,
para que alegre,
a quien su libertad tiene comprada,
ni mira si se enoja, o desenfada.

Nunca procura de saber, ni acecha,
si hablan dél, o tiene buena fama,
ni al que amigo le llama
pregunta si le daña, o aprovecha,
no vive con rencor, ni sobresalto,
si ve más alto
al que parece,
que no merece
el mismo grado,
que él ha alcanzado,
ni la insaciable hambre de privanza,
ni el sordo murmurar della le alcanza.

No con tanto temor se espanta, y huye
de Sirena, o Harpía ponzoñosa,
cuando de la rabiosa
envidia, que honra, y vida, y más destruye,
que en soledad, y dulce pasatiempo
pasa su tiempo,
sin darle pena,
la suerte ajena,
que su vianda
sencilla, y blanda
le apacigua el hambre, y sed que tiene,
cuando a naturaleza le conviene.

No de la adulación, que tanto vale,
el blando estío con cuidado aprende,
que sólo se le entiende
la desnuda verdad, que al rostro sale,
ni está notando la palabra ajena,
si es mala, o buena,
ni menoscaba
lo que otro alaba,
ni está fingiendo,
que está riendo
del libre dicho por sagaz, y agudo
del que valiera más, que fuera mudo.

No está fijos los ojos, contemplando
de su patrón el grave rostro atento,
ni con sonoro acento
las palabras le va solenizando:
y si del siervo la humildad es tanta,
que no levanta
la voz del alma,

ni con la palma
hace ruido
por ser sentido,
no mira al cielo, ni las manos unce,
ni el hombro encoge, ni los ojos frunce,

No le es forzoso por el gusto ajeno
(so pena grave de desgracia inmensa)
haciendo al suyo ofensa
loar lo malo, y condenar lo bueno,
ni (si de humilde calla, o por discreto)
está sujeto
a ser tenido
por encogido,
o que en desprecio
le llamen necio,
o que si habla, la confusa gente
le llamen lisonjero, o maldiciente.

Ay dulce soledad, ay fuente clara,
quién se mirara en ti, cual hago ahora!
si mi dulce señora
los pies de nieve en tu licor mojará,
¡cuán regalada, alegre compañía
Célida mía
fuera a mi gusto,
si el cielo justo
me permitiera,
que aquí te viera
coger entre los juncos deste llano
el verde berro con la blanca mano!

SILVIO

Fatigado me tiene ya la caza
ya que se fue, pongamos por hoy treguas,
que mañana daremos nueva traza,

bien nos hizo correr dos grandes leguas
la liebre cilla con veloz huida,
hasta cansar los galgos, y las yeguas;

¡cuánto puede el deseo de la vida,
que un pobre animalejo rompa, y salte
por el monte, o la breña más subida!

Llamad los perros, y ninguno falte,

y atraillad aquella galga nueva,
el Bahari cebad, y Girifalte,

Y aquel Neblí, que dio tan buena prueba,
un corazón le dad en que se cebe,
que en el mío no falta, quien se ceba.

Ordena amigo Castor que se lleve
esa caza al aldea, y ven conmigo,
pues es forzoso, que mi mal renueve.

CASTOR

Habré por fuerza de ir señor contigo,
como de tu pasión tan secretario,
y no por fuerza, que mi gusto sigo.

SILVIO.

Oh, mandamiento de mi bien contrario,
precepto, y voluntad esquiva, y dura,
donde es fuerza lo propio, y voluntario.

De ti me ausentan luz divina, y pura,
no mis antojos, que por más tormento
mi bien me quita, quien mi bien procura.

Mas vivo yo no vive el pensamiento,
y tú ¿viva en el alma estás mirando
mi viva fe, mi amor, mi vivo intento?

Bien sé que el fuego, que me está abrasando,
como testigo en mis entrañas vivo
estás templando a veces, y aumentando.

Castor, ¿quién es aquel que pensativo
está a la orilla de la clara fuente?
¿si es del número libre, o del cativo?

CASTOR.

Liseo es, si el ojo no me miente.

SILVIO.

Él es, ¡ay Dios y cómo me he holgado,
por pasar esta tarde alegremente!

LISEO.

Gallardo Silvio, gloria deste prado

de perfección, extremo, y de belleza
seas en hora buena aquí llegado.

Guarde Dios este garbo, y gentileza,
goces tus tiernos y floridos años
con aumento mayor de tu grandeza.

SILVIO.

De los ajenos, y sin propios daños
gozar quisiera, si quisiera el cielo
dejarme ir al sabor de mis engaños.

LISEO.

Tales son ellos, tal el poco celo,
que de tu gran valor hace olvidarte,
y de la obligación del patrio suelo.

No porque de Cardelia el todo, y parte
no sea el más limado, y más perfeto,
A quien dio ser Naturaleza, y arte,

no puedo yo decir, que tal sujeto
en corporal belleza, y hermosura
tiene de perfección algún defeto.

Mas dejada la angélica figura,
(Que es lo que puede ser), ¿acaso tienes
la voluntad del alma por segura?

No trato yo los naturales bienes,
ni la apariencia exterior que viste,
por quien de amar en tanto extremo vienes.

Qué bien sé, oh caro Silvio, en qué consiste
un tierno amor, y una apariencia incierta,
un divino semblante alegre, y triste.

¿Tienes por verdadera, firme, y cierta
la pureza del alma que ha mostrado,
y la fe en tu presencia descubierta?

¿O vives por ventura asegurado,
cuando esa voluntad sea propia tuya,
que no admitió jamás otro cuidado?

SILVIO.

Liseo el alto cielo me destruya,
y en su desgracia sin razón me vea,
Si venir puedo en la desgracia suya.

Si fue Jasón amado de Medea,
ni de Elisa el Troyano, ni el hermoso
Adonis de la tierra citerea.

Y en tanto extremo, cuando decir oso,
que está contenta, y vive mi esperanza
en el divino pecho, do reposo,

Y si no tengo entera confianza,
que jamás admitió cuidado ajeno,
me falte el sol por donde más alcanza.

LISEO.

No estás para mi intento, Silvio bueno,
más pasión has mostrado que pensaba,
de amor estás hasta los ojos lleno.

Pensé amansarte, mas la furia brava,
que va saliendo por tu boca, y ojos
hace que vuelva al puesto, donde estaba.

No te dará mi lengua más enojos,
goza gran tiempo en gusto, y alegría
de Cardelia los íntimos despojos.

Que aún para decir lo que quería
razón me obliga, como amigo, y siervo,
no es tiempo agora de decir la mía.

SILVIO.

No por eso me escuso, ni reservo
del auxilio, y consejo de tu boca,
que he de ser a la razón protervo.

Que para ver lo que a mi honra toca
tengo el entendimiento libre, y sano,
aunque en la voluntad hay razón poca.

LISEO.

Tiénete amor tan de su propia mano
que será predicar en el desierto,
y echar palabras por el aire en vano.

SILVIO.

Antes me hallarás tan pronto, y cierto,
que aunque me trates de mi gusto o daño,
no hablaré palabra más que un muerto.

Y si quieres saber, que no me engaño,
sólo de Castor puedes informarte,
que es buen testigo de mi bien extraño.

LISEO.

Castor puede engañarse, y engañarte,
porque él no es parte en el ajeno gusto,
mas es muy justo, que tu mal sabiendo
entreteniendo vaya con bonanza
la alta esperanza de tu tierno pecho,
lo cual ha hecho como buen criado,
pero dejado lo que al gusto toca,
no es parte poca al mal tan importuno
ver que ninguno, que tu fuego entiende
se lo defiende, más de suerte atiza,
que a ser ceniza fría, helada, y muerta
fuera despierta, y vuelta en vivo fuego.
Yo tu sosiego, y tu quietud procuro,
y estoy seguro, que aunque Castor sea,
quien más desea tu contento en esto,
el presupuesto, que en razón me mueve
también le lleve contra el gusto suyo.

CASTOR.

Yo nunca arguyo a la razón Liseo,
que entiendo, y veo lo que más importa,
mas, ¿quién reporta el gusto, o quién refrena
la mala, o buena voluntad del hombre?

LISEO.

Muy buen renombre ganara el criado,
que descuidado de lo que es más justo
va sólo al gusto del patrón atento,
sin que el intento principal le acuerde,
por donde pierde el crédito, y la fama.
Que aunque no infama, altera, ni deshonra
su mucha honra Silvio en esta parte,
quiero hablarte como de experiencia,
que la asistencia de uno, y otro día
causar podría tanto desconcierto,

que fuese cierto en uno, y otro el daño,
y es grande engaño, y término no justo
decir que al gusto, y voluntad ajena
nadie la enfrena, que en razón tomado
no hay hombre airado, loco, ni furioso,
lerdo, envidioso, ni de amor ardiente,
que blandamente la razón no amanse,
y a quien no canse con la interna lucha,
si la reprensión atento escucha.

SILVIO.

Quiero saber, Liseo,
por qué razón, o causa
con tal furia, y rigor la comprendes,
que porque a mi deseo
quieres, que ponga pausa,
de nuevo me alborotas, y me enciendes.
Y cuanto más pretendes,
y yo mismo pretendo
desarraigar el fuego,
que con lento sosiego
va mis tiernas médulas consumiendo,
tanto más me consumo,
y tanto más se vuelve en llama el humo.

LISEO.

Mueve el pecho mi lengua,
y el alma mueve al pecho,
y la pura razón al alma mueve,
y escúsase de mengua,
y queda satisfecho
el que cumple señor con lo que debe.
Bien sé que el que se atreve,
(Sin que le sea pedido)
a dar consejo alguno.
suele ser importuno,
y algunas veces no bien recibido,
haciendo aquello a que nació obligado.
mas queda descargado

Veo en tu edad tan tierna
¡Oh caro Silvio mío!
un ancho mar de mil grandezas lleno,
y cuán mal se gobierna
con sólo su albedrío
un tierno joven sin consejo ajeno.

Veo que el prado ameno
sin repunancia alguna
de sus mansos oteros
te ofrecen los corderos,
y tu abundar de bienes de fortuna,
y véote tras esto
del mayoral en la privanza puesto.

Veo tu abril florido
de mil diversas flores,
envidiosos de ti muchos zagales,
respetado, y temido
de todos los menores,
y amado con razón de los iguales,
que todas son señales
de algún divino efeto,
que influyó el firmamento
sobre tu nacimiento,
como en particular, y gran sujeto,
y cual eres te veo
rendido a la flaqueza de un deseo.

SILVIO.

No más Liseo, baste,
rómpase ya ese hilo,
y empréndase mejor tan dulce rato,
que no es bien que se gaste
tan agradable estilo
en tan cansado, y tan odioso trato,
y mira este retrato,
que es trasladado al vivo
del raro, y peregrino
original divino,
en cuya ausencia muero, y por quien vivo,
verás si mi esperanza
repreñión merece, o alabanza.

LISEO.

¡Oh celestial sujeto,
nueva, y rara figura,
donde la perfección halló su asiento,
particular efeto
de extraña compostura,
satisfacción del gusto, y pensamiento!
Silvio, yo me arrepiento
de todo lo pasado,

y te aconsejo, y digo
que al verdadero amigo,
que tras el alma, y corazón que has dado,
con nuevo brío, y fuerza
ates tu voluntad porque no tuerza.

Y pues a tal belleza
no es parte el universo
para alabar con artificio humano,
con la simple rudeza
de nuestro canto, y verso
hagamos lo que fuere en nuestra mano.
Templa, Castor hermano,
tu rabel sonoro,
y con tu dulce acento
hinche el suave viento
del medido pasaje numeroso,
y el ruiñor en tanto
llevará el contrapunto a nuestro canto.

SILVIO.

Cual en la primavera
la oscura noche llora
la ausencia triste del alegre día,
y aquella luz primera
de la llorosa aurora,
el puro aljófar derramado envía.
así está el alma mía
en esta ausencia triste,
llena de negro luto,
jamás el rostro enjuto
en esta noche oscura, donde asiste,
esperando aquel solo
hermoso día de su rubio Apolo.

CASTOR.

Quien tu ecelencia sabe,
y el gran merecimiento,
Ninfa que el Tajo adorna, y engrandeces,
bien verá que no cabe
en alto entendimiento,
lo menos de lo mucho que mereces.
Que sola tú floreces
en la dorada orilla,
donde de ninfas bellas
se ve como de estrellas,

la soberana, y sin igual cuadrilla,
en el suelo, que excede
a lo mejor que el mundo darnos puede.

LISEO.

La divina belleza,
las puras hebras de oro,
y aquel mirar dulcísimo encendido,
del rostro la viveza,
y aquel rico tesoro,
que debajo la grana está escondido,
sólo para entendido
será bien que se quede,
que de tal gallardía
siendo acabado el día
poco será lo que decirse puede,
que ya Venus parece,
y el día poco a poco se oscurece.

Elegía a la muerte de su madre

Si de la humana vida transitoria
el término es finito, y sólo resta
aquél trofeo de la fama, y gloria,

y la felicidad del alma puesta
está sólo en vivir eternamente
a tanto bien hallándose dispuesta,

vano es el llanto, y el sollozo ardiente,
que esparce al aire, y en la tierra riega
el ronco pecho mísero, y doliente.

Mas la pasión en tanto extremo llega
al vivo centro de mi vida, y alma,
que aún llorar por consuelo se me niega.

¡Oh tú, divino espíritu, que en calma
del mortal velo suelto, y despojado
dejaste el mundo, y dél llevaste palma!

Si en ese coro angélico estrellado
destas gentes remotas tan extrañas
se tiene con piedad algún cuidado,

vuelve a mirar abiertas las entrañas
del que en las tuyas con dolor trujiste,
bañando en llanto bosques, y montañas.

En vida amarga, solitaria, y triste,
y en escabrosa soledad remoto
lugar donde placer jamás consiste,

de la paciencia, y sufrimiento roto,
alargando la rienda al grave llanto,
con que cansado tengo al monte, y soto,

viene a crecer el sentimiento tanto,
que fatigado el corazón medroso
con el temblor de aquel nocturno espanto,

cuando la noche en curso presuroso
cubre la tierra, y mar de oscura sombra,
rendido caigo a un sueño temeroso,

do en vestiduras blancas una sombra,
que en ceniciento aspecto me atormenta,
con baja y espantable voz me nombra.

Mas luego sueño, que se representa
la bella imagen de mi madre amada
tal, que a la luna, y sol su luz aumenta,

de una divina claridad cercada,
de la gloria de Dios premiada, y llena,
con las almas del cielo acompañada.

De sus virtudes ya del cuerpo ajena,
cercada en torno, blanca, y olorosa,
más que jazmines, lirio, y azucena.

La fe, esperanza y caridad preciosa
de jacinto, rubí, perla, esmeralda,
de clavellinas, y purpúrea rosa,

sobre el oro esparcido por la espalda
de resplandor, que a lo mortal deslumbra,
le van poniendo celestial guirnalda,

Mas luego, que con tal visión me alumbra,
vuelve a cegarme el envidioso sueño

echándome del cielo, a do me encumbra.

Y así abandona al miserable dueño
por hondos valles, solitarios, fríos.
do nunca llegó grande, ni pequeño,

por negros montes, y sangrientos ríos
de serpientes, y víboras poblados,
por eriazos solos, y sombríos,

por pedregosos y ásperos collados
sueño, que pisan mis cansadas piernas,
de toda cosa verde despojados,

De aquí me lleva en áspera caverna,
donde los condenados oigo, y veo,
que padeciendo están penas eternas.

Es caso horrible, lamentable y feo,
ver allí de los vivos los trasuntos,
como en el mundo cada cual es reo.

Allí contemplo padeciendo juntos
mil hombres que en la luz converso, y trato,
que aunque vivos, están difuntos,

mas luego ¡oh madre mía! que este rato
me aflige el sueño, y a la vida torno,
miro cuán sin razón me canso, y mato:

Que los que conocí ardiendo en el horno,
el justo sobreescrito de su culpa
tienen fijado a la garganta en torno,

mas a quien tanto como a vos disculpa
vuestro santo vivir, paciente, y justo,
y humano vicio no condena a culpa,

no hay que dudar, sino que en gloria, y gusto
gozando está de la eternal presencia,
que niega Dios al corazón injusto,

rogando a aquella inmensa, eterna esencia,
por esta triste gente miserable,
que de aquella visión padece ausencia.

Miro por otra parte el venerable
aspecto paternal, que el llanto suelto
del firme pecho en su pasión estable,

en negros paños de viudez envuelto
llamando al cielo en soledad amarga,
el rojo rostro de ceniza vuelto.

Añade tanto peso a la gran carga,
que mi cansado corazón oprime
en pasión, que debiera ser tan larga,

que si razón o fuerza no reprime
a las ansias del tierno sentimiento,
no hay momento de vida, a quien me arrime,

y es lo que en mayor grado lloro, y siento,
ver mis hermanos, y tus dulces prendas
siguiendo cada cuál contrario intento,

de lágrimas haciendo tus ofrendas,
endechadores de su mal, y daño,
descarriados por diversas sendas.

Y aunque me muestra el claro desengaño,
que es el gemir un manifiesto yerro,
por quien está gozando bien tamaño,

el verme en este mísero destierro
del vínculo carnal ligado, es fuerza,
que rompa el llanto, porque rompa el hierro.

Nadie verá, que el pensamiento tuerza
de las tristezas, y sangriento luto,
aquí el imaginar le oprime, y fuerza,

ni de vertidas lágrimas enjuto
el amarillo, y pálido semblante,
dando a la muerte en vida su tributo,

en tanta soledad, que al mundo espante,
y en los sepulcros con gemido horrendo
los sepultados a llorar levante.

Andaré en cementerios revolviendo
los blancos huesos de la gente muerta,

haciendo triste, y espantoso estruendo,
cerraré al alegría, y bien la puerta.
y a estragos, desconsuelos, llanto, y muerte
tiene de estar eternamente abierta,
hasta que Atropos fiera el golpe acierte.

Canción

Estos despojos de inmortal memoria,
en otro tiempo regaladas prendas,
del gran monarca, que gobierna a España,
fueron, por quien las ásperas contiendas
entre la muerte, y la española gloria
cesaron todas con vitoria extraña.
Valerosa hazaña
fue de tus manos (reina esclarecida)
que estando el mundo entre temor y llanto
sin príncipe heredero
sacaste de la muerte nueva vida,
quitando a España un sedicioso espanto
contra la parca, y su rigor severo,
que por vengar su injuria
revuelve agora contra ti su furia.

¿Cuál tomaré por ocasión primera
al triste llanto, do tan gravemente
ecede la materia al sufrimiento?
¿El daño universal, que el mundo siente,
tu cruda muerte, arrebatada, y fiera
de Felipe el crecido sentimiento?
Tu fin atroz, violento,
que en los floridos, y primeros años
tan sin respeto dio en las esperanzas
de tu divino seno,
y en su lugar metió los desengaños,
cesan de tu valor las confianzas,
cesa de Dios un pensamiento lleno,
cesa el dulce tributo,
que a España dabas con tu amado fruto.

Aquí cesó del religioso celo
la gran virtud que en tu vivir mostraste
con valor, y grandeza sin segundo,
mas al fin un consuelo nos dejaste,

que estás pisando ahora el ancho cielo
de Dios gozando con amor profundo,
pero triste del mundo
que pierde a su señora, y su doña Ana,
su reina, y su favor más estimado,
y en quien más esperaba,
aquella que con mano soberana
del marido templaba el pecho airado,
si contra el reino alguna vez lo estaba,
y con blandas razones
satisfacía a entrambas intenciones.

Esparza España los cabellos de oro
sobre el sepulcro, que su gloria encierra,
y no perdone a su infelice suerte,
el ancho Betis con su amada tierra,
de tristes muestras de sangriento llanto,
que la esperaba en vida, y vino en muerte.
Sienta el trago tan fuerte,
que tras la negra oscuridad pasada
los temerosos ánimos asalta
del pecho castellano,
queda la ancianidad desamparada,
la pobre gente miserable, y falta,
y el incrédulo pecho lusitano
sentirá el tiempo andando
el favor, que le falta de su bando.

Mas todas estas lamentables quejas
¡Oh gran Monarca del valor inmenso!
hacen el eco en tus entrañas vivas,
queda el real semblante tan suspenso,
que si tras la pasión llevarte dejás
las de España serán más ecesivas,
en gran razón estribas
viendo los dulces hijos que engendraste
andar buscando con gemido tierno
el maternal regazo,
desamparado de quien tanto amaste,
que vino a penetrar lo más interno
del regio pecho, y poderoso brazo,
sientes en grave modo
tu soledad, y la del reino todo.

Pero aunque la razón al llanto sobre,
y no puedan las lágrimas ser tantas,

que igualen a tu pena congojosa,
la gran prudencia, con que al mundo espantas
destierro el lloro, la alegría cobre,
enjugas el rostro, el corazón reposa,
que ya tu dulce esposa
del mortal velo despojada, y suelta
tus lágrimas, y rostro enternecido
desde el cielo está viendo,
y su angélica faz hacia ti vuelta
movida a compasión de tu gemido,
con alegre semblante está diciendo:
reposa dulce esposo,
que yo en eterna paz vivo, y reposo.

Soneto

Almas dichosas, santa compañía,
que vais pisando el cielo mano a mano,
haced lugar a un sacro, soberano
espíritu, que España allá os envía.

Seráficas legiones, que en la vía
celestes estáis mirando el curso humano,
dad a la reina del valor hispano
el nuevo cetro, y nueva monarquía.

Permite Dios, que a la española gloria
el lusitano reino esté llegado,
por paz eterna, que en el mundo quiere,

Y en pago de tan ínclita vitoria
su propia reina en sacrificio ha dado,
que tal merced, tal oblación requiere.

Soneto

El vivo fuego, en que se abrasa, y arde
la sacra Fenix en su fin postrero
muestra, que el suyo inmenso, y verdadero
comenzó presto, y cesará muy tarde.

En quemar sus riquezas no es cobarde.
todo lo abrasa, y sólo aquel primero
amor le resta, porque más entero

el alma propia lo conserve, y guarde.

Y como fue de amor su santo origen,
el rostro vuelto al sol resplandeciente
de nuevo enciende el pecho de alabastro,

de do los miembros, que su cuerpo rigen
expiran un amor, que eternamente
deje en la tierra, y en el cielo rastro.

Soneto

Sacras reliquias, cobertura, y velo
de aquel celeste espíritu divino,
que del excelso cielo cristalino
goza sin sobresalto, ni recelo,

ya que de aquel eterno, y patrio suelo
tomó el seguro, y celestial camino,
dejando el mundo miserable, indino
de tal grandeza, y tan piadoso celo.

Holgad en paz con la mortal presencia,
y vos, alma dichosa, que en el coro
angélico gozáis la eterna esencia,

gozad de Dios el inmortal tesoro,
ya que nuestro refugio, y vuestra ausencia
dejan la tierra con eterno lloro.

Canción a fray Rodrigo de Arce

De frescas flores con razón se viste
del sacro Betis la dorada orilla,
y un general contento en ella crece,
de sus hermosas Ninfas la cuadrilla
desamparado el sitio donde asiste
con alegre semblante se le ofrece,
todo el campo florece
jazmín, y madre selva,
el soto, valle, y selva
de entretejidos árboles se adorna,
y Apolo cuando torna
a dar su luz al mundo, y a la negra

y oscura noche con su ardor destierra,
con nueva luz se alegra,
enriqueciendo el aire, el agua, y tierra.

El más duro, rebelde, o más cristiano
pecho de Dios tocado con piadosas
lágrimas, de alegría el rostro baña,
a más contemplación las religiosas
almas se mueven con el soberano
don, que trajiste ¡oh fray Rodrigo! a España,
digna fue tal hazaña
de muy largo prohemio,
más en pequeño premio
no de jazmines, ni oloroso sándalo
te ofrece el suelo vándalo
justa corona, sino de honra, y gloria,
gloria debida a tu divino celo,
que tan alta memoria
te basta levantar del suelo al cielo.

Del ancho mar el paso más estrecho
puesto la proa en África, y el santo
intento en Dios, con gran valor surcaste,
y puesto allá tu ser tuviste en tanto,
que el mal que otro con muchos había hecho,
sólo con uno en parte reparaste,
allí claro mostraste
al bélico agareno
un pecho de Dios lleno,
y un natural valor, que te gobierna,
allí tocó la eterna
mano del ismaelita el diamantino
pecho cruel, que tus hazañas viendo
y no se qué divino
por las bárbaras almas van sintiendo.

Allí del duro infierno un espectáculo
horrendo ante tus ojos se mostraba
de aullidos, hierro, oscuridad, tristeza,
allí el encadenado con la brava
furia del perro dueño, el cruel báculo
en sus carnes sintió con aspereza.
Y tú con la grandeza
dese ánimo gallardo,
para el bien nunca tardo,
a veces con injurias increpando

al africano bando
de perverso, rebelde, áspero, injusto,
a veces con blandísimas razones,
con piedad, gracia, y gusto
del cautivo aliviabas las prisiones.

Al descuido buscando su ventura
el pobrecillo con su red, y barco
sin ofender a nadie el pece acecha,
y en un instante del salado charco
en África se halla, en una oscura
mazmorra desastrada en vida estrecha,
luego en oración se echa,
pide favor, y ayuda
a quien es bien que acuda,
y vos Virgen, a quien el mundo adora
por general señora,
movida a compasión de su paciencia,
a un fray Rodrigo dais vuestro tesoro,
que con ser y prudencia
libre al cristiano, y satisfaga al moro.

Del hinchado, soberbio, y arrogante
turco, pasaste ya otra vez el término
en los de Argel al mismo caso eieto,
mas fue bastante tu gallardo término
para volver contento, y muy pujante,
que al fin se estima el turco por discreto.
Mas haber hecho efeto
entre gente tan bruta,
rústica, y disoluta,
entre tan torpe, y barbara canalla,
por mas valor se halla,
¡cuánto es mayor ponerle vista al ciego,
o dar razón al que carece della!,
como donde no hay fuego
no puede hacer efeto la centella.

Movióte a grave, y encendido llanto
ver los despojos de reciente, y fresca
sangre española, derramada en vano,
funeral sitio de sangrienta gresca,
que en breve espacio puso al mundo espanto,
y dio sepulcro al nombre lusitano,
y viendo del hispano
destrozados despojos

ante tus propios ojos,
el enojo, o tristeza no fue parte
para un punto cegarte
de la razón de un corazón magnánimo,
ante toda pasión atrás dejabas,
y con modestia de ánimo
la obligación cumpliste que llevabas.

A vos señora, que del coro angélico
cercada en torno la infernal caterva,
temblar hacéis desde ese alcázar alto,
y a quien el mismo Dios guarda, y reserva
el gobierno del ancho estado célico,
y llama el suelo de socorro falto,
se debe deste asalto
un honor sin segundo,
pues mostrastes al mundo
la religión de tan divino nombre,
de do gran bien al hombre,
y al cielo mil tributos se le siguen
con la merced del redimir cativos,
mediante quien consiguen
gloria los muertos, libertad los vivos,

Cesa canción, y si te echaren carga,
porque en decir te acortas,
bien claro está el descargo,
que aunque el sujeto, y el deseo es largo,
las fuerzas del ingenio son muy cortas.

A don Juan Tellez Girón, marqués de Peñafiel

CARTA

Después señor que las furiosas olas
del mar inglés traganon, y estraganon
tantas vidas, y glorias españolas,

y vuestro valeroso cuerpo echaron
como incapaces de sufrirle dentro,
libre del mal, que a los demás causaron,

aunque más lo procuro nunca encuentro,
quien verdadera relación me cuente
de vuestra vuelta, y general reencuentro.

Y así lo dejo a la ocasión presente,
por daros cuenta del estado mío
de mí, Mecenas y patrón ausente.

La destemplanza deste invierno frío,
y entre estos ricos el levante, y cierzo
encogerán al más lozano brío,

estoy cual sapo, o soterrado escuerzo,
cual el lagarto, o rívida culebra
la cerviz corva sin valor, ni esfuerzo,

voy a escribir, y el brazo se me quiebra,
si quiero asir el hilo antiguo roto,
tiembla la mano al enhilar la hebra,

ya gallardo marqués estoy remoto
de mí, que la inclemencia deste cielo
tiene el ingenio remontado, y boto.

Dicen algunos que antes este suelo,
por la extrañeza destos altos riscos,
dará ocasión bastante al Dios de Delo,

mirad qué gusto ofrecerán lantiscos
chaparros, y torcidas cornicabras
entre enconosos fieros basiliscos,

que aquí todo el lenguaje, y las palabras,
es cochinos, bellotas, ovejas, roña,
cultivar huertas, y ordeñar las cabras:

Si crece el pan, si el alcacel retoña,
si Albohacen promete viento, o lluvia,
y todo el resto es tosiego, y ponzoña,

no se ve aquí la ensortijada, y rubia
frente de Febo, ni la parda aurora
en nueve lunas su cabello enrubia.

Cuando los cuernos del carnero dora
con su presencia el gran planeta, y cuando
la primavera con su luz colora,

y cuando el lento buey se va alentando,

los campos muestran una verde alfombra,
y el sol viene su azahar brotando,

si entonces primavera no se nombra,
no se conoce aquí, que un negro viento
cubre el suelo de espesa, y triste sombra:

Divirtiéndome voy, porque mi intento
fue dar disculpa de un temor cobarde,
que al escribiros atajar me siento,

que rehusando de hacer alarde
en vuestras manos de caudal tan pobre
vengo a hacerlo nunca, o mal, o tarde.

Mas, ¿quién será tan alcornoque, o roble,
o quién tan alta, y encumbrada palma,
que el temor que me sobra, no le sobre?

Que estos concetos que engendráis de un alma
pura, y discreta, estilo limpio, y casto
¿a quién no dejarán suspenso en calma?,

que aunque lo más en alabaros gasto
de la vida que el cielo me concede,
en este estambre quebradizo, y basto.

No es discreto, marqués, porque no ecede
vuestro valor a la palabra mía,
y a cuanto el mundo celebraros puede,

que si pudiese, mas podré algún día
desocuparme en alabanza vuestra,
y al sujeto igualase mi porfía,

me atrevo a dar tan admirable muestra,
que obrando el uno, y celebrando el otro
fuese en el mundo igual la fama nuestra.

Furioso voy, cual desbocado potro,
que ni reparo en pensamiento bueno,
ni aquel elijo, ni repruebo estotro,

no os espantéis que corra tan sin freno,
que como todo corre con el gusto,
estando dél estoy de todo ajeno.

Que borra el Dios de la guadaña injusto,
cuanto Ericina con Cilenio junta
medio en la nona, en la de jove justo,

mi condición con la ocasión se junta.
Y el pensamiento a mi pesar me arrastra,
y con el seso la razón se apunta,

Quien me había de ser madre, me es madrastra,
quien me engendró, mi capital verdugo
sólo Dios mi bajel repara, y lastra.

Si le pluguiese (ya que así le plugo)
mudar la proa, y con el viento en popa
sacar mi cuello de tan grave yugo,

en aquel templo virginal de Europa.
colgaré por memoria de mis daños
esta mojada, y destrozada ropa.

Ya se me acaban, ya los verdes años,
y sólo queda un memorial que espanta
de amargos, y confusos desengaños.

¿A quién no hizo remover la planta
el gran terror de la ciudad famosa,
que de Juan honra la reliquia santa?

¿Quién no tembló de ver una rabiosa
ira del suelo, y aún quizá de arriba
amenaza a los hombres espantosa?

Rompe, y asuela, al romper derriba,
de la pólvora el ronco trueno el muro,
en que la miserable casa estriba,

vuelan maderos por el aire oscuro
sobre el humoso remolino, y vueltos
del grave golpe, arrebatado, y duro,

a cuales dejen en su sangre envueltos
entre los brazos de la esposa amada,
a cuales del troncán los miembros sueltos.

Húndense casas al temblar Granada,

vela (sonaba) en el Alhambra, vela,
traición (toca a rebato) hay ordenada,

disparen todos, huye el mozo, y vuela,
el viejo corre, la parida enfalda
el niño, y lleva en brazos la hijuela,

huye esparcido el oro por la espalda
la doncelluela en lo demás desnuda,
que a nadie mueve el nácar, ni esmeralda.

Un confuso alarido, ayuda, ayuda,
suena de gritos, nadie a nadie llama,
que no hay quién por salvarse al otro acuda.

Crece la sorda, y tragadora llama
traspasa a Darro, y de un horrible estruendo
pasó al molino, y dio la nueva a Alhama,

pedras de nuevo, y leños esparciendo,
que amenazaban la soberbia cumbre,
y a trechos van las torres combatiendo.

Bajan vigas de inmensa pesadumbre,
ladrillo, y planchas por el aire vago,
y espesos globos de violenta lumbre,

y en el Alhambra hacen tal estrago,
que las reales casas, cual Numancia,
de fuego, y humo parecieron.

Del Rey Chiquito la encantada estancia
de alabastro, azul, y oro inestimable
cayó, como del dueño la arrogancia,

más que mucho, si el trueno incomfortable
parte asoló de la del gran monarca,
del gran Machuca, fábrica admirable.

Vense rayos de toda la comarca,
que el Etna ardiente con la noche oscura
manifiesta, y descubre cuanto abarca,

dura el hambriento fuego, el daño dura,
tiembla el consejo, que al mayor le falta,
que la audiencia real no está segura,

cada cual de la dulce cama salta
a reparar los daños generales,
aunque a hijos, y a esposa haga falta.

Mas, ¿quién repara repentinos males,
que los famosos, y altos edificios
de Troya parecían ser señales?

Las puertas rotas, la clausura, y quicios
de las vírgenes sacras, que al esposo
Cristo, hacen perpetuos sacrificios,

que de una laja el golpe ponderoso
de Catalina en el convento santo
el cuarto abrió del virginal reposo,

no atemoriza a las ovejas tanto
en el aprisco del cuidadoso dueño,
nocturno rayo de mortal espanto,

como la arrojadiza piedra, y leño
de Dios a las ovejas encerradas
puso terror en lo mejor del sueño.

Cruzan las calles gentes a manadas,
pasan y encuentran sin saber por dónde,
del sin vida enemigo mal guardadas,

que al uno en las entrañas se le esconde,
atropella al uno, al otro desbarata,
da en el primero, y al de atrás responde,

derriba, rompe, hiende, parte, y mata,
trastorna, arroja, hiende, estrella, asuela,
envuelve, desaparece, y arrebatada,

consume, despedaza, esparce, y vuela,
traga, deshace, y sin piedad sepulta
a quien del daño menos se recela.

¿Qué te movió, que no dejaste oculta
homicida sangrienta, la endiablada
invención, de que tanto mal resulta?

Que esa ánima cruel descomulgada

(en descubrir la pólvora) no pudo
con aparente bien ser engañada,

que un ánimo feroz, áspero, y crudo,
y un odio de timón a los humanos
movió el bestial entendimiento rudo,

que sin ella vencieron los romanos,
y engrandecieron sus excelsos nombres
con esfuerzo, valor, industria, y manos.

Cuando del infernal hedor te asombres
del azufre, y la pólvora, el infierno,
verás que disfrazaste entre los hombres,

que por tu daño en el tormento eterno,
quizá (me engaño) llegará la nueva
del tanto lloro, y sentimiento tierno,

si Falaris hiciera en ti la prueba,
de tu invención, ganara mayor gloria,
que por el Toro maldiciones lleva.

Mas, ¿qué diré?, que tiembla la memoria
de ver al tiempo el cielo figurado,
que sucedió la desdichada historia,

que en primera faz de Aries de cuadrado
Marte hería a Cáncer en la otava,
y a la Luna señora deste estado,

y en diámetro Febo la miraba
desde Acuario en León, y Marte opuesto
al ángulo terrestre amenazaba.

Fatales muestras de violento, y presto
rayo, que dejará memoria amarga
del caso lamentable, y fin funesto.

Mas (quorsum) ¿relación tan triste, y larga
es porque en la fortuna ajena pueda
de mi cerviz aligerar la carga?

No por cierto señor, que a quien le queda
vuestra amistad, y tiempo en qué gozalla,
no temerá peligro que suceda,

que en la forzosa, y general batalla
todos llevan su cruz, y la han sufrido.
Y ¡ay, de aquel que sin cruz el mundo halla!

¡Ay de aquel que del hombro ha sacudido
la dulce carga que llevó el cordero
dos veces engendrado, una nacido!

Ahora, señor marqués, sabed que quiero
dejar las veras, que os enfado, y canso,
y a mí me pudro, y de cobarde muero,

que corra el tiempo riguroso, o manso,
quiero alargar la vida, en que consiste
servir a Dios, y procurar descanso,

que es necedad andar suspenso, y triste,
muriendo en melancólico cuidado,
que a gusto, y vida, que a razón resiste.

Dicen que un viejo de vivir cansado
vino a dar de hocicos en un lodo,
de un haz de leña que traía cargado,

que atollado estribando sobre el codo
comenzó a dar mil voces a la muerte,
hechas las muelas, y sangriento todo:

ven muerte, ven en este trance fuerte.
¡Ay de mí, que aún la muerte me desdeña!
Ven a acabar tan desastrada suerte.

Vino, y le dijo asiéndole la greña:
¿qué quieres viejo? y respondió temblando:
que ayudéis a cargarme aquella leña.

Burlaos con el vivir, vendrá volando
la farfallota, y cortará el estambre,
sin saber cómo, y sin deciros cuándo.

Si de una parte me acomete hambre,
de otra, tristeza, y suerte mi enemiga,
me pondré más enjuto que un alambre,

mas quiero conservar esta barriga,

que no secarme, y váyase el diablo
para ruín, y quien dijere diga:

que estoy hecho de duelos un retablo,
mudo a mis bienes, y a mis daños sordo,
y cuando tengo de hablar, no hablo.

Y quien me ve tan reverendo, y gordo,
piensa que es del añejo, y magra lonja,
o que de rico, y perezoso engordo,

que aún este día me pidió una monja
(pues le negaba mi presencia y trato),
que le haría singular lisonja,

en darle de mi cara algún retrato,
que lo tendría en acesiva estima,
por contemplar en mi belleza un rato.

Por darle gusto (que es un poco prima),
le envié por memoria de mi rostro
un botijón con un bonete encima.

Con la gordura tengo un ser de mostro
grande la cara, el cuello corto, y ancho,
los pechos gruesos, casi con calostros,

los brazos cortos, muy orondo el pancho,
el ceñidero de hechura de olla,
y a do me sienta, hago allí mi rancho,

cada mano parece una centolla,
las piernas torpes, el andar de pato,
y la carne al tobillo se me arrolla,

no traigo ya pantuflos, y el zapato
injusto, y ancho por mover la corva;
cortado a ojo, y sin medida el hato:

Cualquiera cosa para andar me estorba,
redondo el pie, la planta de bayeta,
las piernas tiesas, y la espalda corva,

¡qué gentil proporción para poeta,
que mezcla más estilos, y colores
que retales contiene una bragueta!

Esto no lo dirán los ruseñores,
sino algún graznador jifero cuervo,
que entiende poco, y cala de primores,

cuya respuesta para vos reservo,
porque defenderéis mis cosas tanto,
como me precio yo de amigo, y siervo,

que en las endechas bien parece el canto,
y en las tinieblas la encendida vela,
y en alegría alguna vez el llanto.

Per troppo variar natura e bella,
y sin la variedad queda desnuda
del pez que nada, y del halcón que vuela,

al canto de aves, el cuquillo ayuda,
y en los terrestres algo adorna el topo,
y entre las hierbas del jardín la ruda.

Siempre que con aquel convite topo,
que de las lenguas a su dueño hizo,
digo que fue gran majadero Hisopo,

porque la pareció, que satisfizo
a una mala comida, y peor cena
con un dicho pensado, arrojadizo.

Fuera mejor agracido, y buena
una ollaza podrida de carnero,
con tocino, garbanzo y berenjena.

Hizo mejor el otro cocinero,
que convidó a comer (por ser mandado)
contra su voluntad a un zapatero,

que para regalar al convidado,
y mostrar variedad en la comida,
le hizo de unas botas un guisado,
la mejor cosa que comió en su vida.

Carta

Célida mía, a quien el soberano

cielo tanto valor concede junto,
que ecede al ser, y entendimiento humano.

¿Qué diré yo del celestial trasunto
adornado de tan divinas partes,
que sobre el suelo se subió de punto?

Mas tú que comunicas, y repartes
por voluntad de tu divino aliento
con el siervo, de quien jamás te partes,

alumbrarás mi corto entendimiento
con esa luz de tus hermosos ojos,
como alumbraste al alto pensamiento.

¿Qué prendas estimadas, qué despojos
no diera yo cuando se hizo el lazo
desas ardientes hebras y manojos?

¿Que por mi bien en tan pequeño plazo
prendió la libertad del alma mía,
y en quien de nuevo ardiendo yo me enlazo?

¿Qué bendiciones no llevó aquel día,
en que la nieve, y púrpura mezcladas
en tu semblante contemplaba, y vía?

¡Quién tuviera mil almas abrasadas,
señora mía, en el secreto fuego,
a quién tantas están sacrificadas!

¡Quién en naciendo se entregara luego
a tu servicio sin vivir una hora,
desa luz celestial privado, y ciego!

Mas ya que es fuerza arrepentirme agora
del tiempo que gasté sin tu servicio,
hago protesta de hoy más señora,

y juro por el alto sacrificio,
que siempre mis entrañas te presentan,
y por el pecho que hallé propicio,

juro por esos ojos que sustentan
en gloria a mí, y en alegría al suelo,
y en estos míos nueva luz aumentan,

juro por ese honesto, y limpio velo,
por ese nácar, y rubí tan puro,
por el claro cristal que imita al cielo,

estar más fijo que profundo muro,
más inmutable, que peñasco, o roca,
más que castillo en medio el mar seguro.

Y aunque mi hado, o mi ventura poca
me quieren derribar de tu privanza,
por esa parte que a la tuya toca,

y aunque el cielo prometa mal andanza,
nunca podrán con encendida guerra,
la firmeza mudar de mi esperanza.

Tráguese el mar, esconda en sí la tierra
esta enemiga de mi bien contraria,
que en vida, y cuando más vivo me entierra,

que con tal sinrazón, es adversaria
de quien jamás lo fue para su gusto,
que nunca la sentí mudable, y varia.

¿He sido yo para Belisa injusto?
¿Contradíjele yo de sus pasiones,
el bien, o el mal, el padecer, o el gusto?

¿Soyle contrario yo a sus intenciones,
para que ella me estorbe, y contradiga
tan justas, y acertadas pretensiones?

Pero quiero dejar a la enemiga,
de quien yo no lo soy, ni aún serlo pienso,
por más que escuse demostrarse amiga.

Vuelvo Célida aquel ardor inmenso,
que aquella triste noche, y mal lograda
aún no puede contarte por extenso,

cuando la noche bienaventurada
se vio alumbrada dese sol ardiente,
y la alma luna de su luz privada,

que tal me pone el verme estar ausente,

que aún de mi mal me acuerdo por engaño
del mal que pasa el corazón doliente.

Aquel suceso desdichado extraño,
que mi memoria aflige y atormenta,
y es ocasión de renovar mi daño,

cuando sentí llamar a quien sustenta
mi triste vida, y sin las dos quedarme,
aunque sin vida más me estaba a cuenta.

Mi dulce choza puede consolarme,
véame yo en albergue tan dichoso,
de donde vea a quien podrá sanarme,

que puesto allí contemplaré el hermoso
sol de tu rostro, y con divina lumbre
veré tranquilo el mar tempestuoso.

Véame yo debajo de la cumbre
donde contemple las paredes santas,
que quitan de mi mal la pesadumbre.

Ponga yo ya mis desdichadas plantas
do tenga espacio de besar las tuyas,
y poseyendo yo grandezas tantas
detenga Apolo las pisadas tuyas.

Coplas castellanas. Redondillas

Nadie en el bien se asegure,
ni en el mal esté cobarde,
porque no hay placer que dure,
ni disgusto que se tarde.

Tal es el daño, o contento,
cuando os daña, o satisface,
cual niebla, que se deshace
con el más pequeño viento.

Nadie en el favor se fie
del amigo poderoso,
ni a las veces desconfíe
del humilde, y temeroso.

El favor del uno es tal,
si os valéis de su tutela,
cual oro falso en copela,
que muestra en humo el metal.

El que es menos estimado
es, cuando a las manos viene,
naranja, que da de grado
poco, o mucho, lo que tiene.

Y aunque a las veces se muda,
puede tenerse en razón
del uno satisfacción,
del otro menos que duda.

Si el que dar favor profesa
de obligado está sujeto,
luego que la causa cesa,
cesa también el efeto.

Si con privanza va junto,
más presto su furia amansa,
porque luego el gusto cansa,
si en darlo, se pierde punto.

¡Cuál se habrá visto en bonanza,
y en un instante perdido,
ayer en grande privanza,
hoy visto, y no conocido!

El que ayer de buena gana
os puso sobre sus ojos,
hoy os mira con anteojos,
y no os conoce mañana.

Yo he visto grandes cizañas
salir de grandes amigos,
y temerse las hazañas
de los flacos enemigos.

Y he visto de un pecho vario
salir cosas de valor,
y al que tuve en mi favor
salirme mayor contrario.

Vi servicios a montones

en el principio acertados,
y por malas intenciones
salir mal remunerados.

Así es la costumbre extraña
del mundo torpe, y grosero,
que a quien ponéis por tercero,
es el que primero os daña.

El que por su pretensión
promete dones extraños,
tiene lejos la intención,
y cerca los desengaños.

No os fiéis del que pretende,
cuando su negocio entabla,
que si en una parte os habla,
en otra ocasión os vende.

Que mientras asiesta al blanco,
es para cumplir su intento,
en promesas largo, y franco,
y en cumplillas avariento.

Pero ya es cosa juzgada,
y en el vulgo recibida
ser la virtud ofendida,
y la inorancia premiada.

Acto es de pura pasión,
y no de la voluntad,
desamparar la razón
so color de humanidad.

El favor, que a alguno agravia,
no nace de celo justo,
que si al uno le da gusto,
en el otro engendra rabia.

Quien va fuera de compás,
no hace cosa acertada,
y viene a perder lo más,
por lo que es menos que nada.

¡Ay, Célida, y quién pudiera
decirte en tu propia cara,

que eres con unos avara,
y con otros muy ligera!

El padre del desengaño
ha de vengar tu enemigo,
que pues no viste mi daño,
quizá verás tu castigo.

Que como en esta discordia
soy contrario sin pujanza,
espero en otro venganza,
y no en ti misericordia.

Redondillas

Si parece gran rigor
V. merced no se ofenda,
pues hasta agora no hay prenda
que me obligue a más amor.

Vos queréis entretenerme
aunque mi intento sabéis,
y cuanto más me entendéis
menos queréis entenderme.

Ya os he llevado, y sufrido
cual sabéis de día en día,
usando la cortesía,
que vos misma habéis querido.

Ya soy caballo, y no potro,
aunque de evidente muestra
sé, que una esperanza vuestra
fuera mayorazgo en otro.

Mas yo soy de condición,
que cuando tarde se alcanza,
me ofende más la esperanza,
que alegra la posesión,

Y como de veras pago
la fe, que quizá merezco,
poseyendo me enternezco,
y esperando me deshago.

Aquí veo un grande engaño
nacido de vuestro pecho,
que por huir mi provecho
no conocéis vuestro daño.

Que si conmigo tenéis
aquel gusto que mostráis,
a vos misma os agraviáis,
en lo que me suspendéis.

Si lo dilatáis señora
por ser vos tan principal,
después os está tan mal
como os puede estar agora.

Y así estoy determinado
de dejar vuestra esperanza,
que lo que tarde se alcanza,
ya es merecido, y no dado.

Y aunque lo pienso cumplir
como se verá después,
os envío un ques, y ques,
con que podréis bien reír:

Una tierra nueva, y franca,
de producir deseosa,
no producía otra cosa,
que amapola roja, y blanca.

Y no por el color della,
sino por la proporción,
que era de la inclinación
desta tierra inculta y bella.

Viendo su fuerza, y frescura,
que era fértil, y abundante,
plantaron de allí adelante
un árbol de mucha dura.

Hasta el plantar consintió,
mas al rendir el tributo
prendió, mas nególe el fruto,
que a la amapola le dio.

En la flor tuvo abundancia,

que al año nace, y perece,
y en lo que más dura, y crece
poca virtud, y sustancia.

El pino medio agraviado,
(que entre estas plantas es rey)
luego estableció una ley,
que hasta ahora se ha guardado.

Y es que aquella estéril tierra
se torne a sus amapolas,
que él gusta de andar a solas
en su monte, y en su tierra.

Vuesa merced me declare
esta cifra, y le prometo,
que mezcle rigor perfeto
con el amor, si acertare.

Otras redondillas de pies quebrados

Volved pensamiento mío
en vos con este desdén,
que yo fío,
que del mal deste desvío
comience a nacer el bien,
que del sentir,
¿qué bien se puede seguir,
si no es llorando acabar?
Que quien os pudo llamar,
bien os pudo despedir.

La que con desdén se cura
no es penetrante herida,
y es ventura,
pues con ella se asegura
vuestro decoro, y mi vida,
que aunque señora
pase mil penas agora,
mientras se suelda la llaga,
más presto el fuego se apaga,
cuanto más se gime, y llora.

Ya vos señora me visteis
tan fuera deste cuidado,

que me disteis,
que mil veces me dijisteis,
que era tibio, y descuidado,
de agradecido
mi mal nació, y vuestro olvido,
que eran tantos los favores,
que entre mil competidores,
fui llamado y escogido.

Perdonad dama por Dios
si del caso os agraviáis,
que el ser vos
jamás saldrá de los dos,
si vos no lo publicáis,
Que aunque veis,
cuán sin razón procedéis,
y yo cuán mudo me hago,
de todo me satisfago
con saber que me entendéis.

Ya de vuestra condición
estaréis arrepentida
con razón,
pues por ajena ocasión
aventurasteis la vida.
Y sois tal
de vuestro propio caudal,
que vendréis a arrepentiros,
cuando llantos, y suspiros
no remedien vuestro mal.

Yo quedo muy satisfecho
en virtud del desengaño,
que en lo hecho
aseguráis mi provecho,
y remediáis vuestro daño.
Pero crea
(aunque se ve, y se desea
vuestra merced por querer)
que se ha de venir a ver,
cual nunca nadie se vea.

No es maldición, ni deseo,
que vuestra merced tal tenga,
pero creo
según el daño que veo,

que será fuerza que venga.
Y es muy justo
temer caso tan injusto
en una planta tan tierna,
porque va quien os gobierna
tras vuestro daño, y su gusto.

Parece que os aconsejo,
y nada digo que os cuadre,
no soy viejo,
pero tomad mi consejo
como de hermano, o de padre.
Que a quiten tenéis
al respeto que sabéis,
(aunque sé que no le place)
o haced vos lo que hace,
o haga lo que hacéis.

Que ella va tras su interés,
y si consentís el yugo,
de suerte es,
que a fuerza será después
de vuestra honra verdugo.
Que ella quiere
vengarse como pudiere,
y abrasar con vos la tierra,
y después haceros guerra
con el daño que os hiciere.

Glosa de:

Ya no quiero más placer,
porque mientras más descanso,
más me canso.

Tal imperfección alcanza
el mundo por un tenor,
que vivo, como en balanza,
en el mal con esperanza,
o en el placer con temor.
Pero si estoy con extraño
en el daño, y desplacer,
y en el placer temo el daño,
(por ser cierto el desengaño)
ya no quiero más placer.

Yo hago esta cuenta tal,
si temo el mal, y desdén,
en el bien más principal,
estando en medio del mal
imagínome en el bien.
Y así no deseo jamás
al hado benino, y manso,
sino para más descanso
pido, que me ofenda más,
porque mientras más descanso.

Las cosas de suerte son
en naturaleza humana,
que siguen su imperfección,
y van en declinación
de la tarde a la mañana.
No hay bueno, ni mal agüero
placer, disgusto, o descanso,
mal, ni bien que sea entero
cuanto más lo considero,
más me canso.

Redondillas

No hay bien que del mal me guarde,
temeroso, y encogido,
de sinrazón ofendido,
y de ofendido cobarde.
Y aunque mi queja, ya es tarde,
y razón me la defiende,
mas en mi daño se enciende,
que voy contra quien me agravia,
como el perro que con rabia
a su propio dueño ofende.

Ya esta suerte, que empeora
se vió tan en las estrellas,
que formó de mí querellas,
de quien yo las formo agora.
Y es tal la falta, señora,
deste bien, que de pensallo,
confuso, y triste me hallo,
que si por vos me preguntan,
los que mi daño barruntan,

de pura vergüenza callo.

Suele decirme la gente,
que en parte sabe mi mal,
que la causa principal
se me ve escrita en la frente.
Y aunque hago del valiente,
luego mi lengua desliza
por lo que dora, y matiza,
que lo que el pecho no gasta
ningún disimulo basta
a cubrillo con ceniza.

Si me os nombran, o si os nombro
vivo lleno de cuidado,
de ordinario recatado
con la barba sobre el hombro:
Que de mil cosas me asombro,
porque en mi poca ventura
no está mi suerte segura,
que quizá dicen las lenguas,
que ha sido por propias menguas
lo que fue por desventura.

A vos presentar os quiero
desta verdad por testigo,
que a un declarado enemigo
os tengo por verdadero.
Que aunque desdeñado muero,
ser sin razón desdeñado
no es, por lo que en mí ha faltado
que en todo el discurso nuestro,
tan buen gusto como el vuestro
no pudo ser engañado.

Sola esta satisfacción
me queda de tantos daños,
que nunca en tan largos años
os enfadó mi razón.
Mas ya para más pasión
podrá ser que lo neguéis,
que cuanto queréis podéis,
pero a tan grave delito
resta vivo un sobrescrito,
que de mi letra traéis.

Esto da fuerza a mi fe
a que su intento prosiga,
y vuesa merced no diga,
desta agua no beberé.
Podrá ser, que lo que fue
tome a ser como primero,
que en vuestra clemencia espero,
y no he de desesperar,
que no será justo echar
la soga tras el caldero.

El pensamiento cansado
del importuno dolor
busca el estado mejor,
(si en amor hay buen estado),
que a un pecho tan lastimado
ni la gloria le alimenta,
ni la pena le atormenta,
que elevada la memoria,
ni siente pena, ni gloria,
ni el bien, ni el mal le sustenta.

Glosa de:

¿Qué me queda que esperar,
pues a mis terribles daños
no los cura pasar años,
ni mudanza de lugar?

Tales son los defensores
de mis viejas confianzas,
y tales los ofensores,
que están vivos los temores,
y muertas las esperanzas.
No hago sino mudar
de estado, y vengo a hallar,
que el temprano fin que espero
es el remedio postrero,
que me queda que esperar.

Abrióse la puerta al mal
para mis daños, y males,
y al bien, que no es natural,
cerróse por ser yo tal,
que los quiero siendo tales.

Que aunque son graves, y extraños,
he visto, que tantos años
jamás se ha abierto la puerta
a mi bien, estese abierta,
pues, a mis terribles daños.

Que estar ya del bien privado
es menor daño que esotro,
porque es caso más pesado
ir de bueno en mal estado,
que venir de un daño en otro.
Y con claros desengaños
echa de verse en mis daños
que son desta condición,
en que por graves que son,
no los cura pasar años.

Y si paso con tenellos,
y con los bienes me enfrío
no es modo de aborrecellos,
que antes desespero dellos,
porque bien jamás fue mío.
Que son tales de arrancar
de mí el disgusto, y pesar,
que no los ha mejorado
elección de nuevo estado,
ni mudanza de lugar.

Traducción de Horacio

Quis multa gracilis?

¿Qué tierno niño en fresca rosa nueva
de líquidos ungüentos perfumado,
te aqueja, ¡oh Pirra!, en la agradable cueva,
por quien enrizas el bellón dorado?

Simple en sólo el adorno que le ceba,
oh, cuántas veces llorará el cuitado,
los dioses vueltos, y la fe que lleva
el negro viento por el mar airado.

Quien te goza creyendo que eres de oro,
y siempre afable amiga espera verte
del favor engañoso poco experto.

Miseros los que ven de tu tesoro
la luz exterior sin conocerte,
la sagrada pared del ancho puerto,
me muestra ya despierto
mis húmidos vestidos,
al poderoso Dios del mar rendidos.

Canción

Ya no me quejaré de mis fortunas
con mis suspiros inflamando el viento,
ni en mí verán jamás tristeza, o luto,
ni quejas importunas
de triste pensamiento
llevarán de mis ojos el tributo,
ya es todo gozo, y gloria
cuanto hay en mi memoria,
mas diome el cielo justo
la vida corta para tanto gusto.

Las asperezas, y tormento esquivo,
que otro tiempo lloré con larga vena,
presagios dulces fueron de mi suerte.
No hay dolor excesivo,
ni desabrida pena,
que me amenace a rigurosa muerte,
todo es calma, y bonanza,
firmeza y confianza,
más diome el cielo justo
la vida corta para tanto gusto.

Quiéreme a la medida del deseo
mi dulce ninfa, yo también la adoro
sin temor de caer desta ventura,
es cuanto en ella veo
un celestial tesoro,
compuesto de una esencia intacta, y pura,
un trato peregrino,
y un semblante divino,
mas diome el cielo justo
la vida corta para tanto gusto.

Bendigo, y honro tu dichoso curso
ardiente luz de la tercera esfera,

que en mi favor tan clara te mostraste.
Prosigue en mi discurso,
sin que lengua parlera
de algún Mercurio tus efectos gaste,
y haré por ejemplo
a tu deidad un templo,
mas diome el cielo justo
la vida corta para tanto gusto.

Célida mía colorada, y blanca
más que el carmín, y el oloroso lirio,
más que en la siesta el fresco viento afable,
ya que con mano franca
al áspero martirio
de mis intentos fuiste favorable,
prosigue gloria mía
hasta el último día,
mas diome el cielo justo
la vida corta para tanto gusto.

Así en donaire, en discreción, y en brío,
conserva el cielo tu valor perfecto,
en tanto extremo, que a la tierra asombre.
Y con el canto mío
te doy mi fe, y prometo
de hasta el cielo levantar tu nombre,
haciéndote envidiosas
las Ninfas más hermosas,
mas diome el cielo justo
la vida corta para tanto gusto.

Soneto

Paso en silencio mis humildes años,
sobrellevando el mal de día en día,
hasta que llegue en la mudanza mía,
o medio al bien, o fin a tantos daños.

Pasó por mí el rigor de los engaños,
dejó arrastrado el seso, y fantasía,
y en las altas quimeras que hacía
sólo hallé confusos desengaños.

¡Oh dura obstinación, que no han deshecho
tan fieros golpes, ocasiones tantas,

un frágil pecho, un corazón de cera!

¡Oh triste día, funeral estrecho,
que con tremenda voz mi oreja espantas!
maldito el que en poder humano espera.

Soneto

Interno llanto, dolorosas quejas,
tristeza, y luto, que la tierra inflama,
honor, valor, virtud, heroica fama
contigo llevas, y en el mundo dejas.

Tierno pimpollo, que al vivir te alejas,
del tronco appena endurecido en rama,
¡cuán sin razón, y sin razón te llama,
de quien con ella en el partir te quejas!

Más sentirá tu dulce patrio suelo,
verse de tu reliquia, y claro nombre,
que de sus montes de oro despojado.

Allí serán los llantos sin consuelo,
allí pedir justicia al cielo airado,
mas, para qué, ¿si saben que eras hombre?

Glosa de:

Son mis tormentos crecidos
en ningún tiempo menguados,
mis bienes tan abreviados,
que pasan sin ser sentidos.

Tan hecha está mi memoria
a estar del contento ajena,
que el bien la aflige, y condena,
y de la mas dulce gloria
saca ocasiones de pena.
Mis bienes, y mis tormentos
andan tan juntos, y unidos,
y a mi daño tan atentos,
que en medio de los contentos
son mis tormentos crecidos.

Pues si en la ocasión del gusto
mi grave tormento es tal,
que al bien pasa, o llega al justo,
¿en la ocasión del disgusto
que tal vendrá a ser el mal?
De do se puede entender,
que mis terribles cuidados
tienen tan mal proceder,
que van creciendo sin ser
en ningún tiempo menguados.

Que aún si en mis ansias mortales
los favores, y desdenes
hallara, que eran iguales,
disimulara los males
con la igualdad de los bienes.
Mas, ¿quién sufre que se vean
tan largos, y tan colmados
los daños que en mí se emplean,
y por el contrario sean
mis bienes tan abreviados?

Pero de suerte son ciertos
los males que en mí se entregan,
tan libres, y descubiertos
que cuando los bienes llegan,
hallan tomados los puertos,
Y viéndose combatidos
del contrario poseedor
con tal fuerza resistidos,
llegan con tanto temor,
que pasan sin ser sentidos.

Glosa de:

Contentamientos pasados
¿qué queréis?
Dejadme, no me canséis.

Contentos, cuya memoria
a cruel muerte condena,
¡dos de mí en hora buena,
y pues que no me dais gloria,
no vengáis a darme pena.
Ya están los tiempos trocados,

mi bien llevóselo el viento,
no me deis ya más cuidados,
que son para más tormento
contentamientos pasados.

No me mostréis lisonjeros,
que no habéis de ser creídos,
ni me amenacéis con fieros,
porque el temor de perderos
se perdió en siendo perdidos.
Y si acaso pretendéis
cumplir vuestra voluntad
con mi muerte bien podréis
matarme, y si no mirad,
qué queréis.

Si dar disgusto y desdén
es vuestro propio caudal,
sabed, que he quedado tal,
que aún no me ha dejado el bien
de suerte, que sienta el mal.
Mas con todo pues me habéis
dejado, y estoy sin vos,
paso, no me atormentéis,
contentos idos con Dios,
dejadme, no me canséis.

Glosa de:

Ve do vas mi pensamiento,
mi vida tengo de ti,
pues verás el bien que vi
sin sentir el mal, que siento.

¡Ay pensamiento atrevido,
tal jornada has intentado,
que cuantos la han emprendido,
ya que no se hayan perdido,
al menos no se han ganado.
Pero, pues en tal intento
sólo en noble atrevimiento
merece gozar la gloria,
aunque no alcances vitoria,
ve do vas mi pensamiento.

El camino es escabroso,
y la vuelta no es segura,
pero muéstrate animoso,
que en lo más dificultoso
suele ayudar la ventura.
Ya yo por ti me perdí,
si te perdieras por mí,
como sabes, y te acuerdas,
cuanto más que aunque te pierdas,
envidia tengo de ti.

Que en perdición que es tan justa,
y do tanto se merece,
no se mira si es injusta
la pena que el alma gusta,
sino por quien se padece.
Yo por el ver me perdí,
mas al contrario de mí
será ganarte el perderte,
(trocando conmigo suerte)
pues verás el bien que vi.

Y detente en el mirar
de su vida soberana,
no des al deseo lugar,
porque te quiero avisar,
que quien me mata, no sana.
Y gózate pensamiento,
sin que des en otro intento,
con el contemplar, y el ver,
que no se puede hacer
sin sentir el mal que siento.

Glosa de:

Tiempo turbado, y perdido,
sin razón para quejarme,
¿quién seguirá mi partido,
pues antes de ser oído
son todos en condenarme?

Tiempo de sospechas lleno,
cansadas horas, y tristes,
que mi sospecha hicisteis,
más verdad, que el gusto ajeno,

escándalo cometido
sin culpa mía a mi costa,
descargo mal admitido,
do me lleváis por la posta,
tiempo turbado, y perdido?

Desesperado suceso,
donde el juez es de suerte,
que me condena a la muerte
antes de verme el proceso,
con quien podré consolarme,
que en el dolor que me aqueja,
contra mi enemigo se arme,
pues condenado me deja
sin razón para quejarme.

Para mi tormento extraño
en terceros no hay valor,
que cuanto es más el favor,
hace más público el daño,
Solo, triste, y afligido,
y desamparado ya
de la luz de mi sentido
sola la muerte será,
quien seguirá mi partido.

Vuestra voluntad me culpa,
y en vivo fuego me abraso,
pues sin relatarme el caso
me condenáis a la culpa,
Desterrado y perseguido,
y sin oír mi razón
¿Condenarme a eterno olvido?
Señora, ¿por qué ocasión
pues, antes de ser oído?

Fuera bien en tan inmenso
dolor tan terrible y largo,
siquiera oír mi descargo
por no dejarme suspenso.
Mas, ¿qué sirve disculparme,
ni presentar por testigos
cielo y tierra por salvarme,
pues que mis propios amigos
son todos en condenarme?

Glosa de:

Silvano, aunque ves que son
dos cuerpos, Alcida y Bras,
no tienen ni quieren más
de un alma y un corazón.

Hizo amor tan grande efeto
en herir a Bras y Alcira
(Silvano), que en su herida
verás, que de un sujeto
pende de los dos la vida.
Y tan otro proceder
tienen después de esta unión,
que dudarás con razón,
si Alcida, y Bras pueden ser
(Silvano) aunque ves que son.

Mas es de suyo la obra
de conformidad tan alta,
que no tiene el uno falta,
ni el otro punto de sombra,
ni a los dos la sobra falta.
Que tan conformes nacieron
en esto y en lo demás,
que las estrellas les dieron,
que yo no sé cómo fueron
dos cuerpos Alcida, y Bras.

Pero tal conformidad
no se ha visto en otro alguno,
que una misma voluntad
haga de dos unidad
siendo por sí cada uno.
Y tan nobles pensamientos
nadie los tuvo jamás,
pues a solo un gusto atentos,
con su bien o mal contentos
no tienen ni quieren más.

Puso el cielo de su parte
tan semejante nobleza
para juntarlos desta arte,
que si amor no fuera parte,
lo fuera naturaleza.

No fue amor por elección,
que no fuera tan perfeto
a ser desta condición,
más nace todo su efeto
de un alma, y un corazón.

Redondillas. A una lima

Señora de aquel favor,
que de vos he recibido,
mil contrarios he sentido
de esperanza, y de temor.

Diome disgusto y sosiego
un fresco y verde limón
en forma de corazón
cercado de hielo y fuego.

Que con lo verde encendéis
dando de esperanza muestra,
y con lo fresco se muestra,
cuán helado le tenéis.

Y lo que en mi mala andanza
me pone mayor recelo,
es, que está de dentro el yelo
y de fuera la esperanza.

Y es averiguada cosa
que el que sigue esta vereda,
os hallará al gusto aceda
aceda, pero gustosa.

Pues sabemos de la lima,
cuánto al gusto satisfaga,
y echándola en una llaga,
cuánto la escuece y lastima:

Y esto sólo hallo impropio
que ella si a gozar se viene,
da por fuerza lo que tiene,
y vos por el gusto propio.

Y es bien, pues tanto se estima
tan buen gusto y voluntad,

que tengáis la calidad
de naranja, y no de lima.

Y si la lima habéis dado,
por dar señora a entender,
que en lo que quiero emprender,
tengo de ser más limado,

siendo la ocasión tan alta,
suplirá vuestra belleza,
en lo que naturaleza
anduvo conmigo falta.

Redondillas. A unas lágrimas

Aljófar, perlas de Oriente,
lágrimas hermosas, bellas,
salidas del pecho ardiente,
ancha y caudalosa fuente,
nacida de dos estrellas.

Con tanta fuerza, y vigor,
salís del divino centro,
y envueltas en tanto ardor,
que dais muestras del amor,
que debe engendrarse dentro.

Y fueron bastantes muestras
las que el desmayo os causó,
pues en coyuntura os dio,
que cogió todas las vuestras,
y el claro sol eclipsó.

Y cual la marchita rosa,
que fue sin razón cortada,
quedaste fría, y helada,
y la faz bella y hermosa,
en otro color mudada.

Y tuvo tanto poder
de vuestros ojos el agua,
que fue bastante a encender
en los míos una fragua,
que jamás deja de arder.

Que no es de maravillar,
que con agua encienda fuego,
quien con fuego suele helar,
porque con hielo abrasar
efeto es vuestro, y del ciego.

Procedió el desmayo urgente
de estar amor en su punto,
o más verdaderamente
de algún airado accidente
o del uno, y otro junto.

Porque el amor y la ira
son dos pasiones que cansan
al alma que a amor aspira,
o a sus tormentos amansan,
o el que más puede, más tira.

Y por no estar satisfecho
cual puede ser de los dos,
por hacer en mí provecho
doy en creeros a vos,
que por mi ocasión fue hecho.

Pues lágrimas derramadas,
descanso de mis enojos,
dulces, blandas, regaladas,
y de esos divinos ojos
por mi gloria destiladas.

Dos mil vidas me causáis
en veros por mí vertidas,
aunque condición sacáis,
que me ha de costar dos vidas
una sola que me dais.

Mas en tanta estimación
tengo en mi buena fortuna
tan principal ocasión,
que aceto la condición,
aunque sean ciento por una.

Glosa de:

Ya no más por no ver más.

Está de suerte cansado
el sufrimiento en mi pecho,
tan cobarde y rematado,
que el temor del mal pasado
me tiene en yelo deshecho.
Que si el gemido y dolor,
y la paciencia de atrás
no fuerza aún disfavor,
señora a tanto rigor,
ya no más, por no ver más,

Si vuesa merced me culpa
del sobrado atrevimiento,
páreceme que hay disculpa,
pues el arrepentimiento
llega do llegó la culpa.
Y si aún éste no es bastante
para enternecer jamás
ese pecho de diamante,
señora de aquí adelante,
ya no más, por no ver más.

Vuestro amor, decís, que ecede
al mayor, y yo no creo,
que tal contrario os sucede,
porque el amor es deseo,
y con vos muy poco puede.
Porque el deseo concierta,
donde amor es sin compás,
y en vos la esperanza es muerta,
y la respuesta más cierta,
ya no más, por no ver más.

Que en la materia que toco,
no haga mudanza extraña,
o yo estoy de seso loco,
o vuesa merced se engaña,
o su amor ha sido poco.
Mas pues se ha acabado el gusto,
cesen ya cosas de atrás,
yo sigo el camino justo,
y para tanto disgusto,
ya no más, por no ver más.

Una cosa tendréis buena,

con que viviréis segura
(aunque conmigo os condena),
que pues el amor no os dura,
menos durará la pena.
Mas en mí, que fue más cierto,
no se acabará jamás,
aunque en retirarme acierto,
porque esperaré en lo incierto
ya no más, por no ver más.

Hame dicho no sé quién,
que si en esta tecla os dan,
respondéis con gran desdén,
que soy muy hombre de bien,
pero no vuestro galán.
Y por esto aunque os quisiera,
más que a Menga quiso Bras,
al punto os aborreciera,
que en amor desta manera,
ya no más, por no ver más.

Y si de seso no salgo
viéndome estimar en menos,
es, porque sé lo que valgo,
y que en virtud de los buenos
me puedo estimar en algo.
Más gravedad y amor junto,
lléveselo Barrabás,
y más si tener el punto,
es por lo que yo barrunto,
ya no más, por no ver más.

Pues una cosa hay en ello
que la que en mi amor se inflama,
ha de echar en esto el sello,
que si quiere ser mi dama,
tiene de preciarse dello.
Y si no mucho más quiero
a estotras de don Tomás,
que si me ven lisonjero,
dicen pensando que muero,
ya no más, por no ver más.

Yo bien estoy satisfecho
que aunque esta opinión es mía,
no condena mi derecho,

porque tan gran rebeldía
cansa al más rendido pecho.
Y ésta (sois testigo vos)
que ha sido tan sin compás,
que ha dividido a los dos:
adiós, mi señora, adiós,
ya no más, por no ver más.

Endechas

Corazón cansado
tiempo es que se cuente
tanto mal presente,
tanto bien pasado.

Ya tienen mis ojos
las obsequias hechas,
con tristes endechas,
de pasión, y enojos.

En el triste día
de mi nacimiento
comenzó el tormento,
murió el alegría.

Si los desdichados
supieren mi historia,
juzgarán por gloria
sus cuitas y hados.

En mi sepultura
lloren desta surte,
que en la vida y muerte
me faltó ventura.

Causas son derechas,
que no da el amor
el bien sin temor,
ni el mal sin sospechas.

En sospecha anduve
en un mal tan luengo,
mas temor no tengo,
porque bien no tuve.

Temor y esperanza
a cualquiera viene,
que quien vida tiene,
ha de haber mudanza.

¡Ay del desdichado,
que el mal que padece,
ni mengua, ni crece
de un confuso estado!

No hay placer cumplido,
ni mal que se acabe,
ni amor que se alabe,
que no tuvo olvido.

Olvido ordinario
tuve por castigo,
al disgusto amigo,
y al placer contrario.

Así viene a ser
que en mis triste años
son grandes los daños,
poco el merecer.

Ya me tiene el daño
sin faltar materia
propio en la miseria,
y en el gusto extraño.

¡Ay fortuna ciega!
si no eres segura,
¿cómo el daño dura,
y el favor no llega?

De ordinario sigues
sin razones tantas,
que a unos levantas,
y a otros persigues.

Soy tan perseguido,
que se ve en mi hado
que fui desdichado,
antes que nacido.

Venga fiero, o manso

el mal que me aterra,
que al fin en la tierra
hallaré descanso.

Y nadie se asombre,
si llegado el punto
sepultaren junto
mi cuerpo y tu nombre

Porque ni es valor
usar tal fiereza,
ni en tan gran belleza
caber tal rigor.

Ya veo señales
del alegre día,
que en la muerte mía
deshará mis males.

Rindo mis despojos,
que mi mal no mengua
con hablar la lengua,
ni llorar los ojos.

Otras redondillas

Concédese al amador
en descuento de su llama,
que sin señalar la dama
pueda decir el favor.

Coplas

Antes al que era callado,
y guardaba más secreto,
le tenían por más discreto,
y más bien enamorado.
Mas ya concede el amor,
pues no se ofende la fama,
que sin señalar la dama
pueda decir el favor.

Y no me parece injusto
haberme en esto alargado,

pues el bien comunicado
causa más contento y gusto
Y es muy gallardo primor
con que se aumenta la llama,
que sin señalar la dama
sepa decir el favor.

Al menos yo por mí, hallo
(y hay muchos de mi opinión),
que el bien de una alta ocasión,
sin decirlo, no es gozarlo.
Porque se aumenta el valor,
sin dar licencia al que ama,
que sin señalar la dama
pueda decir el favor.

Dos damas, que en igualdad,
a un buen gusto satisfacen,
la diferencia que se hacen,
es sólo en la calidad,
y ésta pierde su valor,
si no es tan discreto el que ama,
que sin señalar la dama
sepa decir el favor.

Otra

Pues mi mal terrible, y fiero
de mi propio se recata,
sabrase, que amor me mata,
mas no por qué causa muero.

Coplas

Aunque a decirse provoca
el bien de mi pensamiento,
mi fe, y vuestro mandamiento
me enmudecen lengua, y boca.
Y así en este fin postrero,
donde mi bien se dilata,
sabrase que amor me mata,
mas no por qué causa muero.

Bien es verdad, que me obliga

a terrible condición,
pues siendo tal la ocasión,
me manda que no la diga.
Pero pues la que amo, y quiero,
de su voluataad lo trata,
sabrase, que amor me mata,
mas no por qué causa muero,

Ninguno otro bien quisiera
de pasión tan principal,
sino que el bien de mi mal
todo el mundo lo supiera.
Mas quien fue causa primero
mis intentos desbarata,
y quiere, que aunque me mata,
no se sepa por quién muero.

Mas el cielo me destruya,
si tanta gloria querría,
porque la ganancia mía
venga a ser pérdida suya.
Antes moriré primero,
pues mi muerte no le es grata,
que quiere, que aunque mata,
no se sepa por quién muero.

Otra

Ved en qué extremo me veo,
y si mi pena es extraña,
que quiero lo que me daña,
y resisto a mi deseo.

Coplas

En el fuego en que me abraso,
juzgarán por bien mi mal,
si la causa fuera igual
con el tormento que paso.
Pero sé que es caso feo,
y que mi gusto se engaña,
y así por ver que me daña
voy resistiendo al deseo.

Es conocida vitoria
dejarse un alma vencer,
donde hay tanto merecer,
que la pena es dulce gloria.
Mas la mía es tan extraña,
que me veo, y me deseo,
en querer lo que me daña,
y resistir al deseo.

Y lo que más me sepulta
en esta pena mortal
es que por estarme mal,
tengo de tenerla oculta.
Y así como actor, y reo,
vuelvo contra mí mi saña,
pues quiero lo que me daña,
y resisto a mi deseo.

Glosa de:

Ya no me congojan tanto
mi fe Bras los amoríos,
ya vuelvo a cobrar mis bríos,
ya me alegre, taño, y canto.

Ya Bras los tiernos cuidados
y aquellos varios antojos
de vivo amor engendrados,
y en mi pecho cultivados
con el agua de mis ojos,
los celos y el triste llanto,
que de mi mal muestras daban,
aquel tormento y quebranto,
que tanto me congojaban,
ya no me congojan tanto.

Ya vivo y estoy despierto,
después que el fuego murió,
que a tal punto me llegó,
que si él no se hubiera muerto,
sin duda lo fuera yo.
Yo me despido de amor,
y todos sus desvaríos,
y me torno a ser pastor,
que no son para mi humor

mi fe, Bras, los amoríos.

Váyase amor norabuena,
y sígale su blasón,
quien quiere verse en cadena,
do nunca se ve que son
iguales la gloria, y pena,
Que yo como escarmentado
de los propios daños míos,
y en ellos desengañado,
libre, alegre, y retirado,
ya vuelvo a cobrar mis bríos.

Mas ¡cuán diferente estaba
de cómo me voy sintiendo,
que si mi rabel tomaba
llorando entonces cantaba,
y ahora canto riendo!
No hay en mi tristeza o llanto
ni ocasiones de disgusto,
celos, pasión, ni quebranto,
ya es todo contento, y gusto,
ya me alegro, taño, y canto.

Glosa de:

Sin vos y con mi cuidado,
mirad con quién y sin quién,
para que me vaya bien.

Si queréis saber señora,
si el dolor que me persigue
crece, o mengua, o se empeora,
ved quién me deja, o me sigue,
quién desmaya, o se mejora.
Que otro mal más obstinado,
que estar de vos apartado
me hace arder, y temblar,
que no es el más fuerte estar
sin vos, y con mi cuidado.

Que si sólo en mi memoria
asistiera el mal tan justo
fuera agradable vitoria,
porque ella ofreciera al gusto

mil ocasiones de gloria,
Mas vivo con mal sin bien,
sin favor y con desdén,
con pena, sin confianza,
con temor, sin esperanza,
mirad con quién, y sin quién.

Y es tan excesivo mal
que con la rabia encendida
me llega un extremo tal,
que a ser inmortal la vida,
la hiciera ser mortal.
De suerte que aunque me den
las posesiones de bien,
que de mal me daban de antes,
no serán todas bastantes,
para que me vaya bien.

Otra

Mil veces voy a hablar
a mi zagala,
pero más quiero callar
que no esperar,
que me envíe noramala.

Copla

Voy a decirle mi daño,
pero tengo por mejor
tener dudoso el favor,
que no cierto el desengaño.
Y aunque me suele animar
su gracia y gala,
el temor hace callar,
por no esperar
que me envíe noramala.

Tengo por suerte más buena
mostrar mi lengua a ser muda,
que estando la gloria en duda
no estará cierta la pena.
Y aunque con disimular
se desiguale,

tengo por mejor callar,
que no esperar
que me envíe noramala.

Elegía en la muerte del duque de Alba, al duque de Alba, su nieto

De un perpetuo dolor, pena, y quebranto
en un cansado espíritu afligido,
¿qué se podrá esperar, que no sea llanto?

¿Qué consuelo dará, quien despedido
de todo bien, y a grave mal sujeto,
la muerte elige por mejor partido?

Ya que al valor del inmortal sujeto,
no hay ardiente llorar, graves enojos
de un pecho triste, o lamentable efeto,

que igualen, ni a los mínimos despojos
de tal grandeza como pierde el mundo,
tristeza interna, ni cansados ojos.

¡Oh suerte humana, de dolor profundo
llena, y de miserable desventura,
y en este caso en grado sin segundo!

¿Quién dijera que el Alba blanca, y pura,
que tanta luz sembró en el universo,
fuera eclipsada de una nube oscura?

Y, que al grave semblante, limpio y terso,
que con alegre claridad mostraba
a los mortales otro sol diverso,

la parca fiera con sangrienta, y brava
furia cortara la enhilada hebra
de aquella vida, que la nuestra honraba?

Mas ya, señor, que como frágil quiebra
por lo sutil de la prestada vida,
y se condena el resto o se celebra,

de aquella innumerable y sin medida
virtud, que os ha alcanzado tanta parte,
por quien la de mayor nombre se olvida.

Pues el valor de aquel divino Marte
vais imitando por la propia senda,
que levantó de Cristo el estandarte,

y en vos se ve, como en su amada prenda
ir su ecelso valor resucitando,
porque olvido, ni tiempo no lo ofenda.

Vuestra tristeza un poco desechando
oíd con atención de sus hazañas,
la breve suma que os iré contando.

Este fue el gran varón, que a las extrañas
gentes pasando con pujante diestra
de los Alpes las ásperas montañas,

por donde el húmido Orión da muestra
de su rigor con insufrible yelo.
y raras veces el titán se muestra,

a despecho del celta, y sin recelo
del belígero belga no cansado
plantó su campo en el rebelde suelo.

Y con el fuerte brazo levantado
en su justo valor echando el sello,
al de Agamonte, y de Ornos obstinado

la indomable cerviz, y altivo cuello
de los hombros segó con mano airada,
en los suyos tomando el resto dello.

Y este también con vengadora espada
de justicia y razón armado el pecho
contra la gente en vano conjurada,

mostró el valor y sustentó el derecho
de aquel monarca ecelso Carlos Quinto,
y el alemán furor dejó deshecho.

Cayó el tudesco, vióse allí distinto
de su escuadrón y por las gentes fieras,
su propio suelo de su sangre tinto.

Vieron el tremolar de sus banderas

no tremolar, sino barrer la tierra
por las albanas manos no severas.

Y éste que en dulce paz y ardiente guerra,
de grandeza y virtud fue ejemplo claro,
en corto espacio y límite se encierra,

en urna breve el capitán preclaro
del defensor de fe clemente y justo,
temor flamenco y español amparo.

Ingenio claro, corazón robusto,
y en religión espíritu constante,
manso al humilde y áspero al injusto,

le acompañó desde pequeño infante
en la edad, que mostró cierta esperanza
del grande fruto que se vio adelante.

Y si con fuerzas y vibrante lanza
echó la escala a los romanos muros,
en medio del furor tuvo templanza,

que quiso más en pasos tan seguros
ir retirando su indomable gente,
templar la furia y corazones duros,

que parecer con ánimo impaciente
dar saco al pueblo, do se ve el trasunto
del sacro Pedro sucesivamente.

Mostró el gran Duque en un instante, y punto
dos efectos divinos, milagrosos,
en armas, religión, y esfuerzo junto.

A los más arrogantes, poderosos
hizo perder el orgulloso brío,
y animó los rendidos temerosos.

Testigos fueron del famoso río
musa las aguas del carmín teñidas,
cuyo valor templó su yerto frío.

¿Cuántas pujanzas, y soberbias vidas
se vieron en su término y ribera
por el Albano sueltas y rendidas?

Mas ¿qué grande hazaña no emprendiera,
y después de emprendida no acabara
con justo celo y voluntad sincera,

el que jamás mostró con mano avara
el corazón en el despojo intento,
sino en pura verdad, sucinta, y clara?

Subiendo en tanto punto su talento,
que se duda, quién tuvo mayor grado,
el gran valor o el alto entendimiento,

tanto, que del origen de su estado
por largos años con eterna historia
mereció ser en vida celebrado,

de los ingenios dinos de memoria,
que el Lacio engendra, y nuestra madre España
cría y conserva con perpetua gloria.

Del Ligústico mar, hasta do baña
las dos hermanas de fación biformes,
y da vuelta a la tórrida campaña,

deste profetizó el anciano Tormes
gran cristiandad con valerosos hechos
a los que hizo iguales y conformes.

Mas, ¿para qué en renglones tan estrechos
de la grandeza, que la tierra espanta,
y atemoriza los contrarios pechos,

se ha de decir la vida justa y santa,
pues la hermana de Encelado su nombre,
con cien ojos y lenguas, llora y canta?

Acabó al fin su término, como hombre,
vivió como mortal, mas esta vida
dejó ganando un inmortal renombre,

al fin vivió con límite y medida,
al fin vió el trance riguroso y fuerte,
do fue del cuerpo el alma despedida.

Cumplióse el curso de la humana suerte,

mas ved ahora, si el estrecho paso
desigualó la vida de la muerte,

aunque será forzoso el ser escaso
en tal merecimiento y tal grandeza,
mientras con brevedad lo mido y taso.

Ya que cargando el tiempo de graveza
aquel gallardo brío vio secarse
con las débiles fuerzas de flaqueza,

la anciana sangre comenzó a enfriarse
por las cerúleas venas, y el sol puesto
su oscura noche vido apresurarse,

la dura enfermedad cogiendo el resto,
el fuerte tronco de vivir cansado,
no pudo en su vigor tenerse enhiesto,

agora (dijo) el tiempo es ya llegado
de la postrera y general batalla,
do ser vencido me será forzado.

No aforra el pecho de luciente malla,
ni de acerado y rutilante escudo,
que otro mejor para defensa halla,

con Dios se abraza, cuanto fuerte pudo,
y allí esperó la muerte cara a cara,
hasta ver suelto aquel antiguo nudo.

De fe, esperanza, y caridad se ampara
para pasar el último camino,
y acá con santos pechos se prepara,

mas antes que al ecelso, y cristalino
cielo partise el alma libre, y suelta
a gozar del inmenso bien divino,

en sus pasados años dando vuelta
al gran monarca de quien fue vasallo,
dijo con voz doliente, y desenvuelta:

A tiempo breve y ocasión me hallo,
Rey y Señor, do me será forzoso
decir lo cierto, como supe obrallo,

Jamás me vi cobarde, o perezoso
en vuestras cosas por hacer las mías,
fuese negocio leve o poderoso.

Jamás en las batallas, o porfías
a vos, ni a los vasallos tuve cargo,
de cuanto manejé en tan largos días.

Jamás os señalé en oficio o cargo,
hombre que no estuviese en mi noticia
el más de todos suficiente y largo.

No usé rigor, ni hice sin justicia,
ni sangre derramé de justo alguno,
sino de herejes, y con gran justicia,

y con esta verdad el importuno
dolor le aprieta y despidiendo el alma
de todos los presentes uno a uno.

El corruptible velo dejó en calma
lleno de llanto, y admirado el suelo,
de donde en vida y muerte llevó palma.

¡Oh celestial, incomparable celo,
espíritu de Dios y acá defensa
del cristiano valor, que aspira al cielo!

Quién llorará tu pérdida, aunque inmensa,
pues si tal vida al mundo hace falta,
con tal muerte se cobra y recompensa,

que si a la Iglesia el capitán le falta,
que procuró con valerosa mano
el conservarle en perfección tan alta,

estando en el imenso y soberano
cielo, el divino espíritu gozoso,
hará lo mismo, que en el traje humano.

Pierde la guerra el general famoso,
de la milicia gran patrón y amparo,
porque en naturaleza fue forzoso,

mas queda de su pérdida en reparo

la bien fudada militar dotrina.
que en sembrar en el mundo no fue avaro.

Grande valor, cristiana disciplina.
con los rebeldes áspero castigo,
que es por do la verdad guía y camina.

Vos, señor, que quedastes por testigo
de la grandeza del que vais siguiendo,
y de imitar sus pasos sois amigo,

cuando fortuna os fuere combatiendo,
mirad el tiempo que en la vida anduvo,
por qué términos iba procediendo,

y ya que en manos de la parca estuvo,
el remate tan dino de memoria,
y la entereza con que siempre tuvo
honra e la vida, y en la muerte gloria.

Soneto

Ánimo voluntad laciva, y tierna,
que si no son fantasmas del deseo,
tierra desencantada es la que veo,
donde la dulce libertad gobierna.

Vuelta sentidos, vuelta a la materna,
y antigua patria, cuyo bien poseo,
que ya gozo la gloria, y el trofeo
de la prisión que tuve por eterna.

Gracias al cielo, que de aquel confuso
y envejecido estado he ya salido,
que al mundo dio con mi vivir materia,

mas en su eternidad quien lo dispuso,
al que le llama tiene establecido,
que no puede faltarle en su miseria.

Soneto

Aquí arrancó en su alegre primavera
la tierna planta sin sazón cogida

la parca inexorable, producida
del valeroso tronco de Corcuera.

Mas ya que quiso arrebatada y fiera
cortar el hilo a su niñez florida,
viendo que hay en la muerte honrada vida,
la suya eternizó desta manera.

Novel pimpollo vive eternamente,
que aunque en tu poca edad disteen el suelo
esperanzas de hechos soberanos,

otras dejas acá más ecelente,
que estando, como estás gozando el cielo,
hará más guerra el alma, que las manos.

Soneto

Del cauteloso y miserable engaño,
en que a la tierna juventud sustenta
esperanza y temor, y la alimenta
favor incierto, manifiesto daño

Del trato lisonjero, y el extraño
rigor, que al alma aflige y atormenta,
conmigo entrando en verdadera cuenta
he descubierto el claro desengaño.

Cuando las manos de marfil contemplo,
la blanca frente, y crespos lazos de oro,
aquel valor, y inmensa hermosura,

hallo que al mundo servirán de ejemplo
mis versos llenos de pasión, y lloro,
que todo es vanidad, todo locura.

Arte Poética de Horacio

Traducida en verso castellano.
A don Pedro Manrique de Castilla

Si al rostro humano algún pintor quisiese
una cerviz juntalle de caballo,
y entretejer en ella varias plumas,

de suerte, que siguiendo aquel intento,
juntos los miembros de diversas partes,
en un pescado negro rematase
una mujer de muy hermosa cara:
llamados a mirar esta figura,
¿podréis, amigos, detener la risa?
Pensad, Pisones, que a esta dicha tabla
semejante será cualquiera libro,
del cual se fingirán especies vanas,
como sueños de enfermos, de manera
que ni pies, ni cabeza, ni otro miembro
en una propia forma, se reduzcan.
Poder tienen pintores, y poetas
de osar acometer cualquiera cosa.
Bien lo sabemos, y por ésto a todos
esta licencia damos y pedimos;
mas no de suerte, que animales mansos
con carniceros hagan compañía,
ni con los tigres los corderos pazcan,
ni a las aves se mezclen las culebras.
Muy de ordinario a los principios graves,
y que van prometiendo grandes cosas,
uno y otro remiendo se les cose
de púrpura, que adorne y resplandezca.
Cuando se pinta de Diana el templo,
la corriente del agua presurosa,
el bosque espeso, o cuando el Rin famoso
o cuando el pluvial arco se pinta.
Pero qué importa, que el pintarlo agora
va fuera de ocasión y propio tiempo,
y como aquel pintor, sabéis acaso
sólo un ciprés pintar, y no otra cosa.
¿Qué habéis de responder al que os lo paga,
porque un naufragio le pintéis, adonde
rota la nao, se vio sin esperanza?
Comenzando a hacer una grande orza,
si nunca deja de correr la rueda,
¿por qué sale después un chico vaso?
Finalmente, yo quiero declararme,
sea lo que escribís un cuerpo solo,
simple, y sin mezcla de diverso paño.
La mayor cantidad de los poetas,
o padre e hijos dignos de tal padre,
con la apariencia de lo bueno y propio
venimos a caer en mil engaños.
En siendo breve, luego soy oscuro;

al que se va tras el galán estilo,
las fuerzas y el espíritu le faltan;
y el otro, que profesa grandes cosas,
todo se hincha, y todo al fin es viento,
va por el suelo al parecer seguro,
y aún de la tempestad se va temiendo.
Quien prodigiosamente alguna cosa
pretende encarecer, pinta en las selvas
algún delfín, y un jabalí en el agua;
por huir de una falta da en un vicio
muy de ordinario, quien carece de arte.
Junto a la esgrima de la calle Emilia,
un muy bajo oficial de bronce hace
cabellos y uñas, que parecen vivos;
mas el pobre en la suma de la obra
quédase corto, porque no la sabe.
No quisiera yo ser éste que digo,
si alguna cosa componer quisiese,
mas que con negros ojos y cabellos,
tener una nariz disforme y fea.
Vosotros, que escribís, buscad materia
igual a vuestras fuerzas, y gran tiempo
pensad y revolved qué carga pueden
llevar, o cuál reúsan vuestros hombros.
Al que escogiere lo que puede, y sufre,
nunca le faltará elegancia y orden.
Esta del ordenar es la excelencia,
y la gracia se engaña o yo me engaño,
que de las cosas que decirse deben,
las más propias escriba, y las restantes
a mejor tiempo y ocasión las deje;
aquello escoja, esotro menosprecie
quien promete escribir obras en verso.
También en el sembrar de las palabras,
para cogerlas en sentido nuevo,
siendo con discreción templado y corto,
dirás muy bien si a la palabra antigua
por lo que le juntares haces nueva,
y si acaso te fuere necesario
mostrar lo más secreto de las cosas,
con señales recientes y palabras,
concederán que puedes inventarlas,
del antiguo Cetego nunca oídas,
tomando la licencia honestamente.
Y las palabras nuevas inventadas
tendrán autoridad, si escasamente

de la fuente de Grecia se cogieren,
que si pudo inventar Cecilio y Plauto,
¿por qué no le dará el romano propio
a Virgilio y a Vario esa licencia?
Si yo puedo buscar también un poco,
¿por qué tengo de ser del vulgo odiado?
Pues que la lengua de Catón y de Enio
enriqueció el lenguaje de su patria,
lícito fue y será sacar vocablos,
siempre sellados del presente sello.
Como muda cada año nuevas hojas
cualquiera selva y las primeras caen,
así la antigüedad de las palabras
muere, y con la costumbre de los mozos
las modernas florecen, y se estiman.
A la muerte vivimos obligados
todos nosotros, y las cosas nuestras,
ora Neptuno en la habitada tierra
entre, y dé puerto a las cansadas flotas,
y de los vendavales las defienda;
ora la que ya fue estéril laguna,
y para remos apta, dé sustento,
a las ciudades todas comarcanas,
y sienta arados en lugar de remos;
ora guiado por mejor camino,
mude su antiguo curso el ancho Tibre,
antes a los sembrados muy dañoso.
Todo lo que es mortal al fin perece,
¡cuánto más el valor de las palabras!
Ha de durar la gracia y honra siempre,
muchas palabras nacerán de nuevo,
que ya cayeron y caerán algunas
que ahora valen si quisiere el uso,
al cual toca el juzgar de las palabras
la forma, y el derecho propio dellas,
Hechos de capitanes, y de reyes,
y guerras tristes nos enseña Homero,
en cuales versos puedan escribirse.
Al principio se usó, que las querellas
en desiguales versos se cantasen,
mas después se introdujo en este modo
cualquiera estilo al parecer del ánimo,
pero quién inventó estos versos élegos,
es contienda reñida entre gramáticos,
y aún no está dada dello la sentencia.
La rabia y el enojo fueron parte,

que Arquíloco inventase los pies jambos,
éste tomaron los humildes cómicos,
y lo usaron también los grandes trágicos,
propio para tratar conversaciones
entre personas, que sosiega y vence
el popular ruido con dulzura,
muy natural para tratar las fábulas.
La Musa concedió a los versos líricos
de los dioses cantar, y de sus siervos,
del vencedor en la reñida lucha,
del caballo primero en la contienda,
de los cuidados vanos de los mozos,
de los banquetes, y sus libres vinos.
Si no puedo, ni sé guardar las veces,
ni el decoro y colores de las obras,
¿por qué han de saludarme por poeta?
¿por qué tengo vergüenza de aprenderlo,
y no la tengo de quedarme necio?
No quiere la comedia, ni lo sufre,
ser declarada con los versos trágicos,
y también la tragedia se desdeña
de ver tratarse con humildes versos.
Dese el lugar que a cada cosa toca
decentemente, aunque también levanta
la voz algunas veces la comedia,
y airado Cremes con la voz hinchada
se altera y riñe, y suele algunas veces
el trágico quejarse humildemente.
Télefo andando desterrado y pobre,
y Peleo también, dejan aparte
las palabras soberbias e hinchadas,
para mover con su querella a lástima
al corazón de quien está mirando.
No basta que los versos sean hermosos,
que han de ser dulces en el mismo grado,
que como la mujer hermosa y blanda
lleven el corazón de quien los oye
hacia cualquiera parte que se muevan,
porque el semblante humano es de manera
que ríe, si ríen, y si lloran, llora.
Y así, si vos quereis moverme a llanto,
habéis de doler de vos primero,
y entonces me veréis Télefo y Peleo,
de vuestros infortunios lastimado;
mas si representáis impropriamente
lo que os encomendaren, perdonadme,

que os tengo de pagar con burla, o sueño.
Muestre semblante triste el que está triste,
el enojado lleno de amenazas,
el que burlando está trate lacivias
y el que severo y grave trate veras.
Porque naturaleza nos instruye
a cualquiera suceso de fortuna
dentro del pecho, porque o nos agrada,
o gravemente nos conmueve a ira,
o con tristeza nos destronca al suelo.
Después siendo el intérprete la lengua,
la alteración del ánimo nos muestra.
Si del que habla la palabra fuere
desemejante a su fortuna propia,
romano caballero, ni hombre bajo
¿no soltarán la risa a carcajadas?
Gran diferencia va de las palabras
que dice el siervo, a las que dice el amo;
del viejo anciano, al floreciente mozo,
de una matrona, a un ama diligente,
de un mercader, al que cultiva el campo,
del que es criado en Colcos, al de Asiria,
del natural de Thebas, al de Argos.
O la fama, escritor, sigue que oíste,
o finge cosas, que entre sí convengan.
Quieres tratar del valeroso Aquiles,
airado, presto, inexorable, fuerte,
niegue que para él nacieron leyes,
y en arrogancia, se prometa el mundo.
Sea feroz Medea, invicta, y áspera,
Ino llorosa, Ixión malvado,
lo vagante, con tristeza Orestes.
Si alguna cosa introducís no vista
en la scena, y ponéis persona nueva,
como comience hasta el fin se guarde,
y de sí no discrepe un solo punto.
Difícil es decir comunes cosas
de suerte que parezcan propias vuestras.
Y mejor sacaréis en la comedia
de Homero el verso, que inventadas cosas
de nadie conocidas, ni tratadas.
La pública materia harás tuya,
si del vulgacho la opinión no sigues,
y siendo en declarar fiel intérprete,
no traduzcas palabra por palabra,
ni imitando deciendas en estrecho,

de donde la vergüenza, o lo que imitas
te estorbe el paso a que salir no puedas.
Ni comiences, como otro tiempo hizo
un antiguo poeta corrillero:

-La gran fortuna, y la famosa guerra
he de cantar del desdichado Príamo-

¿Qué se podrá esperar de quien promete
tan arrogante y fanfarrón principio?

Que de parto vendrán a estar los montes,
y nacerá un ratón de tan gran parto.

¡Cuánto mejor y más discretamente
dijo el que comenzó desta manera:

-Dime, musa, el varón que, fenecida
la batalla troyana, vio costumbres
de muchos hombres, y ciudades muchas-

No quiere dar del resplandor el humo,
sino del humo luz, para que saque
de aquí milagros altos, y divinos,
a la monstruosa Scyla, y a Carybdis,
Antifates, el bravo Polifemo.

Ni toma tan de atrás el argumento,
que comienza la vuelta de Diomedes
de la muerte fatal de Meleagro,
ni a la guerra troyana da principio
de aquellos huevos dos del Cisne y Leda.

Siempre procura de llegar al caso,
y en las cosas que trata sin principio.
arrebata al oyente de manera,
como si las tuviese conocidas,
y deja de tratar lo que él entiende.

Que no tendrá su resplandor y punto,
y con tanta cordura finge y miente,
y va mezclando verdadero y falso,
que el medio no discrepe del principio,
ni el fin del medio vaya diferente.

Quiero decirte lo que yo deseo,
y conmigo la gente lo desea.

Si tú quieres tener tales oyentes,
que en el teatro aguarden los tapices,
y que con atención estén sentados,
hasta ver que el cantor les diga: pláudite,
debes notar el modo y las costumbres
de las edades, y guardar decoro
a las naturas y movibles años.

El niño, que ya sabe dar respuesta,
y por las calles anda libremente,

quiere jugar con los iguales suyos,
sin ocasión se enoja y desenoja,
y por momentos le verán mudable,
cuando ya es mozo, que le falta el ayo,
huélgase con caballos, y con perros,
con ir al campo, y con la verde grama,
para inclinarse a un vicio, blando y fácil,
para quien lo aconseja, tieso y áspero,
tardo para el provecho, y del dinero
gran gastador, altivo y deseoso,
muy pertinaz en olvidar lo amado.
Mudado al gusto a más honradas cosas,
la edad de ánimo y hombre ya llegados,
busca haciendas, amistades y honras,
guárdase de hacer cosas livianas,
que le pese de haberlas cometido.
Al viejo le rodean muchos daños,
o que lo adquiere y teme de guallo,
y aún de usarlo se abstiene el miserable,
o que es remiso en gobernar sus cosas,
dilatador colgado de esperanzas,
flojo, y de lo futuro deseoso,
siempre quejoso y enfadoso a todos,
difícil de tratar, y alaba el tiempo
de su niñez por tiempo justo, y bueno;
juez castigador de los mancebos,
fabricador de casas, que otro goce.
Mucho bien traen los crecientes años,
y mucho quitan los que van cayendo,
porque la propiedad, que toca al viejo,
no se da al mozo, y la del hombre al niño,
Habemos de tener cuidado siempre
de dar las cosas a la edad conformes,
o se trata en la scena alguna cosa,
o ya tratada se refiere al pueblo.
Menos mueve los ánimos oída,
que si la miran los fieles ojos,
y si el oyente las contempla y juzga.
Pero no han de salir a verse en público
las cosas dignas de hacerse dentro,
quidad de la presencia muchas cosas,
que se cuenten después con elegancia,
no despedace la cruel Medea,
en la presencia popular sus hijos,
ni el hermano perverso de Tiestes
cueza la carne del sobrino en público,

ni Progne se convierta en golondrina,
ni en escamosa sierpe el triste Cadmo:
todo cuanto me muestras de este modo,
sabe que lo aborrezco y no lo creo.
Ni tenga menos actos la comedia,
ni más que cinco, si pedirse quiere,
y vista ya otra vez representarse.
Ni se entremeta Dios, ni encantamentos,
si no sucede un intrincado nudo,
dino de desatarse con su ayuda.
ni la cuarta persona hable mucho.
Defienda el coro del autor las veces,
y el oficio que hace cada uno,
y en medio de los actos nada cante,
que no cuadre al propósito y se pegue.
El uno favorezca y aconseje
a los amigos, temple los airados,
y ame los temerosos del pecado.
El otro alabe de una corta mesa
los manjares, el otro la justicia,
las saludables leyes loe el otro,
y la segura paz del pueblo amigo.
Otro guarde el secreto encomendado,
y ruegue a Dios, que vuelva la fortuna
favorable a los míseros y tristes,
y a los soberbios eche por el suelo.
No tenía la flauta en otro tiempo
juntura de latón, cual tiene agora,
que en cierto modo imita a la trompeta.
Era pequeña, y de agujeros pocos,
para ayudar al coro provechosa,
y bastante a henchir con el sonido
los asientos que estaban poco llenos,
adonde el pueblo de contar muy fácil
(por ser pequeño y corto) se juntaba
de gran virtud honesto, y vergonzoso.
Después que siendo vencedor temido
sus campos extendió, y con ancho muro,
abrazó la ciudad, y con el vino
de cada día comenzó a aplacarse;
naturaleza en fiestas libremente
extendíase en los versos, y en la música,
la licencia y poder que antes tenía.
Que el pueblo indoto, y del trabajo suelto,
¿qué podía saber en aquel tiempo,
mezclado el ciudadano con el rústico,

y el honrado confuso con el torpe?
Así que el ministril al arte antigua
más artificio, y ornamento puso,
y usando de su oficio libremente
arrastró por teatros el vestido.
Y así también crecieron en las cuerdas
los contrabajos que hacían falta,
y halló nuevos modos de retórica,
la elegancia adquirida en breve tiempo.
Y hubo de lo futuro profecía
sagaz y de las cosas provechosas,
tan verdadera en hombres, como en Delphos.
El que por un cabrón en verso trágico
tuvo contiendas, introdujo luego
los sátiros desnudos, y guardando
la gravedad que pide la materia,
las burlas inventó, porque el oyente
con la agradable novedad y gusto
se entretuviese, habiendo ya comido
del sacrificio y con el vino alegre.
Pero de tal manera es conveniente,
encomendar los decidores sátiros,
y los que mueven a reír la gente,
y mezclar con lo grave lo burlesco,
que el que se vio representar figuras
severas de algún dios o caballero,
de oro real, o carmesí vestido,
no pase luego con lenguaje humilde
al llano trato de oficiales llanos;
ni por guardarse del terrestre estilo
ande abrazando los nublados vanos.
La gran tragedia, que de versos bajos
es por su gravedad y peso indigna,
cual la matrona, que en la fiesta sola
es forzada a bailar con ruego y mando,
se ha de diferenciar honestamente,
(ya que lo hace) del protervo Sátiro.
Cuando escribiere sátiros, no sólo
tengo de usar los nombres y palabras
desadornadas, naturales, libres,
ni he de apartarme del estilo trágico,
de manera que no haya diferencia,
si habla Davo, y la atrevida Pitias,
cuando a Simón le defraudó el talento,
o Sileno, de Baco siervo, y ayo,
en sátiros persona conocida.

Yo inventaré de lo ordinario y público,
versos que cada cual piense hacerllos.
y osándose poner al mismo caso,
sude mucho, y al fin trabaje en vano.
Tal fuerza tiene el orden y juntura,
y tanta honra se les da y aplica
a las cosas comunes conocidas.
Los sátiros sacados de las selvas
se guarden (siendo yo el censor), que imiten
con tiernos versos los gallardos mozos,
como nacidos en la plaza y calle,
y como cortesanos se enternezcan.
Ni digan dichos sucios, ni afrentosos,
porque se ofenden de la burla infame
caballeros, hidalgos y hombres ricos.
Y no porque el plebeyo guste dello,
lo aprueban y lo llevan con paciencia,
ni por ello le ponen la corona.
Una sílaba larga ante otra breve
se llama yambo, pie ligero, y presto,
por la cual ligereza mandó el propio
que a los trímetros jámbicos creciese
el nombre, aunque él tenía seis medidas
desde el principio al fin de una manera.
No ha mucho tiempo, que por ser más grave,
y venir más tardío a las orejas,
tuvo por bien de recibir estables
en su jurisdicción los espondeos,
reservando el lugar segundo y cuarto
en los trímetros noble, Enio y Acio.
Se halla el espondeo raras veces.
Sacar versos pesados en la scena
por la mucha abundancia de espondeos,
poco trabajo, y sin cuidado, arguye,
o inorancia del arte en el poeta;
pero diráme alguno, que no todos
conocen la armonía de los versos,
y que han tomado en Roma los poetas,
indignamente la licencia larga.
¿Tengo de andar por eso a mi albedrío,
y he de ser escribiendo licencioso?
¿O tengo de pensar que todos pueden
juzgar mis yerros con seguro pecho,
sin esperanza de perdón alguno?
Finalmente, si huyo de la culpa,
no por eso merezco premio y loa.

Revolved, y mirad de noche y día
los ejemplares griegos con cuidado,
pero vuestros pasados alabaron
la gracia y versos del antiguo Plauto,
uno y otro loando con paciencia,
(por no decir con ignorancia grande),
si vos y yo diferenciar sabemos,
del agradable dicho el indiscreto,
y entendemos el propio son del verso
con los dedos medido, y con la oreja.
Dicen que Tespis descubrió el primero
de la tragedia el género no visto,
y que llevaba en carros sus poesías,
para que las hiciesen y cantasen,
con negras heces disfrazado el rostro.
Esquilo, el inventor de la persona,
y del vestido honesto, que es la Palla,
vino tras deste, y con maderos pocos,
hizo poner en orden los tablados.
Y a hablar enseñó con alto estilo,
y usar en la tragedia de coturno.
Sucedió a éstos, la comedia antigua,
no sin mucha alabanza; pero vino
a usar de libertad viciosamente,
y de una fuerza digna de regirse
por estatuto, y ley, por ser dañosa.
Recibióse la ley y calló el coro,
quitándole el poder de hacer daño.
Ninguna cosa por probar dejaron
nuestros poetas, y merecen honra
no poca, pues osaron apartarse
de las pisadas griegas, y los hechos
celebrar de su patria en sus escritos,
o los que introdujeron las pretextas
personas, nobles, venerables, graves,
o los que las togatas enseñaron.
Gente particular, plebeya, humilde,
ni fuera en lengua menos poderosa,
que en armas y virtudes, clara Italia,
si tuvieron paciencia los poetas
para limar y detener sus obras.
Reprehended, señor, cualquiera verso,
que muchos días, y borriones muchos,
no lo detienen sin salir en público,
y que diez veces, cual de plata o mármol,
con uña o con buril no fue limado.

Porque tiene Demócrito al ingenio
por más dichoso que a la mísera arte,
y del monte Helicón destierra y echa
a los poetas cuerdos, y a algunos,
que no cortan la barba ni las uñas.
Buscan lugares solos y secretos,
huyen los baños y andan sin lavarse,
que les parece que serán poetas,
si no entregaren al barbero Licino
una cabeza, que a sanar no basta.
con cuanto heléboro hay en tres Antíciras.
Necio de mí, que en cada primavera
me purgo de la cólera que tengo,
que ninguno hiciera más poesías
ni mejores que yo, pero no importa,
que en más estimo que me llamen cuerdo.
Seré la piedra de amolar en esto.
que ella no corta, pero aguza el hierro.
Desta misma manera, no escribiendo,
de escribir mostraré el oficio y cargo,
cómo y de dónde el gran caudal se busca,
qué es lo que cría y forma el buen poeta,
qué conviene hacer, qué no conviene,
dónde nos lleva la virtud y el yerro.
De escribir bien la fuente y el principio
es el saber, y con saber se adquiere,
como tenemos el ejemplo en Sócrates,
y al concepto bien visto, y bien pensado
nunca le faltarán palabras propias.
Quien sabe o aprendió, lo mucho o poco
que a los amigos, o a la patria, deba,
qué amor al huésped, padre y al hermano,
qué es el oficio del juez, y el cargo,
o cuál el del escrito en el Senado,
la obligación del capitán en guerra.
Este con propiedad sabrá, por cierto,
dar a cada persona lo que es suyo.
Yo encargaré al poeta que contemple
de la vida el dechado y las costumbres,
para imitar de aquí palabras vivas.
Algunas veces suele una comedia,
ilustre de sentencias y costumbres,
sin donaire, grandeza y artificio,
deleitar más el pueblo que unos versos
muy sonoros, de sustancia faltos.
La Musa concedió a los griegos solos

el hablar altamente, el grande ingenio,
porque no quieren más de la alabanza;
pero en Roma, en naciendo los muchachos,
aprenden a partir con largas cuentas,
en cien partes un as, que son doce onzas.
Diga el hijo de Albino: si se quita
la una de cinco onzas, ¿cuánto queda?
Dirá, que cuatro: bien podrás, por cierto,
tu hacienda guardar. Si añaden una,
¿cuántas serán las onzas? Seis, responde.
Cuando en los pechos entra este cuidado
y hambre de hacienda, ¿qué esperanza
habrá de versos que, en durable cedro,
o en labrado ciprés, guardarse puedan?
O quiere aprovechar, o dar deleite
el poeta que escribe, o juntamente
quiere agradar y aprovechar la vida.
Procura brevedad en lo que mandas,
porque el ánimo dócil lo perciba,
y el fiel lo retenga dicho en breve,
que del pecho muy lleno, fácilmente
viene a salirse lo que está sobrado.
Lo que inventares por deleite sólo,
sea a lo verdadero muy cercano,
y no pida la fábula, que todo
cuanto decir quisiere, se le crea,
ni a la bruja le saque el niño vivo
del propio vientre habiéndolo tragado.
Toda la muchedumbre de los viejos,
los inútiles versos aborrecen,
los caballeros y gallardos mozos,
no hacen caso de los versos ásperos.
El que mezcló lo dulce y provechoso,
la ventaja llevó teniendo atentos
con deleite y consejo a los letores.
Este libro enriquece a los librereros,
éste pasa la mar y va a las Indias,
éste al autor le aumenta fama y vida.
Pero hay algunas faltas en el verso,
a quien podremos perdonar, queriendo.
que alguna vez no hace el son la cuerda,
que le manda la mano y el sentido,
y por sonar el bajo suena el tiple,
y no siempre que el arco apunta y tira,
está para herir lo que amenaza.
Mas cuando hay muchas cosas en el verso

que resplandezcan, no reparo en pocos,
porque, o se deslizó por un descuido,
o como hombre pecó, que es lo más cierto.
Como el que escribe, de perdón carece,
si avisándole siempre da en un yerro,
y como hacen burla del que tañe,
si siempre yerra en una misma cuerda,
ni más ni menos que el que nunca acierta
a Quérilo, parece que me admira
si tres, o cuatro veces va acertado.
Pero también me indino cuando veo
que el buen Homero se descuida y duerme,
mas, ¿quién no duerme en una obra larga?
Es como la pintura, la poesía,
que hay una que deleita más de cerca,
y otra que os arrebató más de lejos,
una quiere lo oscuro, otra lo claro,
que la agudeza del juez no teme.
Esta vista una vez da mucho gusto,
otra vista diez veces, siempre agrada.
¡Oh mayorazgo! aunque por vuestro padre
sois enseñado y vos sabéis de vuestro,
tened siempre este dicho en la memoria:
que algunas cosas hay que admiten medio,
y con ser razonables se sustentan.
Un mediano abogado no es tan docto,
ni un mediano orador tan elocuente,
como Mesala y como Cascelio Aulo.
mas al fin los estiman en su tanto.
Pero ser razonables los poetas,
no lo aprueban los dioses ni los hombres,
ni aún las colunas, si les pegan versos.
Como enfada y ofende en un banquete,
una música mala, y un unguento
con mal olor y adormidera, amarga,
porque pudieran bien comer sin ellos,
así los versos, que inventados fueron
para el gusto del ánimo y alivio,
si del extremo de bondad se apartan
un poco, van corriendo al otro extremo.
El que esgrimir, luchar, saltar no sabe,
ni en semejante cosa se ejercita,
no tiene para qué ir al campo Marcio.
Y el que pelota, ni balón, ni trompo
sabe jugar, estese quedo y mire,
porque no hagan burla en los corrillos.

Y con todo se atreve a hacer versos,
un ignorante de experiencia y ciencia,
mas, ¿por qué no un hidalgo y bien nacido,
que es recibido en la censura ecuestre,
porque tiene hacienda para ello,
y sin vicio ninguno que lo impida?
Vos tenéis tal juicio, y tal prudencia,
que sin consentimiento de Minerva
no haréis, ni diréis alguna cosa.
Y si algún tiempo acaso la escribiéredes,
de Mecio Tarpa en las orejas venga,
y a las de vuestro padre y a las mías,
y esté encerrado en casa diez inviernos.
Lo que a luz no saliere estando dentro,
podrá en los pergaminos enmendarse,
que no sabe volver la voz echada.
El sacro Orfeo de los sacros dioses
intérprete, apartó a los hombres bárbaros
del fiero trato, y de las muertes fieras,
de los manjares feos y bestiales,
y por esto se dijo, que amansaba
los rabiosos leones y los tigres.
También se dice que Anfión, gran músico,
fabricador de la Tebana Alcázar,
movió las piedras con el son divino
de su vihuela, y con el blando yugo
las llevó dulcemente a donde quiso,
Fue esta sabiduría en otro tiempo,
lo sagrado apartar de lo profano,
diferenciar particular de público,
prohibir los concúbitos vagantes.
santas leyes poner a los casados,
pueblos edificar, y darles leyes,
en firmes tablas de madera escritas.
Así alcanzaron tanto nombre y gloria,
los divinos poetas y sus versos,
tras estos dos, aquél insigne Homero,
y Tirteo incitó con altos versos
los varoniles ánimos a guerras.
En verso respondieron los oráculos,
y se enseñó el camino de la vida,
y en verso se intentó ganar la gracia,
y favor de los príncipes y reyes,
y se halló el descanso para el ánimo,
y el dulce fin de los trabajos largos.
Dígolo, porque no entendáis acaso,

siendo quien sois, que es indecencia vuestra
con Apolo cantar, y hacer versos.
Siempre se ha preguntado, y se pregunta,
si el numeroso verso se compone
con la naturaleza, o con el arte,
y no sé qué aprovecha el mucho estudio,
sin la riqueza de la fértil vena,
ni el buen ingenio sin estar labrado.
Tanto se favorece el uno al otro,
y en amistad conforme se conjuran.
Quien procura llegar con su carrera
honradamente al puesto deseado,
mucho hizo y sufrió, siendo pequeño,
sudó y helóse, y refrenó su gusto
del dulce vino y la amorosa Venus.
Quien a las fieras va a cantar de Apolo,
primero deprendió y temió al maestro.
Pero basta decir en este tiempo:
-Yo escribo grandes y admirables versos-.
Sea ruín quien por ruín se tiene,
y séalo el postrero, que yo tengo
quedarme atrás por caso torpe y feo,
y lo que no aprendí, muy claramente,
no saber confesar, que no lo entiendo.
De la manera que a la gente allega
para vender su ropa el pregonero,
llama el poeta aduladores falsos,
si tienen campos, o dinero en banco,
que los hace venir por su ganancia.
Que si hay alguno que les haga el plato,
y que sepa fiar en poco al pobre,
y librar al que está intrincado en pleitos,
será milagro que el dichoso y rico,
sepa diferenciar en todos éstos,
cuál es el verdadero o falso amigo.
Al que le distéis algo o queréis dalle,
no le traigáis alegre y obligado
a mostrarle los versos que hicisteis,
porque alzaré la voz, diciendo a todos
gallardamente: bien, divinamente,
con un conceto quedará elevado.
Destilará de los amigos ojos
algún rocío, saltará con otro,
dará con otro golpes en la tierra,
como el endechador que va alquilado
a los enterramientos dice, y hace

casi más ademanes que los mismos
que con el corazón se están doliendo,
así el fingido burlador se mueve
más que el quejusta y ciertamente alaba,
Los reyes, dicen que con muchos vasos
de blando vino, dulcemente aquejan
y dan tormento al que saber procuran,
si es para la amistad seguro y digno.
Si hacéis versos, conoced los ánimos
de mil dobleces y cautelas llenos.
Si algo le recitaban a Quintilio,
esto (decía) y esto se corrija;
pero si le negaban ser posible,
habiéndolo probado muchas veces,
mandábalo borrar, y que volviesen
al ayunque los mal redondos versos.
Y al que queda defender su yerro,
más que enmendarlo, en él se lo dejaba,
y no tomaba más trabajo en vano,
sino que con sus versos se casase,
y consigo también sin competencia.
El varón bueno, y de prudente pecho,
los versos duros libremente culpa,
los que carecen de arte reprehende,
a los mal adornados, con la pluma
una negra señal les pone encima.
La demasía de ornamento corta,
los poco claros manda que se aclaren.
Arguye lo dudoso en el sentido,
lo que mudarse debe, muestra y nota.
Ha de ser Aristarco y nunca diga:
no quiero en burlas disgustar mi amigo,
porque estas burlas le traerán burlado
por una vez en muy pesadas veras,
engañado del falso injustamente.
Como del que itericia tiene o sarna,
se guardan todos, y huyendo temen
al que hierde de miembros, o al lunático,
así los sabios temen y se guardan,
del poeta venático y furioso.
Los muchachos le acosan y los necios.
Este mientras sus versos levantados
va vomitando y yerra a su albedrío,
como algún cazador embebecido
en las mirlas, cayó en un pozo o fosa.
No habrá quien quiera de piedad sacarle,

aunque a los ciudadanos hunda a voces,
y si acaso ayudarle quiere alguno,
y arrojarle un cordel de donde se asga,
¿qué sabéis si a sabiendas se echó dentro,
(diré) y no quiere que le guarde nadie?
Y os contaré la muerte de un poeta:
muy deseoso Empédocles de gloria,
y que por Dios le reputase el mundo,
con aquel frenesí y melancolía,
del Mongivelo se arrojó en las llamas.
Piérdanse en hora buena los poetas,
pues ellos quieren arrojarse a tiento.
Quien guarda al que no quiere ser guardado
guarda también al que matarle quiere,
que es el uno ofensor y el ofendido.
Y no sola una vez hizo este yerro,
ni se le sacan dél, o reprehenden,
querrá ser hombre o perderá el deseo
de una famosa y memorable muerte.
¡Y no hay saber por qué delito grave
ande este pecador haciendo versos!
Si fue porque en algún lugar sagrado
se orinó en las cenizas de su padre,
o si el malvado incestuoso, impuro,
del rayo removió el lugar tocado.
El va furioso, y como el oso suelto,
que de la jaula los maderos quiebra,
con recitar por fuerza sus locuras,
va ahuyentando al docto y al indocto,
y al que arrebatá, con violencia le ase,
hasta matalle sin piedad, leyendo,
como la sanguijuela, que del cuero,
si no es llena de sangre no se aparta.

FIN